



Antonio Soler

El sueño del caimán



Un recepcionista de hotel en Toronto cree reconocer en un nuevo huésped a un antiguo compañero, Luis Bielsa, que era uno de los adalides de un grupo que, a finales de los cincuenta, planeaba cometer atentados contra figuras del régimen franquista. Su imagen despierta una historia casi olvidada en el pasado; una historia en la que, entre exilios, cárceles, consignas y clandestinidad, aparece el único amor del protagonista y la fe perdida por las bajezas de otros. Pero este huésped no es solo el pasado, puede ser también la víctima de un rencor que ha dormido durante años esperando una ocasión propicia para la venganza.

OceanofPDF.com



Antonio Soler

El sueño del caimán

ePub r1.0

Titivillus 12-01-2023

OceanofPDF.com

Título original: *El sueño del caimán*
Antonio Soler, 2006
Colección: Áncora Delfín, n.º 1056

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Cuando señalo, miren a donde señalo, no a mi dedo.

WARREN MCCULLOCH

OceanofPDF.com

El mercurio es un metal líquido. Su número atómico es el 80 y su peso atómico 200,61. Pero el mercurio también es un espejo de humo capaz de reflejar las imágenes que pasan por su lado. Por su superficie atraviesan sombras borrosas, igual que una figura en la penumbra de un espejo o una silueta confusa que camina a lo lejos bajo un atardecer de lluvia.

A veces, el pasado también se transparenta en la piel líquida del mercurio. Yo lo muevo lentamente. Es pesado. Cabecea, se fragmenta en óvalos oscuros, en bolas autónomas que vuelven a fundirse con el siguiente movimiento. Tengo un tubo de cristal con una pequeña porción de ese metal, y cuando el hielo de la tarde hace opacos los vidrios de los ventanales y está a punto de romperlos, lo agito despacio. Me entretengo con ese juego inocente. Esperando que se hunda o se congele el mundo. En el mercurio de mi cabeza aparecen los pájaros inmóviles delante de aquella linterna, las pequeñas gotas de sangre que manchaban mi camisa. Un asomo de remordimiento.

Dentro de mí hay un río. Un flujo lento que arrastra en su superficie troncos de árboles, imágenes de otro tiempo. Este es el Hotel Regina, treinta y cuatro habitaciones repartidas en tres pisos. Yo soy su recepcionista más antiguo. Dentro de seis meses me jubilaré. Vivo en este país, que no es el mío ni el de nadie, desde hace más de tres décadas.

Canadá. Este año la primavera es lenta, no acaba de sacudirse el invierno, que la tiene atrapada como a un cuerpo exangüe, debilitado por una enfermedad penosa y larga. Hasta la semana pasada el agua goteaba sucia por el desagüe de los parterres, supurando los restos de un hielo resistente y pétreo que no había empezado a derretirse desde ocho meses atrás. Hace unos días que tenemos sol y la gente camina animada por las calles. Hablan en voz más alta, los veo gesticular al otro lado de los ventanales. El mercurio se va ensuciando con el tiempo. Como los hombres,

como el hielo y los recuerdos. Tenía el tubo en mi mano cuando ha llegado él, cuando he escuchado su voz. También, en la superficie del mercurio, en mi mente y en las vidrieras de la calle, evocadas por la presencia de este hombre, han aparecido las pupilas de Vera. Grandes, negras.

Habla un inglés defectuoso y la voz se le ha ahuecado. Tiene un ruido, un arañazo en la garganta. Con un leve temblor. Dijo su nombre antes de que yo apartara la vista del tubo de vidrio. Y yo pensé que era una broma, que de pronto un recuerdo saltaba del pozo de la memoria y se mezclaba con la realidad. Igual que a veces me ocurre con el sueño y la vigilia. Hay instantes en que desaparecen las fronteras que los dividen. También pensé que quien me hablaba era un muerto o alguien disfrazado de muerto y que desaparecería, o diría otro nombre, cuando viese la interrogación en mis ojos.

Todo eso, en un instante, pensé antes de poner la vista en ese hombre que me miraba desde el otro lado del mostrador y que repetía su nombre y me informaba de que tenía una habitación reservada desde hacía varias semanas. Me indicaba una cartulina con las siglas de una agencia, con una fecha borrosa. Algo desconcertado, comprobé su reserva y vi su nombre escrito en la computadora, tal vez anotado días atrás por alguno de mis compañeros.

Luis Bielsa. Tiene un pasaporte español. Vive en Barcelona. Nació en 1916. Setenta y nueve años. La piel le cuelga de la garganta, empieza a parecer una tela muerta, una cortina que el viento, su voz, apenas mueve en mitad de una casa vacía. Sus dedos estaban quietos sobre el mostrador mientras yo cumplimentaba su ficha. La boca entreabierta de los viejos. Recuerdo que una vez me contó que lo que más temía del paso del tiempo era el temblor que los ancianos tienen en el pulso. Me lo dijo con una sonrisa, sosteniendo un papel entre los dedos, con el brazo extendido. Un papel que no se movía en mitad de una tarde verano.

Le he dado una tarjeta preparada para abrir la puerta de la 108. La llave del minibar. Se lo he explicado en inglés, pero mirándolo a los ojos. Quizá al darle la habitación 108 ya albergaba dentro de mí un propósito, y tal vez, secretamente, en algún rincón de mi cerebro, se había elaborado el esbozo de un plan remoto. Me miraba como a un extraño y yo tenía la tentación de

decirle mi nombre. Durante un segundo pensé que me había reconocido y disimulaba. Al despedirlo, le di las buenas tardes en español. Con mi acento del sur. No se inmutó.

A pesar del tiempo, sigue teniendo el mismo aire distinguido, esa marca que escapa a cualquier razón lógica y que alguna gente rica detenta desde el mismo instante en que da el primer paso en el mundo. Hasta su muerte. Un mechón blanco y vaporoso flota sobre su frente elevada, mantiene los ojos serenos a pesar de esa veladura de anfibio con la que los años nos los van recubriendo. Un abrigo gris y elegante. Camina con una suave cojera. Al alejarse me he dado cuenta de que el corazón me ha estado latiendo con golpes irregulares. Alguien llamando dentro de mi pecho a una puerta que ha estado cerrada muchos años. Los cuatro golpes de la desgracia.

OceanofPDF.com

Isabella es una prostituta joven. Le permito usar el hotel, cualquier habitación. No soy como mis compañeros. Observo a sus clientes. Los miro a los ojos antes de subir, mientras les entrego la tarjeta. Luego los veo salir con la mirada huidiza. Solo algunos me miran desafiantes. Ella sale unos minutos después y se despide con un beso al aire.

Cuando mis compañeros hacen el turno de noche siempre le dan la habitación 108. Yo me conformo solo con mirar atentamente a los individuos que la acompañan. Finjo rellenar cuidadosamente una ficha, me demoro en los detalles. Ella me sonríe con su cara de niña, el pelo revuelto y pelirrojo, pecosa. Me gusta cuando viene con su camisa roja, con el escote abierto en un falso descuido. A veces, en invierno, lleva un gorro de piel vuelta, parecido al de los viejos cazadores, y unas botas a juego. Las piernas con medias de seda barata. Piernas de prostituta, de matadero.

A mis compañeros les gusta escuchar cómo Isabella entra en la habitación. Oyen turbiamente las frases que les dice a sus clientes, el sonido de los pasos, de objetos desconocidos, llaves, relojes, al ser colocados sobre el escritorio, sobre la mesilla de noche. Es un sonido de cueva, con ecos desproporcionados. El rumor de los cuerpos al juntarse y las palabras, siempre las mismas, con las que les pide que dejen el dinero dentro de su bolso. Después el ruido de la puerta del baño, el agua, a veces el chasquido de un encendedor y alguien que pasea o tropieza. El silencio de la espera. Golpes que no se sabe de dónde proceden, a veces una especie de tarareo, de susurro, una pregunta a través de la puerta o el sonido de la ropa despegándose del cuerpo. Se desdibuja el tiempo, la vista de quien escucha se clava en un objeto, en la esquina de un mueble y se queda allí muerta, hasta que el objeto o el mueble desaparecen. Se cierran los ojos para oír mejor. Los sonidos son muy distintos a cómo los sentimos con los ojos

abiertos. Al quedar aislados en la oscuridad se convierten en animales que caminan por el aire.

Mis compañeros imaginan el movimiento de Isabella y del cliente en la habitación. Y luego, después de alguna nueva palabra, de algún nuevo ruido, escuchan los jadeos borrosos. Intentan ver lo que está ocurriendo, traspasar las sensaciones de un sentido corporal a otro. Escuchan un ruido, más adivinado que realmente oído, de pelea, y gemidos sobre la cama.

A veces no es fácil distinguir las dos respiraciones, a veces incluso se confunden las voces susurradas de uno y otra. En realidad, la mayor parte del tiempo mis compañeros solo oyen la oscuridad. El peso del aire, su propia respiración en el auricular. La sangre circulando en el interior de sus oídos mezclada con el flujo de la electricidad dentro del aparato. «Me moriré, me moriré», le oí decir varias veces a un chico joven al oído de Berta, la prostituta con ojeras, rubia, que bordea la cincuentena, a la que yo sí espiaba. Hace ocho o diez años.

«Me moriré, me moriré», repetía la voz del joven que la visitaba cada semana. Y yo a veces pensaba que era ella, Berta, la prostituta de origen alemán, con voz de tabaco, quien pronunciaba aquellas palabras en la oscuridad del teléfono. Se oyen ruidos de uñas en la pared, amagos de llanto, golpes, lamentos, todo lo que envuelve al placer. Había ocasiones en las que ella se quejaba de modo distinto. Como una niña. Algunas veces, en esos momentos se oyen ruidos de cadenas, una sierra, un amago de carcajada. Y sabemos que son alucinaciones, ruidos que escapan de nuestra memoria y se quedan flotando un instante en la cuenca del oído, en la realidad.

Nunca oí a nadie llamar puta a Berta mientras estuvo dentro de ella. Amándola. Obedeciendo a su organismo. En secreto. Desobedeciendo en secreto a sus mujeres, a sus madres, a sus jefes, a sus sacerdotes. A una parte de sí mismos. «Me moriré», repetía el joven espigado mientras eyaculaba dentro de una funda de goma o sobre la prostituta de origen alemán. «Me moriré, me moriré», tal vez repitiera ella llena de ternura en un coro de susurros, multiplicando en mi auricular el eco de la voz masculina. Y el joven, ese sí, al salir, me miraba a los ojos con odio.

Ahora mis compañeros espían a Isabella. Oyen sus gemidos falsos y la respiración ahogada de sus clientes. Se alimentan del placer ajeno, como hacemos todos. Cuervos con uniforme azul picoteando en la pieza que otros han cazado. Una prostituta es un trozo de carne abierto en canal, volcado sobre una cama. La palabra amor. Mis compañeros se masturbarán en el pequeño aseo para empleados, derramarán su semen en la loza amarillenta y en ese instante volverán a oír la voz de Isabella, el ruido imposible de las cadenas, las uñas en la pared, los gemidos, la oscuridad, y sentirán que también alguien está escuchando sus jadeos. Que también ellos son prostitutas cazadas previamente por la vida y se han convertido en alimento, en deseo para otros desamparados.

Ahora Bielsa camina por la tarima gastada de la habitación 108. Se mueve, respira tumbado sobre la cama. Y el sonido de sus pasos y su tos de viejo llegan a mis oídos a través del teléfono antiguo que hay en la última balda de una repisa que vuela sobre su cabeza. Ese teléfono negro con línea permanentemente abierta con la recepción y que parece un animal dormido, un objeto decorativo que alguien hubiera dejado allí olvidado, inocente.

Volvió a Barcelona. Luis Bielsa Solá. Rosselló, 188. Vive allí. La ciudad que se quedó metida en mi cabeza con el fulgor de un destello en el mar, aquel verano, mi boca llena de salitre. Caminando a su lado por la playa de la Barceloneta, con los pantalones arremangados y la espuma burbujeando en nuestros pies jóvenes. Su cara levemente bronceada, iluminada por un resplandor naranja bajo una lona de ese mismo color.

Era el verano de 1956. Al salir de la cárcel, Bielsa había ido a reponerse a una masía de su familia durante un par de meses y después anduvo por Barcelona, apareciendo fugazmente por la oficina de su empresa de exportación. Era más visible por la noche, en bares y *cabaret* del Paralelo. Bebiendo, aburriendo la vigilancia de la policía. Demorando el encuentro con cualquier célula. «Es igual que el Noi del Sucre, te lo digo yo, que a aquel le chupé todo el cuerpo, todo el azúcar que llevaba pegado a la piel. Y en la sangre. Guapo. Pero este más malo, tiene envenenado el azúcar y los sentimientos. ¿A que sí, mi niño?». Voces, caras que no sé de quiénes son, habitaciones en las que no recuerdo haber estado nunca. Todo fluye en un lento desorden. Pequeños barcos de papel navegando por las arterias de mi cerebro. «¿A que sí, niño?», le preguntaba aquella camarera rechoncha, una antigua mujer convertida en alguna especie desconocida de batracio. Y Bielsa sonreía.

En la cárcel se ganó el respeto de todos. Había aguantado la bañera y los golpes sin delatar a nadie. Cuando lo soltaban en el patio, después del aislamiento, tampoco se acercaba a ningún grupo. Fumaba sentado en un rincón y era amable con cualquier compañero que se le acercara. Pero él nunca daba el primer paso. A los comunes también les daba cuerda, consejos, tabaco.

El mechón vaporoso y blanco que ahora le flota sobre la frente desentendido de la ley de la gravedad era entonces una cortina espesa y

oscura que le caía sobre los ojos. Se lo apartaba despacio, mirando al suelo, como hacen algunas mujeres. Contestaba con monosílabos, pero sonriendo, a las preguntas que le hacían. Al cabo de unas semanas tenía a su alrededor a la mitad de su galería. Un tiempo de mitos, leyendas, embustes. Trabajaba despacio en la suya, en su leyenda. El burgués proletario, el comunista rebelde que tampoco aceptaba la disciplina del partido y ayudaba a los elementos descarriados del comunismo y a los viejos anarquistas que confundían su antigua ideología con la delincuencia. Asaltos a bancos, robos en joyerías, asesinatos camuflados de lucha obrera.

«Dios y el diablo comen en el mismo plato», nos advertía Rojinsky, con su sonrisa, hace cuarenta años.

La tarde se va llenando de veladuras, sombras que se alargan. Los relojes, y también las personas que entran en el hotel, empiezan a caminar con sigilo. En lo hondo de sí mismos todavía son bestias asustadas por la llegada de la oscuridad. Y aquí la oscuridad puede llegar a parecer eterna. Cárceles. No sé si alguna vez Rojinsky me habló de la cárcel de la Gestapo en la que estuvo preso o si dentro de mi cabeza se han ido levantando de la nada, ayudados por el tiempo y la imaginación, esos pabellones de color amarillo que yo veo rodeados de un jardín abandonado, un viejo manicomio que los alemanes habían utilizado como cuartel general y prisión en un pequeño pueblo, Bailleul, cerca de Lille. Pero ahí están esos pabellones, alargándose cada vez más detrás del muro de mi frente, llenos de ventanales. Alguien tuvo alguna vez que hablarme de ellos, y yo les he ido añadiendo los detalles. Los barrotes en las ventanas, los tejados de pizarra, el musgo de sus paredes. Dentro de las cabezas también crece el musgo, también instalan barrotes en la noche.

Esa pantomima que llaman destino y que no es otra cosa que una aplicación de la ley de probabilidades. Combinatoria. Bielsa y Rojinsky se conocieron durante la Guerra Civil. Frente de Teruel. Bielsa apenas era entonces un muchacho que se paseaba entre los brigadistas, practicando idiomas. Se recordaban en mitad de uno de aquellos espectáculos que actuaban en el frente. El espectáculo fue interrumpido por un bombardeo aéreo y después

Bielsa y Rojinsky estuvieron bebiendo con un saltimbanqui y un cupletista de la compañía rodante. Pero donde se habían conocido realmente fue en los últimos compases de la Guerra Mundial, en Francia.

Robert Rojinsky acababa de salir del viejo manicomio, de esa cárcel de edificios rectangulares y amarillos cercana a Lille. Bielsa andaba por París, festejando la liberación de la ciudad. Había salido de España al caer derrotado el ejército de Cataluña y desde entonces había vivido en Francia. Unos contaban que hostigando a la guardia civil en los Pirineos y combatiendo después contra los alemanes. Otros aseguraban que desde la frontera había ido directamente a París y no había salido de allí, de la cama de una cantante adicta a la morfina, hasta que las primeras botas nazis empezaron a retumbar por los adoquines de Montmartre y él emprendió primero el camino de Suiza, donde la cantante se suicidó arrojándose al tren, y después el de retorno a Barcelona.

Cuando yo conocí a Bielsa, en aquel verano de 1956, me enseñó una foto con Rojinsky, hecha uno de aquellos días en París. Estaban retratados con una mujer sentada en medio de los dos. Sonrientes, se encontraban en la terraza de una cafetería, bajo un rótulo del bulevar Saint Michel. La mujer sosteniendo un cigarrillo entre los dedos y con una ceja alzada. Morena, los ojos claros y una chaqueta abrochada hasta el cuello. Rojinsky mirando irónicamente a la cámara, joven, fuerte, ya con la frente amplia y las entradas pronunciadas. Y él, Bielsa, pasando un brazo por detrás de la mujer y tocando con su mano el hombro de Rojinsky.

Probablemente se separaran pocos días después de hacerse aquella fotografía. No volvieron a verse hasta ocho o nueve años después, ya en la clandestinidad, en Barcelona. Pasaron unos miles de días. Mi futuro también estaba fraguándose en aquel tiempo, la combinatoria, el destino, iba trenzando sus hilos. Los planetas girando como peonzas en mitad del universo, millones de latidos del corazón, millones de relojes marcando la cuenta atrás de nuestras vidas. Rojinsky y Bielsa metiéndose en la cama con mujeres, mirando el techo en noches de insomnio, tragando humo, vertiendo semen, ingiriendo alimentos, subiendo a autobuses que en realidad no iban a ninguna parte, bebiendo, caminando por calles solitarias y por avenidas llenas de automóviles. Utilizando máquinas, viviendo.

Soportando el tráfago, la combustión de proteínas, los flujos de sangre de sus organismos.

Todo se preparaba para la gran combinación. Yo abandonaba el pueblo y la casa de aquel hombre con el que se casó mi madre. Trabajaba en una fábrica textil en Málaga, en el mercado de Atarazanas, en una fundición. Corpas el Peluquero me daba los primeros libros, me hablaba del comunismo. Sebastián Pasos entraba en la cárcel, salía, hacía propaganda, atropellaba con un coche a un coronel de la guardia civil. Michelena cuadrículaba retratos y pintaba fantasmas en su almacén del Poble Sec y la familia de Bielsa preparaba su retorno a los negocios, a la vida pacífica y fecunda de sus antepasados. Vera dejaba atrás a sus muertos, abandonaba Extremadura, entraba en contacto con Sebastián Pasos y llegaba a Barcelona.

Y mientras, tal vez en 1946 o 1947, Robert Rojinsky volvía a Canadá. No tuvo problemas por haber combatido al lado de los republicanos españoles. Ser brigadista internacional, haber pertenecido al batallón Mackenzie-Papineau, no se pagó en Canadá con el mismo precio con que lo hicieron en Estados Unidos sus compañeros de la brigada Lincoln. Además, había luchado contra los nazis, tenía pedigrí. Pero Rojinsky ya no pertenecía a ninguna parte. Nunca lo había hecho. Era un extranjero. «No consiguió adaptarse a la vida de su país», oí decir algunas veces. Su país era estar en otro sitio. Su país era ninguna parte.

Los ojos pequeños y la risa exagerada, las manos desproporcionadamente grandes. Robert Rojinsky tenía la apariencia de un niño gigante. Y como un niño asustado, dentro de él circulaba un miedo raro, una ansiedad sin nombre que no cesaba de perseguirlo. Era un fugitivo que huía sin posibilidad de escapatoria. Podía ir tan lejos como una de estas bolas de mercurio. Deslizarse por un tubo de vidrio transparente, chocar contra una de sus paredes y volver atrás para fundirse con un óvalo más grande del mismo metal. Ese era Rojinsky, el inocente, el bondadoso.

También vi algunas fotografías de la época que pasó en Canadá al final de los años cuarenta. En una de ellas estaba sentado en la escalinata de un porche. Detrás de él había una anciana con uno de los cristales de las gafas ahumado. Era su madre. Estaba allí como una estatua en un pedestal,

pequeña y enérgica. Él con su cuello poderoso y un bigote que debía de ser de un color naranja sucio. En la pared de su casa de Barcelona, de aquella habitación con olor a lejía y a pescado, tenía clavadas fotografías con amigos, solo en las montañas, con mujeres. Siempre mirando a la cámara con ironía, pensando en otra cosa, en otro lugar, en otra gente.

«Cuando me hacen una foto siempre pienso en quién la verá cuando yo esté muerto», decía el hombre con el que se casó mi madre. «Pienso en el dedo que se pondrá encima de mí y preguntará quién era este. En esa uña, que a mí también me parece la de un muerto, pienso», aquel hombre se quedaba con una media sonrisa en la boca. Y yo pensaba que ya estaba muerto.

Rojinsky trabajó en un barco de recreo en las cataratas, también en un aserradero, cerca de Montreal, pero antes de que empezara la década de los cincuenta ya estaba otra vez en España. Cerca de los reductos anarquistas. Los supervivientes de la FAI. Mertel, Coca y aquel tipo con la cara consumida, Sepúlveda Balmoral, que levantaba pesas y ataviado con una camiseta de tirantes fumaba sin soltar el cigarrillo de entre los labios mientras sus compañeros planeaban cómo cambiar el mundo. Domesticar a los demasiado rebeldes, espolpear a los dóciles, construir caminos para que las cobayas acabaran dando vueltas en su noria.

Es fácil imaginarse a Rojinsky en medio de aquellas reuniones, bebiendo un vino terroso, mirando sin verlos a Balmoral, a Coca y a sus amigos, sintiendo el peso de su pistola en la cintura. Libre de cataratas, barcos de turistas, aserraderos y canadienses prósperos. En sus dos primeros años en España participó en dieciséis atracos. Bancos y prestamistas. Le llamaban el Apocalipsis. Quería el fin del mundo conocido para mañana, para hoy. Detestaba oír más promesas, solo quería ejecutarlas. Poco a poco se fue apartando de los anarquistas y aproximándose a nosotros. Le gustaba nuestra organización. Decía que no parecíamos españoles, españoles como él, se reía con aquella explosión sonora, con sus dientes separados y su cara de niño calvo.

Poco antes de aquel verano de 1956 en el que yo llegué a Barcelona, Rojinsky y Bielsa volvieron a encontrarse. Revivieron sus días en París. Estaban unidos por una de tantas alucinaciones como nos asaltan a lo largo

de la vida. Por la emoción de unos días pasados en medio de una ciudad en fiesta, ebrios y metidos en habitaciones infectas con mujeres también alucinadas, también ebrias. Fue únicamente el recuerdo de aquellos días lo que unió a dos seres tan distintos, tan opuestos como Bielsa y Rojinsky. Un verdugo y su víctima.

La noche ha convertido la vidriera de la calle en un espejo. Estoy allí al fondo, difuminado por las sombras. Escribo. Pasan automóviles por la calle, parecen vacíos. Una alucinación. Aquella alucinación, la amistad entre Rojinsky y Bielsa, también se apoderó de quienes estuvimos a su lado en la época de Barcelona. Ahora sé que solo somos eso, seres alucinados. Yo no había cumplido veinticinco años, todavía creía en la revolución. También creía en las palabras. No en quienes las decían, pero sí en las palabras, en las ideas. Pensaba que el mundo sería distinto antes y después de mi paso por este planeta. Que algo iba a cambiar en este rincón del universo.

Yo era trece o catorce años más joven que Bielsa y Rojinsky, no había combatido en ninguna guerra. Me esforzaba por crear un orden dentro mi cabeza, tenía un marcado afán por ser coherente. El día que fui a conocer a Bielsa sabía a qué casta pertenecía. Un mimado que vivía entre Barcelona y París. Hacía de enlace y de correo. Traía noticias, consignas, y a la vez intentaba que allí no nos vieran como a delincuentes, desviados del dogma. Un universitario o un dandi que antes o después volvería con los suyos.

Así veía yo el mundo mientras caminaba al encuentro de Bielsa, Ramblas arriba, y media hora después, sentado en el Zurich delante de unas cervezas, frente a él y a Rojinsky, empezaba a dudar de todo. Aquel hombre sabía lo que yo pensaba de él, y sin embargo me tendía la mano, me miraba directamente a los ojos. Dejaba de hablar y escuchaba con atención lo que yo decía. Y yo veía la cicatriz en el dorso de su mano, aquel clavo que le metieron entre los nudillos en la cárcel. Lo veía sonreír y esa sonrisa cálida originaba dentro de mí dudas, lugares oscuros. Verdaderamente nunca tuve claro quién era yo hasta que supe que solo soy un cúmulo de células combinadas que deciden por sí mismas.

Solo soy un almacén de recuerdos. Esa es mi única identidad. Un archivador desordenado, lleno de alucinaciones y caprichos. Incoherente. La incoherencia es la única verdad posible, la verdad del momento. Tardé mucho en saberlo. Tuve que ver los cadáveres de gente querida, pasar noches desnudo en una celda. Dejar que corrieran los años sin que sucediese nada. Mirarme al espejo y ver que dentro de mí tampoco ocurre nada.

OceanofPDF.com

Vivo solo en un pequeño apartamento de Mississauga, en las afueras. Salgo del centro de Toronto cuando ya las calles se han convertido en una ciudad muerta. Siempre viajo en un autobús confortable que va casi vacío. Me deja a dos manzanas de mi apartamento. En invierno camino sobre el hielo y me acuerdo de otro tiempo, aunque el hielo siempre parece haber estado ahí, debajo de los grumos de tierra seca de mi infancia, debajo de aquel asfalto resquebrajado por el que mi familia huyó camino de Almería en la guerra. Yo era un niño que llevaban de la mano.

Debajo de mis pies siempre ha habido una lámina de hielo, y cada vez es más endeble. Es igual para todo el mundo. También tengo la impresión, la certeza, de haber estado siempre en el mismo lugar. Ha sido el decorado del mundo el que se ha ido moviendo a mi alrededor. Yo sigo aquí, inmóvil. Esperando.

Los hombres como Luis Bielsa sí tendrán la sensación plena de haber sido los responsables de su destino. Y de tener una identidad personal propia, recibida y fraguada en sus mentes de no se sabe qué misteriosa forma. Creen que tienen una personalidad independiente de lo que marca su propio organismo. Como si sus ambiciones, sus penas y sus deseos fueran otra cosa que el comportamiento de un enorme conjunto de células nerviosas y de las moléculas que estas llevan asociadas. Luis Bielsa, dueño y señor. Nunca se habrá detenido a pensar. Es libre.

Esos hombres creen en la existencia del alma, aunque sean ateos, aunque quemen iglesias. Mi madre me hablaba de una noche en la que vio quemar a un cura. Recordaba alguna de las palabras que el cura gritaba entre gemidos. Me las repitió varias veces pero se me han olvidado. La memoria también es un río, una corriente que lo arrastra todo cada vez más lejos. Luego el propio río desaparece y en la tierra queda un surco, una

cicatriz. A veces sentimos cómo unas aguas subterráneas nos recorren lentamente y no sabemos de dónde proceden ni qué camino siguen.

El autobús que me lleva a mi casa es silencioso, igual que mi apartamento, igual que ese borde de lago que veo pasar a lo lejos frente a la ventanilla. Un silencio gris flotando sobre la franja de agua, ligeramente brillante. Un horizonte inamovible que cada día pasa dos veces ante mí, cada vez con los árboles más cansados, por el frío, por el asomo de mi vejez. Es mi cansancio el que los va venciendo lentamente, el que les va sacando nudos y ramas que a mí cada vez me parecen más endebles. Mi mujer murió hace seis años. No la quise. O sí, pero no como se supone que se quiere a una mujer. La toleré, la usé.

Por las noches me volcaba sobre ella y me parecía entrar en un lugar conocido y solitario. O dormía a su lado, después de haberla visto entornar los ojos y de haber observado sus defectos, el rastro mínimo de una belleza que nunca fue esplendorosa. Los labios arrugados. Cada vez pareciéndose más a un cadáver. Un cadáver respirando. A veces le acariciaba el pelo mientras dormía, sin que ella lo percibiera. He pensado muchas veces que en el fondo fue una suerte haber perdido a Vera en mitad de la juventud. No haber llegado a sentir por ella algo parecido a lo que sentí por mi mujer. El declive.

Tal vez a Vera sí la quise. Tal vez fue también una alucinación, pero ella fue quien me llevó más cerca de ese territorio que llaman amor. Me gustaría volver a oír su voz. Cambiar yo también la percepción de mis sentidos, solo que al revés que mis compañeros del hotel. Conservo nítida la imagen de Vera, sus pómulos angulosos y sobresalientes. La carne de los labios. El pelo negro y aquellos ojos a cuyo fondo nunca pareció haber llegado la luz del día, casi negros también.

También esos ojos evocaban voces, el sonido de objetos desconocidos tintineando al otro lado de una pared. El roce de cuerpos imaginados. A veces veo su figura en la penumbra de mi dormitorio. La proyecto en la pared, frente a la cama, y me quedo un rato observándola. La hago sonreír, o girar el cuello lentamente sin que aparte los ojos de mí. También la veo en la ventanilla del autobús, un ojo flotando en el lago y el otro cortado por el reflejo que provoca en el cristal la barra de acero de un asiento. Entonces

me mira con pena. A veces no puedo controlar su expresión ni lo que hace, como si estuviese viva dentro de mi cerebro.

Quizá la amé, pero la recuerdo sin asomo de ningún sentimiento ni emoción. No puedo revivir plenamente mis sensaciones, de qué modo sentía yo en aquel tiempo. Todo aquello se fosilizó en algún lugar de mi interior y si ahora lo sacara a la luz no sería otra cosa que un extraño grumo deforme, compacto. Sí. En el fondo fue una suerte no ver cómo aquellos ojos se iban empequeñeciendo y el cuerpo se llenaba de lugares sombríos. Cómo la vida la iba atropellando igual que un tren a cámara lenta.

He visto en el Toronto Star una noticia breve sobre la inauguración de un monumento al batallón Mackenzie-Papineau. Se hará dentro de cuatro días. Existe una Asociación de Veteranos y Amigos del Batallón Mackenzie-Papineau. Ya conozco el motivo de su visita. Los viejos veteranos de las brigadas se han acordado de Luis Bielsa, aquel joven comunista que para ellos fue una especie de héroe en los días de Teruel. El joven camarada que facilitaba ambulancias para evacuar heridos o que después de la batalla podía ofrecer unas cuantas cajas de vino a los soldados extranjeros que tan generosamente luchaban contra el fascismo. También he leído en el mismo periódico una nueva noticia sobre los asesinatos ocurridos en las últimas semanas.

Ha aparecido una tercera víctima a orillas del lago. Una chica joven, de origen asiático, a la que también le habían abierto el cráneo en dos con un hacha. Ningún signo de violación. Un pie, que no ha aparecido, cortado limpiamente. Casi con toda seguridad fue amputado con el hacha con que la mataron. Aún no saben con precisión cuándo pudo ser asesinada. Pesa, sin el pie, 46,2 kilogramos. Daban esa cifra exacta en el periódico. No se conoce su identidad, pero debe de tener menos de veinte años. El hielo puede haberla tenido acogida en su seno varios meses, o tal vez solo unas semanas después de las nevadas intensas de abril. Ahora, con el deshielo, con la llegada real de la primavera, el agua la ha devuelto al mundo de los vivos.

El hielo, el mercurio, el cerebro guardando sus pesadillas. Los ríos que nos recorren. Todo lo almacenan dentro, pacientemente, y luego sus flujos internos acaban por expulsarlo a la superficie en el momento más inesperado.

Imagino el cadáver de esa muchacha delgada, con la cabeza abierta en dos mitades asimétricas, igual que si fueran dos personas falsamente unidas. La veo como a cualquiera de esas chicas que diariamente pasan por la puerta del hotel camino de la universidad. Su piel lívida entreviéndose a través de las capas de hielo, asomándose dulcemente para recibir en medio de un páramo de árboles caídos los primeros rayos de sol de esta primavera, del mismo modo que Vera se asoma al vidrio de la ventanilla del autobús y sonríe desde lo hondo del Ontario.

La caricia del agua recién descongelada pasando por sus mejillas, lavando los restos de sangre, unas hojas podridas, un barro antiguo liberándose del hielo junto a ella, arrastrado por una corriente suave y recorriendo el mismo camino hacia el lago que su sangre, el mismo camino que una y otra vez intentan emprender sus cabellos, solo que estos se quedan ahí, meciéndose al compás de las plantas acuáticas que la corriente estremece sigilosamente.

Al llegar a mi apartamento recorto y coloco las dos noticias del periódico en la misma carpeta. El recorte de la aparición del cadáver y la información sobre el monumento a los brigadistas canadienses. Recorro la casa, nueve pasos hasta la cocina, seis pasos hasta mi dormitorio, unos cuantos más hasta la sala de estar. Mis pasos silenciosos. Nadie parece caminar en todo el edificio. A veces pienso que el edificio es un pulmón, con sus cavidades. Solo el televisor de la señora Iris retumba a veces con el eco de algún disparo o con la música de algún anuncio publicitario. Por la ventana veo una fila de coches aparcados. Así estará todo el día que yo muera. Todo en orden.

Bielsa va a quedarse cinco días en el hotel. Probablemente después tenga planeado regresar a España. Volar unos cuantos miles de kilómetros sobre el mar, bordeando la parte alta del planeta para llegar a su casa de la calle Rosselló e instalarse entre sus muebles antiguos, lacados, los barnices y los óleos, y ser atendido por unas personas que recuerdan mejor que él

mismo sus propias costumbres, sus gustos. Ahí, alojado en su cerebro, estará también el recuerdo de Vera. Eso sí me gustaría saberlo. Conocer el precio de esos recuerdos, cuánto valen para él y cuánto dura la órbita que los hace reaparecer en su conciencia. Guardará imágenes de ella que yo desconozco. Su cara reposando en una almohada blanca, su perfil recortado en un ventanal con visillos de encaje que mueve la tramontana, una sonrisa o su pelo mojado por la lluvia.

En mi mesilla de noche tengo una foto de mi mujer. No la quito. Hago como los demás, como todo el mundo. En Navidad le escribo una carta a su hermana y en cada una de esas cartas le hablo de algún recuerdo familiar, de algún detalle sobre su hermana que ella había olvidado o no conocía. Mi mujer me mira con una media sonrisa. Solo algunas noches, cuando la soledad parece que va a empezar a estremecer las paredes y a moverlas de sitio, giro un poco el portarretratos y la pongo de cara a la pared. Pienso que su sonrisa, a un centímetro del papel pintado, se borra, y que ella también descansa.

Esta noche no. Esta noche la dejo mirando la habitación, los muebles oscuros, bañada de arriba a abajo por la luz amarilla de la lámpara de la mesita. La sonrisa de sus dientes verdeando, como si siguiera viva y el tiempo continuase erosionándola.

Esta noche, o tal vez mañana, decidiré si le comunico a Sebastián Pasos que él está aquí. Que Bielsa está en Toronto. Con nosotros. Que ha venido.

Bielsa llegó al almacén y de inmediato supe lo que iba a ocurrir. La vida es un complicado circuito eléctrico que corre por encima de la tierra, con los cables colgados de los postes. A veces hay pájaros detenidos en los cables. A veces también hay pájaros colgando de un fino cordón, ahorcados, y también paracaidistas de plástico, juguetes de niño que se balancean en el aire y que la intemperie va destruyendo poco a poco. Como ese diminuto soldado verde que apareció colgado sobre los aparcamientos y estuvo allí todo el invierno. Yo lo miraba en la noche. Flotando sobre el asfalto y el césped azul. Una mañana, de pronto, ya no estaba.

A veces, esos cables eléctricos que recorren nuestra vida bajan de los postes a la tierra y serpean por el fango, se esconden debajo del suelo para más tarde regresar a la superficie. Y en todo momento la electricidad va y viene, se desactiva y vuelve a activarse con un zumbido que estremece las patas de los pájaros vivos y el hilo del que cuelgan los pájaros ahorcados. La vida y la electricidad y los ríos nos dejan dormir un instante para luego recobrar toda su intensidad y despertarnos con una descarga o arrastrarnos adonde ellos quieran.

Era el verano de 1956, septiembre, y yo ya había visto a Bielsa en la cafetería Zurich. Ya había caminado con él por la Barceloneta con los pies desnudos. Él había escuchado con atención mi plan. Yo me sentía importante, reconocido. Ante su presencia, Rojinsky había aprobado con un gesto cada una de mis palabras. Ese hombre que ahora duerme o tal vez esté desnudo, metido en la bañera con cable de alarma, con baranda para discapacitados, de la habitación 108 del hotel Regina, podía convertirse en mi amigo. Y cuando esa noche entró en aquel almacén del Poble Sec, yo miré a Vera y sentí un extraño orgullo. Bielsa se había convertido en un trofeo particular, algo que remotamente me pertenecía. Una camisa blanca, el cigarrillo arrojado al suelo para saludar a Pasos y Michelena.

Y de pronto tuve un palpito, una intuición morbosa. Aquel aplomo. Un halo que se expandía alrededor de él y que infundía respeto. Los demás teníamos el significado de lo conocido, éramos lo previsible. El brillo de la camisa, el brillo en los ojos, y la voz pausada de los que nada tienen que perder. O, mejor, de los que por mucho que pierdan siempre tendrán más y más recursos. Y aquella humildad que no era humildad. Un palpito, una especulación morbosa. Vi la mirada de Vera, allí al fondo del almacén. Seguía enrollando mapas cuando Rojinsky dijo su nombre y se la señaló a Bielsa. Se saludaron desde lejos. Ella parecía menos hermosa, rodeada por nosotros, por aquellos cartelones de películas que de pronto parecieron peor pintados y más viejos, como también parecía más vieja nuestra ropa y más sucias las manos de Michelena y Sebastián Pasos al estrechar la mano de Bielsa.

La noche se iba cuajando en los cristales altos del almacén. Empezaban a ladrar los perros. 39 años desde entonces. La noche aquí es verdaderamente profunda. Todavía la brisa trae el frescor del hielo. Un árbol araña mi ventana. 39 inviernos con las noches cada vez más profundas y largas. Me acuesto en mi cama de viudo, con la luz de viudo, con la soledad de un viudo que nunca pidió ningún consuelo.

Leí muchos libros en la cárcel. Uno tras otro. Aprendí a destruirme, a saber lo que soy. Me desmonté por piezas. Los libros que había leído fuera, los clásicos del marxismo, nunca me dijeron quién era yo. Dibujaron un disfraz y quisieron meterme dentro. Me acuesto y siento que esos 39 años apenas son algo más que una tarde interminable en el hotel Regina, un fugaz paseo por el campo en Kitchener cuando mi mujer vivía y, sí, una sucesión indefinida de estampas, noches y días idénticos en las tres cárceles en las que viví en España. Eso son esos 39 años, eso y un zumbido eléctrico y continuo, apenas interrumpido por el sueño, resonando en el interior de mi cabeza, acompañando una serie deshilvanada de imágenes y voces que casi nunca se corresponden. Personas que mueven la boca sin palabras y voces que vienen de ninguna parte.

Entorno los ojos. Aparece gente que había olvidado. Hay un hombre sentado a los pies de mi cama. Un hombre que mira hacia el leve resplandor que desde la calle entra por los visillos. Creo que soy yo, yo que me he

desdoblado y que estoy ahí en otro momento, mirando la ventana en una noche de insomnio. Pero no soy yo, es Sebastián Pasos que se vuelve y me mira. Observa cómo duermo.

Abro los ojos y ya no está. Quizá estaba ahí verdaderamente, quizá ha salido de la habitación. Pienso que es posible aunque no tenga llave de mi casa y apenas haya venido aquí un par de veces en los últimos tres o cuatro años, desde que mi mujer murió. Oigo unos ruidos en la cocina. No importa, cierro los ojos. Sé que me equivoco y sé que Pasos no va a matarme. Sé que no es como aquellos carceleros que aparecían en mitad de la madrugada, con las toallas mojadas en la mano y acariciando las correas con las que nos iban a inmovilizar. Sé que no va a azotarme con las toallas mojadas ni a alumbrarme con una linterna mientras alguien me corta el cuello con una navaja afilada. Como le ocurrió al anarquista Florido en la celda del Dueso, en febrero de 1961. Sin saber por qué, vuelvo a acordarme del soldado de plástico verde colgado con su paracaídas. Y también pienso que soy yo, como el hombre que he visto sentado a los pies de mi cama.

Intento dormir, no ser consciente de la noche. Esta profundidad. Vera y Bielsa estaban fabricados para atraerse. Ella apenas lo miró aquella noche en el almacén del Poble Sec. Vera dejaba que el humo flotase denso entre sus labios antes de soplar suavemente y disolver aquella nube blanca camino de la lámpara que alumbraba los mapas. Calibraba sus movimientos, su emoción.

Yo también soy humo. Fui el humo de su boca. Vera miraba hacia abajo de un modo forzado. Era disciplinada. La distancia que había puesto entre ella y Bielsa delataba lo que estaba ocurriendo, lo que podía ocurrir entre ellos. Vera confiaba en mí. Yo había propuesto asaltar el polvorín de Bobadilla, en la provincia de Málaga. Ruiz Nogueira estaba cumpliendo el servicio militar en aquel polvorín custodiado por el cuerpo de aviación. Había sacado de allí todos los planos, toda la información posible. Un monte, apenas una loma coronada por un rizo de rocas, que había sido ahuecado. Galerías y cuevas con el vientre lleno de bombas pesadas y armamento ligero. Soldados de reemplazo sin ningún entrenamiento, gente adormilada en las garitas. Ningún sistema de alarma. Un olivar tupido frente a la barrera de entrada que parecía colocado allí expresamente para

camuflar la llegada de una furgoneta y después huir sin ser vistos. Y lo que era más importante, también había un brigada con el que Ruiz Nogueira bebía en la cocina, un tipo demasiado cansado de sisar en la comida de los soldados y dispuesto a facilitarnos el trabajo y a dejar atrás su patriotismo por una buena cantidad de dinero.

Bielsa hizo algunas consideraciones económicas sobre el plan, habló sobre el tiempo que debíamos estar retirados después de la operación y los contactos que tendría que hacer para vender las armas en Bélgica. Se detuvo, alzó la vista y cruzó un instante su mirada con la de Vera. Alargaba la pausa. Allí estaba, ese era Luis Bielsa. Y entonces la especulación, el pálpito morboso se convirtió en miedo. Entonces empecé a pensar todo lo que ahora pienso. En cierto modo empecé mi camino, a ser lo que soy.

Las pupilas de Bielsa se hacían muy claras con la luz. Miró con condescendencia los carteles. John Wayne, Maureen O'Hara, Susan Hayward, pintados por Michelena.

«Iré a Francia. Solicitaré información. Haré lo que pueda, con eso podéis contar», me sonrió, «Es un buen plan, una buena idea».

Me puso la mano en el hombro y la dejó allí un instante. Y entonces varió la sonrisa y también el tono de la voz, como si aquel hombre serio que miraba los planos y escuchaba las explicaciones se hubiera desintegrado y fuese otro el que se escondía detrás de ese tono fabricado pacientemente por institutrices francesas, por largos años de universidad y cenas con altos financieros. Entonces nos dijo la verdad. Lo que pensaba, lo que había pensado siempre. Allí estaba el anuncio de su agotamiento, de su insustancialidad.

Nos dijo algo así:

«Sí, la operación puede ser viable. Es costosa y será complicado convencer a los de fuera para que colaboren, vuestra fama no ayudará, pero, sí, creo que podría llevarse a cabo. Con éxito, seguramente. Sí».

Se calló un instante. Y después continuó:

«Sí. Pero de qué modo modificará la realidad. Quiero decir, para qué nos servirá esa operación, qué vamos a cambiar en el mundo, aunque sea en este pequeño mundo que nos rodea, con esas bombas, con ese éxito nuestro. Adónde iremos con nuestra altísima gloria. Un éxito que no transforma el

mundo es un cometa perdido en el cielo. Un disparo de fogeo en mitad de la guerra. Un fracaso. Todo seguirá igual».

Se quedó mirándonos a todos, con su sonrisa. Sebastián Pasos lo miraba desafiante, Michelena observaba a Pasos. Rojinsky se levantó, y al levantarse su cara salió del foco de luz que alumbraba los mapas, nuestras manos y nuestros pechos. No hacía falta luz para saber lo que Rojinsky pensaba. Vera volvió a bajar la vista, y todos oímos de nuevo la voz de Bielsa.

«Sé lo que me vais a decir. No vamos a rehuir nuestra responsabilidad ni vamos a dejar de comernos nuestra ración de fracaso. Hemos dejado demasiada sangre, demasiados compañeros en el camino para dar ahora marcha atrás. Nunca nadie pudo pensar que éramos cobardes. Pero tampoco unos ignorantes que no saben qué terreno pisan, ¿verdad?».

«¿Tú de qué lado estás?», preguntó Sebastián Pasos.

«Qué nos quieres contar, qué coño es ese lío de maricones poetas, de cometas y del cielo. Qué cielo. Yo le meto seis tiros a san Pedro», Rojinsky fue y vino, entraba en la luz y se perdía momentáneamente en la sombra, «Di, qué nos quieres contar».

Pareció que nadie le había hecho ninguna pregunta, que aquellas palabras habían sido un ruido de la oscuridad. Nadie volvió a hablar, ni Rojinsky volvió a moverse, hasta que Bielsa, después de otro silencio, se animó a decir:

«Defenderé el plan. Os lo he dicho, haré todo lo posible para que lo llevéis a cabo. Es más, si queréis estaré con vosotros, me meteré dentro de ese polvorín y haré lo que tenga que hacer. Como entonces», miró a Rojinsky y después a mí.

«Nuestra responsabilidad. Nuestra ración de fracaso. Nunca nadie pudo pensar que éramos cobardes». Vuelve a decir las mismas palabras dentro de mi cabeza casi cuarenta años después. Ahora las pronuncia con la voz gastada, con esa cara, hundida en el fondo del mar, que he visto en el hotel. Y sigue mirándome al decir las últimas palabras, «defenderé el plan, haré lo que tenga que hacer, como entonces». Y Vera continúa observando los mapas, las líneas de la alambrada, el dibujo del olivar, las letras que yo

había escrito en aquel papel y que, tal vez, también para ella, ya empezaban a no significar nada.

Alguien camina por alguna parte del edificio. Cierra una puerta y habla. Nadie le responde. Alguien habla solo en la madrugada y el edificio parece contestarle con su silencio, con una respiración sorda que a través del cemento y de las vigas sube desde el sótano. Tengo sueño, siento que todo se borra. Que empiezo a convertirme en agua y que la corriente vuelve a llevarme hacia ese hombre, ese desconocido, que vive dentro de mí y que tal vez sea yo, el otro yo. Uno de ellos. El verdadero.

OceanofPDF.com

Phineas P. Gage era un empleado de los ferrocarriles norteamericanos que en el verano de 1848 sufrió un accidente. Phineas P. Gage tenía un bastón de hierro de un metro y cinco centímetros de largo con el que apisonaba la arena y la dinamita con la que hacían las voladuras para colocar raíles por esa parte del planeta. Hacían agujeros en la piedra y los rellenaban de arena y explosivos. Reventaban las rocas. Gage era el hombre más capaz y eficiente de su cuadrilla.

Hoy la mañana es limpia. Un grupo de pájaros vuela a lo lejos sobre un barco pequeño. Algunos de los automóviles han desaparecido del lugar que ocupaban anoche. Ahora el asfalto es suavemente azul. El césped ha recuperado su color verde. La casa huele a café y a mantequilla y desde abajo llegan las voces de un par de hombres que caminan por la acera. No se entiende lo que dicen, pero se sabe que bromean. Sus voces forman parte de la primavera. Me iría con ellos. Me gustaría ir vestido con un anorak azul, llevar en la espalda las letras de la misma empresa que ellos y andar por la calle hablando en voz alta. Phineas P. Gage era el hombre más capaz y eficiente de su cuadrilla. Sí, hasta que dejó de serlo, hasta que fue otra persona, con la misma identidad, casi con la misma cara, con el mismo nombre. Pero otro.

Los datos médicos, escurpulosamente conservados, describen a Gage como un hombre atlético, de 1,65 de estatura y veinticinco años de edad. Se movía ágilmente. Era alegre. Pero una tarde de hace casi un siglo y medio, en Vermont, a orillas del río Black, Phineas P. Gage cometió un error con su bastón de prensar, golpeó una roca, saltaron chispas y la dinamita que tenía bajo él le explotó a sus pies. Eran las cuatro y media de la tarde, hacía mucho calor, el río trazaba remolinos, jadeaba a lo lejos entre un bosque de abetos.

Fue una explosión brutal. El bastón de hierro de un metro y cinco centímetros de largo y de cinco kilos y medio de peso salió disparado de la mano de Gage como un proyectil y penetró por su mejilla izquierda. Le perforó la base del cráneo, atravesó la parte frontal de su cerebro y salió a gran velocidad por la parte superior de la cabeza. Volaron pájaros. Alguien gritaría. El bastón, cubierto de sangre y masa cerebral, fue a caer a treinta metros de distancia.

Habría carreras, alarma. Un accidente entre tantos, desgraciado, cotidiano. Pero Gage no murió. Gage ni siquiera perdió el conocimiento. Solo que Gage ya no era Gage. Fue atendido por un médico provinciano, John Harlow, que, lleno de asombro, fue anotando en las semanas y los meses siguientes la evolución posterior del accidentado. No tuvo secuelas físicas aparentes, pero a partir de aquella tarde de verano, Phineas Gage fue incapaz de planificar su futuro. Se transformó. Empezó a llevar una vida disoluta, perdió su trabajo. Se convirtió en un hombre grosero. Era un inepto. Su organismo, su sistema nervioso le estaba dictando nuevas órdenes, nuevos comportamientos.

Quién era Gage. El anterior o el posterior al accidente. Su personalidad salió volando con el trozo de masa encefálica que escapó de su cabeza. Quiénes somos nosotros. Quién era esa mujer, Vera, que vio a Bielsa llegar aquella noche al almacén donde planeábamos un asalto a un polvorín. Quién es auténticamente responsable de sus actos. El libre albedrío no existe, no es posible. Es una excusa de los jueces para mantener la ley, para ordenar el mundo.

El libre albedrío no existe porque el yo tampoco existe. Nos esforzamos por mantener un poco de coherencia, eso es todo. Los neurólogos lo saben desde hace tiempo. Saben que no tenemos alma. Que somos un ente colectivo y cambiante, un combinado de reacciones químicas. Cuál era el alma de Phineas P. Gage, cuál era su personalidad. La perdió el día de la explosión. Todos estamos expuestos a perderla. En cierto modo la vamos perdiendo cada día. No hace falta vender nada al diablo, ninguna conversión espiritual. Solo un cambio de presión en los líquidos que envuelven el cerebro, solo un golpe, un pequeño tumor, y nos habremos transformado en otro.

La conversión espiritual es solo eso, una leve modificación mecánica. Un juego de cubos y dados. Y yo estoy aquí, delante de esta ventana sobre las copas de los árboles, sobre los automóviles aparcados y los huecos inquietantes que dejan en el asfalto al marcharse sin que nadie los vea. Queriendo juzgar al mundo. Estoy aquí, como siempre he estado, acompañado por la fotografía de una mujer muerta, por unos objetos que me dicen quién soy. Soy el tronco de unos recuerdos que al entornar los ojos se mezclan cada noche con el sueño y con mi respiración.

Y cada día, al abrir los ojos, los sueños tardan cada vez más en evaporarse, se quedan unos segundos flotando en el aire. Hoy he notado que la foto de mi mujer ha dejado de sonreír. Mientras reconocía mi habitación y mi casa y mi persona he visto unos pájaros caer a la tierra convertidos en pesadas piezas de plomo, y Bielsa ha vuelto a fumar bajo una lona de color naranja, ya sin edad, con los ojos que ayer le vi colocados en la cara de aquel tiempo, 1956, septiembre. Aquí. Sigo aquí. Poco a poco, cada día más lentamente, se van restableciendo las difusas fronteras que separan el sueño de la vigilia, los recuerdos de las ensoñaciones. Mi mujer ha vuelto a sonreír y los pájaros vuelan de nuevo en lo alto del cielo.

Sigo aquí, en la mañana de un día claro de primavera, en Canadá. Con la agenda abierta y el nombre de Sebastián Pasos anotado al lado de su número de teléfono, pensando qué decisión voy a tomar. El bastón de Phineas Gage y su calavera perforada están en una vitrina del Museo Médico Warren de la Facultad de Medicina de Harvard. Algún día quizá vaya a verlos, a mirarme en ese espejo.

Ahora a mí también me parece una pantomima, un juego de niños, de desvalidos mentales, aquel asalto al polvorín de Bobadilla. Pero entonces era nuestra vida, nuestra justificación. También a mí, ahora, viéndolos en el recuerdo, me parecen ridículos aquellos retratos que Michelena pintaba, y cómo entre los indios apaches que asaltaban un fuerte camuflaba los retratos de Millán Astray, Muñoz Grandes o el propio José Antonio Primo de Rivera. O cómo en el rostro de sus actores preferidos dibujaba los ojos de Marx o el mentón de Lenin.

Sí. Ahora yo también sé que todo era un juego, que la vida estaba en otra parte. Pero sigo aquí, intuyendo remotamente que acabaré marcando

ese número de teléfono. Que oiré en el auricular la voz cavernosa de Sebastián Pasos y que le diré que él está aquí. Y sé, vagamente, pero sé, lo que va a ocurrir. Como en aquel tiempo, cuando era niño y salía por la noche al lado de Daniel, sabía lo que iba a ocurrir y a pesar de todo seguía alumbrando el camino con la linterna. Los plomos de la carabina tiraban de mi bolsillo hacia el suelo, hacia la tierra reseca sobre la que me habría gustado tenderme para oler el perfume ácido del romero en mitad de la noche, para mirar el cielo agujereado de estrellas. Para escuchar cómo las culebras y los insectos se deslizaban con un crujido suave por las hierbas secas y no tener que mancharme la camisa de sangre y fingir que no me importaba nada el sufrimiento de nadie.

Sigo aquí, delante de una ventana, con un lago, un bosque y un paisaje hermoso delante de mí, calculando si soy dueño de mis actos, si soy responsable, si puedo elegir con algo parecido a la libertad o si también, a mi modo, tengo el cráneo perforado, la voluntad rota por cualquier enfermedad. Si tengo derecho a la culpa. A condenar. A encender mi linterna para que otro dispare.

OceanofPDF.com

Hotel Regina, 302, Yonge Street. Toronto. Bielsa no está en su habitación. Al llegar he mirado su casillero para saber si habían dejado alguna nota, algún mensaje u objeto para él. Solo había un sobre a nombre del señor Bielsa Solá que contenía una entrada para el teatro. *Ballet*. He atendido a un cliente finlandés. Y después he mirado el teléfono, mi tubo de mercurio a su lado era un animal dormido. Levanté el auricular y escuché el silencio de su habitación. Me dieron ganas de hablar, de hablarle al silencio, al aire que él ha estado respirando esta noche.

Acaricio la placa de bronce que tengo atornillada delante de mí, colocada ahí como para recordarme dónde estoy, para que en los días de invierno, cuando la nieve borra el mundo detrás de las vidrieras y la luz de verdad apenas dura un par de horas, recuerde que estoy en este lugar del mundo. Hotel Regina, 302, Yonge Street. Toronto.

Hoy, desde el autobús, el lago entero me pareció de mercurio. He imaginado el número de fantasmas que podrían aparecer en su superficie, la cantidad de imágenes que habrá encerradas en su interior. No he llamado a Pasos. Bajé a la calle, paseé por la misma acera por la que habían caminado los dos hombres que bromeaban por la mañana. Pero solo había silencio, algún automóvil que pasaba, también en silencio, solo produciendo un zumbido leve con sus neumáticos en el asfalto. Había un hombre gordo vestido de deportista corriendo a lo lejos. Regresé, convencido de que no iba a respirar el aire alegre que habían desprendido aquellos dos hombres.

En mi casa miraba el reloj y veía cómo el tiempo pasaba sin que mis dedos marcaran el número de Sebastián Pasos. Lo anoté en una cuartilla y dejé la cuartilla a mi lado mientras comía. Miraba el papel como otros miran la pantalla del televisor durante la comida. Al final, llevé la bandeja a la cocina, ocho pasos. Entré en el cuarto de baño para lavarme los dientes, sin querer mirarme al espejo. Veía mi figura moviéndose en el cristal y

pensaba que era un extraño que me vigilaba. Fui a mi dormitorio y recogí la cartera, las llaves, y al salir me detuve ante la cuartilla. La doblé en dos y la guardé en un bolsillo de la chaqueta. Desde la mesa donde estaba la cuartilla hasta la puerta varió mi ánimo. Salí de la casa feliz por la prórroga que acababa de concederme a mí mismo. Quizá también me sintiera momentáneamente feliz por la luz del sol que me acariciaba la cara y los hombros.

Rojinsky siempre defendió a Bielsa. Creo que lo habría defendido incluso después de su muerte. Habría alzado aquel resto de párpado que se le quedó quemado, ennegrecido por el disparo, y habría dicho su última palabra en favor de aquel que le había causado la muerte. Su lengua se movió como un animal moribundo. Pensé que era a ese animal, y no a él, a quien se le acababa la vida. Nunca llegamos a comprender en qué cimientos reales se asentaba aquella amistad, aquel respeto o lo que fuera que Rojinsky sentía por Bielsa.

En una segunda reunión en ese mismo almacén de cartelones pintados del Poble Sec empezó a manifestarse el odio de Sebastián Pasos hacia Bielsa. Yo contribuí a ello. Cuando llegué esa noche, Michelena aún estaba subido en su andamio. Pintaba los carteles de las películas que luego veíamos colgados en la calle. A mí me parecía que los carteles tenían algo de secreto, como si aquellos monigotes pudieran en cualquier momento hablar y denunciarnos.

Michelena era blando y yo, ya entonces, pensaba que nunca tendría que haber hecho otra cosa que pintar carteles. Pintarlos tal como eran en las fotografías que copiaba. Tendría que haber seguido viviendo en aquel almacén rodeado de pintura y de rostros de gente a la que él llamaba su familia. Personas a las que nunca había visto fuera de la pantalla o de las fotos de las que copiaba sus caras. Nunca tendría que haberse apartado de ese almacén ni de aquella mujer pequeña y rechoncha que a veces le llevaba una fiambarrera y un niño de la mano, el hijo de ambos, también lento y con párpados tan pesados como los suyos. Todos, cada uno de nosotros, tendría que haber seguido en su propio almacén, alimentando en secreto a los monigotes que nos recorrían la mente.

Rojinsky y Pasos llegaron juntos, poco después que yo. Vera no estuvo en aquella reunión, y yo, aunque no la había visto desde el primer encuentro con Bielsa en aquel mismo lugar, sentí que su ausencia nos daba más libertad, o al menos a mí, porque parecía que de algún modo impreciso supiera que existían unos lazos subterráneos que unían a Bielsa con Vera.

«No», era la palabra que le salía a Sebastián Pasos de modo natural cuando alguien mencionaba a Bielsa. «No». Lo decía con los labios en un susurro lleno de desprecio y también lo decía moviendo lentamente la cabeza. Mientras, Rojinsky con su cara de niño, intentaba convencernos de que Bielsa era un buen camarada.

Yo los miraba en silencio. Esa noche pensaba más en Vera que en ninguna revolución ni en ningún polvorín. Y sentía que era débil, indisciplinado. Solo como un eco, ya demasiado conocido, escuchaba a Rojinsky hablar del batallón Mackenzie-Papineau, aquellos soldados canadienses a los que llamaban los Mac-Paps y que junto a dos batallones españoles y el Clement Attlee y el batallón Lincoln formaron la XV Brigada. Pelearon en el Jarama, en Brunete y en Teruel, y allí, en Teruel, es donde algunos de aquellos hombres empezaron a deberle la vida, o al menos algún tipo de consuelo, a Luis Bielsa.

Sebastián Pasos lo llamó esa noche «feriante de la guerra, justiciero del Paralelo, un burguesito al que nada más agacharse se le ven las bragas de Rosa de Luxemburgo». Le salía a Pasos una sonrisa turbia al decir aquello, y, dejando entrever sus dientes separados y finos, sin escuchar a Rojinsky, se divertía observando el efecto de sus palabras en Michelena, que llevaba de un lado a otro su vista y de un conato de risa pasaba a la inmovilidad absoluta de todas sus facciones, tal vez asustado por la voz de Rojinsky, que seguía hablando de los veteranos de las brigadas, de los que nunca se rindieron y después de que los licenciaran vergonzosamente en el 38 volvieron a encontrarse en la resistencia francesa. Allí también había estado Bielsa.

«Allí también», murmuraba incrédulo Pasos, y la sequedad de su cara, esa tierra muerta de la que estaban hechas sus mejillas, contrastaba con el rostro sanguíneo y vivo de Rojinsky, esforzado por darle sentido a aquellas

palabras que siempre acababan desembocando en los días que pasó con Bielsa en el París recién liberado.

«Allí es donde os enamorasteis. Ya sé», bromeaba Pasos, y se quedaba mirando con su sonrisa agria los carteles de Michelena, «Pero la luna de miel se acabó, Rojinsky. Ese tipo no nos va a ayudar. La lucha es cosa nuestra, tú y yo, este, nosotros somos el pueblo. Tú qué dices, Michelena».

Y Michelena, indeciso, sin apenas decir nada, movía las manos en el aire. Los dedos manchados de azul y amarillo intentaban dibujar en el aire la torpeza de sus ideas. Su actriz preferida, Gloria Grahame, lo miraba con indiferencia desde las sombras, un brazo alzado por encima del pelo, la otra mano sosteniendo un teléfono. El amarillo de su vestido y de sus zapatos se movía en los dedos dubitativos de Michelena mientras a su lado, en otro cartel, un Henry Fonda vestido de *sheriff* con aire de obrero soviético cabalgaba un caballo acartonado. Y yo dije sí.

Dije sí por encima de las palabras esquivas de Michelena. Dije sí porque entreví cuál era nuestro destino y porque en el fondo de mí mismo no anhelaba otra cosa que ponernos a prueba. Por eso dije sí. Sí necesitábamos a Bielsa, sí debíamos darle nuestra confianza. Dije sí a Rojinsky, dije sí a las manos torpes y amarillas de Michelena, a la mirada despreciativa de Gloria Grahame y al galope mudo de un jinete que no iba a ninguna parte. Pero en el fondo, por encima de todo, dije sí a Vera, a su turbiedad. Acepté ese desafío.

Sebastián Pasos me miró con el odio que le tenía destinado a Bielsa, sin comprender que yo, en el fondo, también le estaba diciendo no, con todas mis fuerzas a aquel hombre que tres o cuatro noches atrás, allí mismo, había empezado a humillarme. Acercándose turbiamente a Vera.

No quería prescindir de él ni buscar un contacto más fiable. Quería saber si debía tener argumentos verdaderos contra él. No me parecía suficiente que fuese hijo de quien era ni que perteneciese a una casta o a otra. Tampoco me importaba la verdad o la mentira de su pasado. Quería medirlo, saber de qué era capaz. De qué era capaz él y de qué era capaz Vera. Tal vez eso es lo que de verdad, oscuramente, quería. Saber de qué era capaz yo. Solo eso.

Bielsa ha llegado a las 17:40. Ha mirado con tristeza la entrada para el teatro. La ha vuelto a meter cuidadosamente en el sobre y después me ha mirado a los ojos para darme las gracias y despedirse. Estaba cansado. Ha envejecido dos o tres años de ayer a hoy. Como si la fatiga del viaje hubiera tardado en pasarle factura. Quizá no haya dormido a causa del desfase horario. Tenía los ojos más vidriosos, y a la vez que eran de un color algo más claro también parecían más sucios. A él también le puede subir a la superficie de las pupilas todo el limo del pasado.

Llevaba el mismo abrigo que ayer. La cojera era más aguda, arrastraba un pie como un cojo de verdad. Al verlo así, ya de espaldas, he pensado que esos no eran sus ojos. Y súbitamente me ha asaltado la idea de que tal vez no sea él, el Luis Bielsa que yo conocí en 1956 en Barcelona. Nunca supe su segundo apellido. Podría ser Solá o cualquier otro.

En mi cerebro a veces solo hay un desierto. Un lugar en el que no hay viento ni vida. Una casa vacía con los postigos muertos. Me siento en medio de esa casa y oigo la chicharra lenta, casi audible, de mis huesos. Tampoco sabía su fecha exacta de nacimiento para compararla con la de su pasaporte. He mirado su mano llena de manchas y venas de color morado apoyada en la plancha de acero del ascensor, entre las flechas de subida y bajada.

En esos momentos de confusión deseaba que fuese él. Y mientras pensaba en la naturaleza de ese deseo y lo veía con el brazo extendido, he recordado su cicatriz, aquel clavo que le hincaron en el dorso de la mano. Me he levantado despacio para pasar por su espalda y ver de cerca la mano derecha, con los dedos abiertos sobre la plancha de acero del mismo modo que un día lejano dos policías se la sostuvieron sobre una mesa mientras otro colocaba un clavo entre sus nudillos y lo tanteaba cuidadosamente con

un martillo antes de golpearlo con fuerza suficiente como para dejarle la mano clavada a la madera.

Cuando ya estaba junto a él, las puertas del ascensor se han abierto y Bielsa, este hombre que se llama Bielsa Solá, ha retirado la mano y yo apenas he tenido tiempo de volver a ver las venas moradas, las manchas y unas uñas de color desvaído, muertas. He visto cómo sus ojos miraban los míos en el espejo del elevador.

He regresado a mi lugar. Al lado de mi placa con la dirección del hotel. Soy un perro con bozal, muy dócil. Al ver las letras grabadas, Hotel Regina, 302, me he dado cuenta de que el corazón me había estado latiendo.

Y he vuelto a la lógica y a pensar que era él. Y también he vuelto a pensar que en todos esos segundos, mientras me acercaba a su mano, había temido no encontrar ningún rastro de aquella cicatriz. O que me hubiese venido a la memoria su verdadero segundo apellido y no hubiera sido Solá. El de aquel hombre que sonreía bajo el toldo anaranjado. Sus pies al lado de los míos en la orilla de la Barceloneta. Él puso su mano en el hombro anguloso de Vera. Sin moverse, con aquella cicatriz. Ella, su ceja alzada.

Yo la miré una mañana. El primer día que dormí con ella. Meses antes de que Bielsa entrara en mi vida. Vera se levantó y anduvo por la casa. Una casa vieja en el Raval, con un pasillo largo y las losas del suelo mal pegadas. Todavía llevado por el sueño, oía sus pasos desnudos haciendo oscilar las baldosas, una música. Y recordé con el regusto del alcohol en la boca cómo habíamos caminado por las calles estrechas y húmedas la noche anterior, abrazándonos.

Llegó a la habitación y se quedó con el sol de la mañana a su espalda, desnuda e inocente. Ella también era otra mujer. Aquella era una de las mujeres que aquel cuerpo albergaba en su interior. Esbozó una sonrisa endeble. La ventana estaba abierta y la luz daba ahora en su costado. Su piel era una mancha blanca y luminosa. Cerré los ojos y quise llevarme aquella imagen al mundo de los sueños, guardarla para siempre. Tener agua almacenada, una cantimplora de la que beber si un día me perdía en el laberinto. Sentí el peso de su cuerpo al ponerse de nuevo en movimiento, despacio, y el aire entraba por la ventana con el olor de la pescadería, con el ruido de la calle, que esa mañana era menos oscura y menos estrecha.

Ahora no sé si está viva o muerta. Y creo que realmente ya no me importa. No me importaría saber que ha muerto porque para mí murió hace ya demasiado tiempo. De qué valdría saber que en algún lugar de este planeta vive una mujer que se llama igual que ella. Ya no sería ella. Qué importa si aquella carne es ahora un cúmulo de materia que se encamina al ocaso, si se convirtió en un cúmulo de cenizas que alguien echó al agua o si se transformó en un puñado de huesos ocultos en lo hondo de una tumba. Hace demasiado tiempo que no está en ninguna parte. Vera no existe aunque exista.

«Seremos libres y no hablaremos nunca de amor», me dijo aquella noche, después de besarnos por primera vez en la calle de la Aurora. Me acuerdo de sus pasos deteniéndose frente al Hospital de la Santa Creu. Girándose para mirarme los ojos y caminar de espaldas. Unos zapatos negros, con tacón cuadrado y una tira de cuero pasándole sobre el empeine. «Seremos libres», volvió a decirme con la sonrisa y la luz acariciándole la piel por la mañana. Aquellas almendras grandes, un poco exageradas de los ojos. Dos almendras profundas, casi negras.

A mí también me hincaron un clavo. En mitad del pecho. Me hincaron un clavo largo y oxidado que tardó más de nueve años en atravesarme el esternón. Nueve años y cuatro meses caminando por el cuadrado sin cielo y a veces sin ventana de una celda, por el cielo con alambradas de los tres patios en los que me soltaron. Colocándome desnudo y en posición fetal sobre una mesa de piedra helada para que un funcionario hurgara en mi cuerpo. Sentado en retretes a la vista de los demás, en oficinas donde repetidamente me preguntaban mi nombre sin mirarme a la cara. Nueve años sintiendo cómo golpeaban la cabeza de ese trozo de hierro que entraba en mi carne.

Miro el teléfono. El que me puede comunicar con la habitación de Bielsa, el mismo que puede ponerme en contacto con Sebastián Pasos. Lo miro. No marco ningún número. Pienso que ese tubo de mercurio que hay a su lado puede aclararme más cosas que el silencio de una habitación por la que se mueve y respira un anciano o que la voz de otro hombre que se hará más aguda, más joven y viva al olor de la venganza. Saco la cuartilla con el número de teléfono de Sebastián Pasos. Miro los signos como si ellos

también pudieran decirme algo desconocido. Lo dejo ahí, tapando la placa con el nombre y la dirección del hotel. Ya no sé dónde estoy. Pero sí sé que es él. Es Bielsa. Sé que he tenido un momento de confusión y también de miedo y que no puede haber tanto azar en la presencia de ese hombre aquí, en la similitud de esos rasgos modificados por el tiempo.

Vera alzó la barbilla para expulsar el humo. Ya había pasado la mañana y el sol había dejado de entrar por la ventana. Su pelo era más oscuro aún, tal vez contagiado por el reflejo de una combinación negra que le llenaba de rosas y ramas de encaje los pechos. Yo seguía en la cama. La habitación se había enturbiado con el humo de su cigarrillo y ella me miraba, de pie frente a mí. A su padre lo habían fusilado en la guerra, tenía un hermano en la cárcel. Siempre lo habíamos sabido, pero ella nunca quería hablar de eso. «Pasado, familia, muertos», me había dicho la noche anterior, antes de que un trago de coñac le sacara un brillo nuevo a su mirada. Veo el laberinto de rosas en su pecho, el humo flotando a su alrededor como el aura de un santo.

«Algún día sabrán que todo acaba pagándose. Que ya se acabó su tiempo. Estos asesinos». Se vestía despacio, fumaba. A su lado había un plato con cerezas. O eso recuerdo. En mi mente aparece un plato de cerezas a pesar de que en esa época del año no pudiera haber cerezas. Otra traición, otra trampa de la mente.

«Asesinos». Vera fruncía el entrecejo y una arruga parecida a un corte de cuchilla le nacía entre las dos líneas espesas de las cejas. «Estos asesinos».

Al hablar de los asesinos, Vera señalaba la ventana con la sien. Los asesinos estaban en la calle, transitaban por la ciudad, por todo el país. Los asesinos de Vera eran los dueños del mundo. Una blusa de color aceituna cubrió el encaje de sus pechos y ella volvió a sonreírme, recordando tal vez algo que había ocurrido la noche anterior.

Recorto el papel blanco que rodea el número de teléfono. Lo doblo y lo rasgo con cuidado. Prescindo del papel inútil. El número de Sebastián Pasos es ahora más evidente, no importa que todavía le quede aire blanco por arriba o por el lado derecho. Atiendo a unos clientes que acaban de llegar. Estadounidenses. Memphis, Tennessee. Dos hombres y una mujer. Quieren

ver las cataratas, alquilar un coche para ir hasta allí. Parecen amantes, los tres. Si Bielsa quiere ir al teatro deberá bajar pronto. Tal vez venga alguien a recogerlo. Algún miembro de la Asociación de Veteranos y Amigos del Batallón Mackenzie-Papineau. Un Mac-Pap decrepito al que podré felicitar por la próxima inauguración de su monumento y al que podré interrogar discretamente.

Vera aplastó el cigarrillo en un plato. La ceniza en la loza blanca, entre huesos de cerezas. Tenía unos dedos demasiado gruesos para aquella mano. Se quedó mirándome, estudiando algo de mí, o tal vez de ella misma. Lo que de mí le había atraído. Pensé que aquella mirada sería la despedida, que se marcharía sin decirme nada más. Pero se acercó a la cama, se inclinó sobre mí y puso los ojos muy cerca de los míos. «¿Recuerdas lo que te dije?». Y yo me quedé mirándola, callado. Miraba sus labios, cómo dosificaban y elegían las palabras, el modo de pronunciarlas.

«¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas lo que te dije?», repitió con la voz todavía más baja, casi rozando su boca con la mía y respirando yo su aliento amargo de tabaco.

«Sí», contesté obediente, pero solo sabiendo de un modo vago a lo que se refería.

«Sí», susurré, y ella asintió muy levemente con la cabeza y detuvo el movimiento de sus pupilas. «Sí», repitió ella al cabo de unos segundos, y volvió a sonreír antes de levantarse.

Vi cómo sus pies se dirigían hacia la puerta. Aquellos zapatos de tacón cuadrado y feo. Y todavía viendo sus pantorrillas, la línea de la media dividiéndolas en dos, volví a cerrar los ojos. Atrapaba aquella imagen mientras oía los golpes de sus pies en las baldosas sueltas del pasillo, el gemido amortiguado de las bisagras, el ruido de la puerta de la calle al cerrarse y unos pasos bajando una escalera que yo sabía oscura. Me quedé con los ojos cerrados para transportar esa y todas las imágenes de la noche al corazón de la memoria. Un trabajo inútil.

Sí. Luego supe que es inútil tener una cantimplora en la memoria. Que de nada nos vale tener dentro de nosotros el recuerdo de un tiempo mejor. Es nocivo, es doloroso. Nunca somos capaces de beber esa agua. Rasga el esófago como si bebiésemos ácido. Cuando nada se tiene, cuando de verdad

estamos perdidos en un desierto o en un laberinto, haber alcanzado cualquier tipo de plenitud en el pasado no sirve de consuelo, sino para incrementar el sufrimiento. De qué me sirvió en la soledad de la cárcel, sabiéndome solo y traicionado, el recuerdo de aquella mirada. El agua almacenada no es lluvia, sino veneno. Siempre resulta penoso recordar cuando se está demasiado lejos, cuando sabemos que el viaje de retorno es imposible y solo nos espera más desierto. Cuando tenemos dentro de nosotros un lago que expulsa muertos al llegar la primavera.

OceanofPDF.com

Yo salía por las noches aguantando mi miedo. Siempre sabía lo que iba a ocurrir. Tenía once años y me cargaba los bolsillos con el plomo de la carabina. El hombre con el que se casó mi madre nos veía salir con una mirada indiferente. Las pupilas le temblaban con el resplandor del quinqué. Miraba al vacío con la boca entreabierta. A veces hacía algún comentario, le daba algún consejo práctico a su hijo. Sobre cómo ahorrar plomos. Le descubría el mejor modo de no mancharse de sangre o de no hacer ruido con la puerta del barracón. Daniel no lo miraba. Abría la carabina, cerraba un ojo y con el otro observaba el ánima del cañón. Se sentía un hombre haciendo aquellos preparativos.

El cristal que me separa de la calle empieza a arrebolarse. Es la última luz de estos días eternos, tan largos como los de la infancia. La gente camina más rápida por la calle, la luz, después de tantos meses de oscuridad, los lleva. Yo agito el mercurio que hay dentro de mi cabeza. En olas lentas. Caminábamos en silencio. Yo alumbrando la vereda con la linterna y Daniel con la carabina al hombro y una brizna de hierba entre los labios. Otras veces fumaba y el humo se le escapaba transparente entre los labios. Yo pensaba que el humo era un fantasma que le entraba y le salía por la boca.

El barracón tenía los techos de lata y una pared recubierta con planchas de ese mismo metal, oxidado. Yo apagaba la linterna cuando estábamos cerca. Daniel acababa su cigarro y lo pisaba con cuidado, meticulosamente, hasta no dejar en el suelo ni el menor rastro de brasa. Entonces escupía. Miraba desafiante al barracón. Volvía a abrir la carabina y yo le ponía en la mano un balín. La cerraba con determinación, como un héroe, como un asesino. Y así, a oscuras, siempre en silencio, avanzábamos por la era hacia aquella masa que poco a poco iba perfilando sus paredes de madera y latón

oxidado. El barracón era un animal dormido. Un pulmón respirando en la noche.

El portón se abría hacia adentro y yo lo impulsaba despacio, como Daniel y su padre me habían explicado tantas veces, haciendo fuerza hacia arriba a la vez que lo empujaba hacia adelante, para que los goznes no crujieran. Sabíamos de memoria dónde estaban colocadas las balas de paja, la rastrilladora y las herramientas largas. Nos situábamos bajo las traviesas del fondo y Daniel me miraba en la oscuridad. Yo apuntaba la linterna hacia el techo y daba la luz.

A veces sueño con el olor de aquel campo, seco, pobre. Sueño que camino y piso granos de trigo, una grava amarilla que me llena de tranquilidad crujiendo bajo mis pies. Y sueño que alzo la vista y al ver el cielo nocturno empiezo a sentir un temor lejano que de pronto se convierte en una amenaza inminente, un pánico que me impide andar. En ese momento me doy cuenta de que el grano del suelo ha dejado de ser trigo o grava, se ha convertido en una gelatina blanda que se pega a mis pies y produce un chapoteo repugnante. Me despierto. Enciendo la luz y el reflejo de la lámpara en el techo me recuerda el foco tembloroso de aquella linterna alumbrando los pájaros. Mi mujer me mira.

Alumbraba a los gorriones. Y Daniel apuntaba con cuidado. Los pájaros se quedaban completamente inmóviles, con los ojos a medio abrir. Yo intentaba que la luz no temblase. El disparo producía un ruido seco, el sonido del plomo al chocar contra la madera después de atravesar el cuerpo del gorrión, que caía de la traviesa como un pequeño despojo, casi siempre sin aletear. Daniel escupía después de cada disparo y yo me agachaba a coger el pájaro muerto o agonizante. Sentía asco al notar el calor de la sangre. Lo soltaba rápido dentro de la bolsa y sacaba un nuevo balín que depositaba en la mano de Daniel.

Pasan los pájaros y los hombres por el otro lado del cristal. Por el otro lado del mundo. Transitan con un punto de mira marcado en la frente o la espalda. Los verdugos caminan en la noche y no entienden de perdón ni de autoridad ni de democracia ni de libertad. La muerte elige, no discute. Florece dentro de sus víctimas. Yo cierro los ojos en la soledad de las noches, después de los sueños, y a veces siento el mismo miedo que tenía

de niño, caminando por la era en mitad de la oscuridad, llevando plomo y miedo en los bolsillos.

Yo volvía a enfocar a un nuevo pájaro, que se quedaba quieto esperando la muerte, y Daniel volvía a disparar. Los pájaros dormían agrupados, en fila. Los íbamos matando con paciencia. Cuando se espantaban por un disparo fallido o porque el cuerpo del pájaro vecino los golpeaba al recibir el balín, volaban alocados. Apagábamos la linterna y esperábamos de pie en la oscuridad, callados, a que volvieran a posarse en alguna viga. Resonaban las alas sobre nuestras cabezas, escuchábamos cómo los pájaros, ciegos, se golpeaban contra las paredes, cómo alguno escapaba por entre los agujeros de la red metálica que cerraba el único ventanuco de la barraca, aquel barco varado en mitad de un campo baldío.

Se hacía el silencio y nosotros reanudábamos nuestro trabajo. A veces los pájaros que yo había cogido aleteaban en la bolsa, resucitaban en su agonía y yo miraba a Daniel tratando de ocultar mi espanto, y para ocultarlo todavía más, para que no se me notase el miedo, buscaba entre los muertos el gorrión vivo. Lo agarraba con fuerza para que en su locura última no se me escapara. Lo sacaba de la bolsa y le retorció el cuello en silencio antes de volver a apuntar la linterna hacia el techo y enfocar a un nuevo pájaro.

Daniel silbaba camino de vuelta. Yo llevaba la bolsa medio llena de gorriones. Casi siempre encontrábamos a su padre en el mismo butacón que lo habíamos dejado, dormido con la boca abierta, y yo siempre pensaba que estaba muerto, igual que un pájaro al que alguien en nuestra ausencia le hubiera retorcido el cuello o le hubiese disparado desde la ventana. Mi madre andaba por el piso de arriba. Nos hablaba desde allí, decía cosas que no alcanzábamos a entender. Yo me miraba las manos, la sangre seca, y también la camisa, donde a veces, pegados por la sangre, llevaba alguna pluma menuda o un pequeño trozo de pata o de pico.

También algunas veces, en el espejo, tembloroso por la luz de los quinqués, me veía gotas de sangre en la cara. Sangre que en la oscuridad había caído del techo. Aquí también lloverá sangre alguna noche. Ya avanza la oscuridad por las calles como un perro hambriento. Bielsa no ha bajado de su habitación. Las bailarinas ya se encontrarán girando en el escenario y él probablemente estará en la habitación, con la boca abierta, dormido como

aquel hombre con el que se casó mi madre, o tal vez muerto, verdaderamente muerto. La muerte nos vigila, con su linterna apagada.

Mi madre colocaba los gorriones muertos sobre el mármol de la cocina y ante la mirada indiferente de Daniel sacaba los plomos incrustados en esos cuerpos menudos, seleccionaba los que al día siguiente iba a cocinar. Tiraba los pájaros destrozados, aquellos que se habían quedado heridos entre las vigas del techo del barracón y Daniel bajaba de allí a fuerza de dispararles un balín tras otro. Quería su presa. Todos queremos nuestra presa, no importa que ya no sirva para alimentarnos.

Mi madre. Una mujer vestida de negro y con la piel blanca. Si transitara por una de estas calles parecería la descendiente de una de las tribus extinguidas por los ingleses en esta región. Una mujer como una roca, como una piedra hundida en el agua a la que solo los siglos pueden erosionar o mover de sitio. Yo había tenido un hermano que había muerto a los dos años de nacer. Un hermano que no había conocido porque murió pocas semanas antes de que yo viniera al mundo. «Antes de que tú vinieras al mundo», me decía siempre mi madre.

Antes de que yo viniera al mundo todo era mejor. No había guerra, no había hambre, ni mi padre había muerto ni teníamos que vivir en el sótano de un callejón umbrío ni ella tuvo que casarse con un hombre, casi un desconocido, para que nos diera de comer. La palabra amor.

En el mundo, antes de que yo llegara a él, los pájaros siempre volaban a la luz del día y no se amontonaban con los picos y las plumas ensangrentados en el mármol frío de una cocina en tinieblas, al lado de los desperdicios de la cena. No había ninguna mano temblorosa apuntándolos con una linterna ni mi madre arrojaba los cuerpos inservibles al cubo de la basura. Recuerdo cómo tiró allí un pájaro al que le faltaba medio abdomen y cómo mientras el pájaro movía torpemente un ala, todavía vivo, le caían encima los restos de salsa de un plato, unas uvas podridas, hojas de alcachofas chupadas.

Miro el reloj, miro los faros de los automóviles huyendo en la noche a ritmo lento. Me quedo sin cenar en la recepción. Hago la reserva de dos habitaciones para el mes que viene y pienso que entonces todo esto habrá pasado, que yo habré tomado una decisión sobre Bielsa y estaré en paz,

haya hecho lo que haya hecho. Como él está en paz en este momento. Como lo estuvo siempre.

Reviso los balances en la computadora. Reviso mi vida con la misma calma, con la misma ausencia de emoción. Aquel frío, y aquella casa que mi madre y yo abandonamos siempre envuelta en el olor de una fábrica de jabón, una callejuela siempre húmeda por los desagües de la fábrica. Charcos estancados de plata, de mercurio. Nuestra vida, unas maletas, unos muebles colocados en un carro tirado por un mulo. Se llevaron nuestras cosas a la casa del hombre con el que mi madre iba a casarse. Después la vida en el pueblo y de nuevo en Málaga. Barcelona. Y ahora estos automóviles silenciosos pasando por la orilla de unos rascacielos de acero y vidrio. He viajado millones de kilómetros.

No sé en qué parte del mundo están, no sé quiénes son los espectros. Aquellos recuerdos o el mundo que tengo delante de los ojos. Una bala atravesando el agua. Bielsa. Bielsa es un puente entre aquellas islas, aquel archipiélago medio hundido de mi pasado y el presente, esta realidad. Estos fantasmas. Miro el teléfono. Me resisto. Mi mano es una rama muerta. No levanto el auricular. No quiero oírlo respirar. No quiero decir su nombre, Bielsa, y preguntarle por una mujer llamada Vera, preguntarle por unos hombres que dejaron su vida en un almacén como pájaros inocentes. Preguntarle si se acuerda de mí. Y decirle que no soy un muerto. Decirle mi nombre.

Antes de que yo llegara al mundo, el revés del mundo no estaba encerrado en tubos de mercurio, ni había lagos enteros de ese metal. Ni aparecían cadáveres flotando en su superficie, ni mi madre respiraba en la cama de un hombre al que tal vez despreciara. En las noches de frío.

A mí me costaba coger el sueño en las noches de frío, me desvelaba aquella cuchilla que parecía segarme lentamente los pies, el cuerpo entero. Me contraía, me ovillaba sobre mí mismo. El frío era una cuchillada lenta en los riñones, una quemadura. Y al otro lado de la puerta oía un movimiento oscuro en la cama donde mi madre dormía con aquel hombre. Escuchaba el movimiento sigiloso de unos cuerpos que parecían pelear o llorar en silencio, y en mitad de aquel roce sordo alguna vez oía cómo de la

boca de mi madre se escapaba un gemido. Veía sus labios abrirse, dentro de mi cabeza.

Cuando ella gemía yo pensaba en los pájaros. Pensaba en los pájaros encogidos en el techo del barracón y en la voz de mi madre, «Antes de que tú vinieras al mundo». Ya vine al mundo. Ya se fue ella y ya se fueron casi todos los que lo habitaban cuando yo llegué. Ya estoy aquí, en el futuro. Inmerso en lo que ni ella ni nadie pudo soñar. Aquí estoy, en un continente lejano, a orillas de un lago que ella nunca supo que existía, en una ciudad que probablemente nunca en su vida oyese nombrar. Antes de que yo viniera al mundo. Once años después de venir al mundo tenía las manos llenas de sangre. Fingiendo no ver el aleteo del pájaro en la basura, fingiendo no sentir pena ni temblor mientras Daniel apuntaba su carabina y abatía gorrones con la misma tranquilidad con la que podría haber disparado sobre perros, niños, hombres dormidos. No sentir asco cuando al día siguiente los veía en mi plato con las cabezas colgando, igual de peladas que la de aquel hombre con el que mi madre se había casado. Animales de otro mundo.

Antes de que tú vinieras al mundo. Eso oía mientras el frío subía por mi cuerpo como una hiedra de cristal. Y pensaba que yo había venido al mundo para destruirlo y para que mi madre tuviera que gemir en aquella cama. Esa era mi soberbia. Creía que mi presencia había hecho cambiar en algo el mundo. Creía que yo estaba en el corazón de aquel universo pequeño y hostil. Que, en cierto modo, yo era el mundo.

Mi soberbia y mi ignorancia. Entonces no necesitaba tener delante de mí una placa con palabras grabadas para saber en qué lugar me encontraba, perdido, insignificante. Teniendo ya por entero la certeza de que no soy nadie. De que ni ahora ni entonces ni nunca fui nadie. Solo una brizna de hierba formada por mil millones de células diferentes. Mil millones de células que sienten, que mineralmente piensan que cada una de ellas es el centro del mundo.

Bielsa no fue a Francia. No fue a ninguna parte. Se quedó navegando entre la desidia y la indolencia. Lo vi un día con su amigo el juez, Bernardo Burín. Habían bebido. El juez tenía la calavera apenas escondida bajo una piel transparente, con venas abultadas huyéndole por los parietales pelo adentro. Otras venas, apenas unas hebras de color rojo brillante, le bajaban hacia la arena de las mejillas.

Los ojos eran lentos, ligeramente hundidos y con un matiz aterciopelado contrastando con el helor de la cara. Tenía algo de mortuorio, de disecado, el juez. Su amigo. Amigo de su padre. La fidelidad a la casta por encima de cualquier sentimiento. «Algún día a lo mejor se convierte en nuestro protector, nuestra hada madrina», me dijo Bielsa. «Estará de nuestro lado cuando se nos estreche el embudo. Si algún día nos pillan, ¿verdad, Burín?», miraba al juez, me ponía la mano en el hombro. Y yo sentía que era el juez, con aquella sonrisa sin expresión, de cadáver, quien posaba los dedos en mí.

No, Bielsa no fue a Francia. Se quedó merodeando por Barcelona. Nos dijo que en aquel momento su viaje era inútil. No había fondos y era mejor esperar, no ir molestando a nadie, incordiando en momentos difíciles con nuestras peticiones. También nos explicó que su economía familiar se venía abajo y que él personalmente no podía sufragar ninguna operación. Se excusaba por no darnos algo que nadie le había pedido.

«Apenas tengo para subsistir», nos dijo con su sonrisa, dejando que la cortina de su flequillo se balanceara un poco por la frente antes de apartarla con los dedos largos y delgados. «Ya soy, íntegramente, uno de vosotros», bromeó.

Subsistir consistía en cenar en restaurantes del Ensanche, andar en un Oldsmobile hasta su torre en Port de la Selva o comprar libros del siglo XVIII con grabados de mariposas. Fumaba y se quedaba observando el

vuelo lento del humo, en el Zurich. Vera seguía sin mirarlo directamente a los ojos. Recuerdo sus pupilas fijas en la mano de Bielsa, en la llama de una cerilla que él acercaba al cigarrillo que ella acababa de sacar de su paquete. Recuerdo aquel humo flotando delante de sus labios, espeso antes de entrar en la boca, y ligero después, al volver a salir al aire. Una niebla amarga rozando el carmín, cereza oscura, de sus labios. Esta soledad.

Este vacío. Y las voces del tiempo. Un martillo. Termino de recoger mis cosas. Le doy la llave de la caja a Levine. Salgo del hotel. Cruzo la calle vacía y desde la otra acera miro la ventana de la habitación 108. Hay luz. Ahí estará como un reptil, alumbrado por un sol falso. Caminando por la habitación o tal vez tumbado en la cama, viendo imágenes inconexas en el televisor, imágenes que parecen escapar sin orden desde lo hondo de su cerebro. Esta noche no tomo el autobús en la parada de siempre. Necesito caminar. Ver la figura de un hombre que soy yo reflejada en los escaparates. Respirar. Pensar que estoy vivo. En el bolsillo de la chaqueta vuelvo a llevar el teléfono de Sebastián Pasos, el papel recortado.

Bajo hacia el lago. Hacia los rascacielos del fondo. Una brisa fría corre por las calles transversales, el susurro de un loco. Esperaré un autobús en la esquina de Wellington Street. Esa será mi gran novedad en los últimos meses. La celebración de la primavera.

Bielsa nos pidió paciencia. Aquel otoño iba a ser largo y lluvioso. Nunca nadie supo lo largo y lluvioso que podría ser un año. El invierno empezaba a cuajarse por las calles de Barcelona. El olor del puerto. Ni siquiera aquí, en este país de tierras congeladas y de inviernos casi polares, sentí nunca tanta desolación, tanta soledad bajo la lluvia como en aquel tiempo. Nueve inviernos metido en una habitación insalubre. Una habitación a la que le cambiaban las paredes, el jergón, la luz, pero que siempre era la misma.

El verdín subiendo por las tuberías de mi pecho, conquistando partes de mí. No importaba dónde estuviese el marcador de los termómetros o cuán alto llegara el sol. Empezábamos a caminar hacia la nada. Aquel hombre, con su sonrisa, nos iba a traer a la tierra una parcela del infierno. Nos iba a arrancar una parte de nosotros y a dejarla metida entre cascotes de hielo. Nos iba a radicalizar definitivamente, a cortar cualquier posibilidad de

redención, de reconciliación con la vida, y lo que quedara de nosotros lo iba a enviar a la cárcel. Él y su amigo Bernardo Burín. Nuestra hada madrina.

Hay algo peor que la traición. La inconsciencia. La frivolidad y la desidia. Esas fueron las herramientas del hombre que ahora dormita bajo una lámpara de falso rococó en la habitación 108. Unos asiáticos caminan por la acera contraria. Discuten en voz alta, ríen. Ebrios. Arrancan un cartel de la pared. También van hacia el lago. Son jóvenes. Yo camino. Miro. Mis pulmones respiran. Mi estómago, mi hígado, hacen su trabajo. Mi cerebro el suyo. Y me envían a mí las órdenes, me conforman. Paso bajo las paredes de vidrio de estos edificios. Espejos reflejando la noche. Estancias vacías donde hasta hace un rato bullía gente de la que ahora solo queda un eco vago, una presencia de fantasmas. Ahora esa gente parece que no ha existido nunca. Silencio. Oficinas vacías.

Pasamos el invierno. Aquel invierno de habitaciones oscuras y días lluviosos. El invierno de 1956 a 1957. Trabajé en una imprenta. Comía solo. Mirando los carteles que se habían imprimido veinte, treinta años antes y que amarilleaban en las paredes. Anunciando el pasado. Vera me visitaba alguna noche. Era un horizonte, abría puertas, traía olor, y yo me quedaba refugiado en aquellos paréntesis, buscando en mis sábanas el rastro de su sudor, un aroma parecido al de algunas frutas.

Sebastián Pasos fue detenido. Una cuestión preventiva. No le encontraron nada, pero lo retuvieron dos meses, tal vez tres. Robert Rojinsky estaba nervioso. Pensaba volver a Canadá, vender su casa, esa en la que lo había visto en una foto, sentado en el porche, sonriente y con su madre posando detrás de él como un héroe de bronce. Vender lo que le quedaba para hacerse cargo personalmente de la operación del polvorín.

Se sentaba en una mesa, balanceando los pies en el aire. Cuando iba a verme. Cogía las letras de plomo, las manoseaba, las miraba desde todos los ángulos y volvía a dejarlas en su sitio. Su cara de niño. La frente abombada. Se reía a carcajadas hablando de los monigotes de Michelena, de la disciplina avinagrada de Sebastián Pasos. Yo miraba a Rojinsky y sabía lo que pensaba, cuál era su estado de ánimo, no por las palabras que pronunciaba ni por su risa, sino por los movimientos que hacía, por el modo en el que andaba por la imprenta. La vista se le quedaba fija, un instante

más de lo habitual, en el cristal de la ventana, en uno de aquellos carteles viejos.

Allí es donde yo sentía cómo la figura de Bielsa se le iba desmoronando. En aquellos segundos sin palabras, en unos suspiros lentos. Pero nunca consentía que nadie criticara a su antiguo amigo. Pronunciaba excusas en las que él tampoco creía. A cualquier otro lo habría arrojado a los perros si se hubiera escondido detrás de aquellos pretextos y sin embargo, con Bielsa, él mismo recurría a ellos para defenderlo, «No podéis ver lo que tiene, sino lo que ha perdido. Todo lo que nos ha dado, desde hace veinte años. Díselo a Pasos, cuando salga de la cárcel. Díselo». Rojinsky tenía un acento extraño, como si sus genes polacos afloraran por encima de su lengua inglesa. «Sigue en pie. Díselo a tu amigo Pasos». Y se quedaba mordiéndose la punta del bigote naranja. Con los pies colgando de la mesa, pero ya inmóviles. Notando como la fuerza de la gravedad tiraba de él hacia el centro de la tierra.

Camino como caminaba entonces por el bullicio del Raval. El sol del invierno. La vida seguía. Prostitutas, cajas de verduras en las aceras, pescados con sus ojos de gelatina mirando el vuelo de las sábanas contra un cielo de nubes y balcones rotos. Había que esperar a Pasos. Esperar que saliera de la cárcel. Esperar que Bielsa encontrara el momento oportuno para ir a Francia y pedir dinero para asaltar el polvorín de Bobadilla. Rojinsky bebía y amenazaba con atracar un banco, él solo. Planeaba un atentado. Matar a Muñoz Grandes. A Iturmendi o a cualquier otro ministro. Pero nadie hacía ningún movimiento. Había que esperar. Vera llegaba por las noches. De manera imprevisible. Sin avisar nunca de su llegada, sin que hubiera nunca una cita establecida ni se repitieran los días ni las horas.

«No importa si una noche estás acompañado. No soy una ladrona. No robo la libertad de nadie», y se quedaba mirándome, observando si yo había comprendido sus palabras.

Le gustaba confundirme. A mí me gustaba confundirme.

«Esa noche no me abrirás la puerta y nada más. No pasará nada».

Yo pensaba que todo era un juego. Esa era mi confusión. Desde el primer día, desde la primera noche que pasó conmigo. Desde la primera vez que pronunció la palabra libertad. Sus clavículas cruzadas por el tirante

delgado de su combinación. La mirada tan oscura como aquel tejido satinado que bajaba, combándose ligeramente, por su vientre. Las cataratas suaves de las caderas.

«Ni siquiera debes apagar la luz. No disimules. Llamaré a la puerta solo una vez. Si estás dormido, si estás solo y prefieres seguir solo, no abrirás la puerta y nada sucederá. Volveré a llamar otro día».

Llegaba de noche a mi casa. Traía el aliento de la calle. El sabor del tabaco, de otras vidas, un poso de ginebra o de cualquier bebida amarga. Se cuajó el invierno. En los escaparates asomó tímida la navidad de entonces y yo caminaba por las calles cogido a su cintura. Nos besábamos en los cafés, ante la mirada de los extraños que se escandalizaban. Conteníamos nuestros impulsos delante de Michelena o de Rojinsky, jugando a disimular, a fingir, como si nada tuviéramos que ver el uno con el otro. Entonces yo la veía salir sola del almacén de Michelena, o de un bar. Me sentía libre con su libertad.

Toronto. Esta ciudad de mercurio. Esta ciudad hecha de fragmentos. Como una cabeza humana. En aquel tiempo las palabras todavía significaban algo, y todo era posible. Navidad. Guirnaldas doradas en la frutería, bolas con falsa nieve, gente caminando con humildes regalos apretados contra sus ropas humildes, gastadas. Amaba Barcelona. Vera. Amé esa ciudad porque esa ciudad la encerraba a ella y me había dicho su nombre a cada paso. Con cada uno de sus sonidos.

Motores de camiones, llantos de niño en la noche, el susurro de una prostituta llamándote desde un portal, golpes en el adoquín, sirenas, monedas al caer, toses, ladridos, olas, lamentos y carcajadas, sirenas de barcos y palabras de amor oídas detrás de una puerta encerraban de un modo o de otro las letras de su nombre. Una combustión, un grito en la lejanía, las palabras que no se recuerdan en los sueños. Y yo. Yo todavía era posible. Todavía creía en mí, en mi futuro. En algo parecido a la coherencia, a la unidad. Un ser que se estira a lo largo del tiempo, que cambia pero que no se divide en fragmentos aislados como bolas de mercurio.

Soñaba, y las calles eran su nombre. Subía al Parque Güell, al Carmelo, y al ver la ciudad tendida bajo mí veía su cuerpo. Me reía de mí mismo, de lo que pensaba, del modo en que se me movía el corazón. Me acompañaba

la droga de su olor y no creía en sus palabras. No creí en ellas hasta que Bielsa llegó al almacén y Vera se esforzó en no mirarlo. Entonces empezó el vértigo y escuché por primera vez lo que me había dicho meses atrás. Libertad.

Vuelve a aparecer el grupo de jóvenes asiáticos. Van a cruzar hacia este lado de la calle. Tal vez conocieran a la chica aparecida muerta en el lago, a la que le faltaba un pie. En el periódico de hoy volvían a hablar de ella. Tiene un nombre. Han descubierto su identidad, nada más. Alguien se mueve por las noches en silencio, afila machetes, hachas, herramientas de matadero y las usa. Confío en que no lo haga al azar, que no elija a sus víctimas sin una razón. Profunda, oscura, turbia, sea la que sea, pero una razón. Confío en que no haya todavía más azar en el mundo. Los jóvenes pasan junto a mí, con su olor a alcohol y juventud. Se creen superiores, porque llevan menos tiempo viviendo, porque todavía no saben quiénes son ni lo que son. Alguien nos estudia pacientemente, observa nuestros movimientos y escoge al que ha cometido un error, cualquier acto que en su cabeza de verdugo, de juez, sea un error, una culpa.

Sí. Entonces empezó el vértigo. Vera. Y un dulce desafío. Su padre fusilado, su hermano con una cadena perpetua encerrado en alguna prisión del sur que ella nunca visitaba. La última noche del año 56 fui con ella a casa de Michelena. Un piso estrecho y mal alumbrado. Allí estaba la mujer de Michelena, aquella mujer pequeña y llena de soberbia que no quería saber nada del compromiso político de su marido y que nos miraba de reojo. Con su pelo mal teñido y sus manos redondas. El hijo atolondrado.

Había un par de amigos tristes, una prima de Michelena, un guiso con demasiado sabor a especias y pobreza, un penoso afán por sentirse alegres sin otro motivo que el que marcaba el calendario. Pero yo llegué con Vera y ya nada de aquello me afectaba. Los amigos de Michelena podían morir de tristeza en su rincón y el niño acabar de dormirse en la mesa. Tampoco importaba qué dijera su mujer. Allí estaba la vida. El año que empezaba, 1957. Y yo lo miraba a los ojos.

Una música sonaba en la radio. Mezclaban a Beethoven con villancicos. Sebastián Pasos estaría en la cárcel, oyendo desde su celda los cánticos que llegaban desde la galería. Mirando la oscuridad con los ojos abiertos. Bielsa

se encontraría perdido en alguna torre de la costa, en alguna villa de la parte alta de la ciudad, con sus amigos, con nuestros enemigos. Los abogados, los industriales, los artistas, el juez Bernardo Burín. Rojinsky, esforzado por darle la espalda a la religión o a cualquier festividad que no tuviera que ver con la celebración de la clase obrera, estaría en su buhardilla de Sant Antoni borracho de coñac o tal vez dormiría con una prostituta. Solidaridad con los parias de la tierra. Uníos, hermanos proletarios, putas, perseguidos, revolucionarios, saboteadores, rebeldes de todas las raleas.

Pensé en Bielsa esa noche y súbitamente, guiado por la intuición o el vértigo, dije su nombre cuando alzamos las copas para brindar por el año que empezaba. Mencioné a Pasos y a Rojinsky solo para pronunciar el nombre de Bielsa y ver cuál era la mirada, el movimiento de los labios de Vera, al oírlo. Sí, habría otro olor, otros vestidos, otras joyas y otro maquillaje en la fiesta de Bielsa. Adornos, perfumes de verdad. Su vida, su aprendizaje, su mundo. Por la tarde había telefoneado a Michelena al almacén y yo no quise ponerme, le hice un gesto negativo, indicándole que no estaba allí. Vera había cogido el teléfono, solo habló con él unos segundos, unas palabras en voz baja que no pude oír. Y ahora, a mi lado, Vera apuraba otra copa. Ginebra con hielo. La casa se llenó de gente. Vecinos. Las manos manchadas de pintura de Michelena, su mirada de animal cobarde, apurando la bebida no se sabía si con desgana o desesperación.

Yo también bebí. Dos, tres copas seguidas. Bebí y pensé en la cara dormida de Rojinsky, en las sábanas de tejido áspero sobre las que en esos momentos dormiría o fornicaría, como un niño perdido y solitario, bebí por él. Los ojos negros de Vera. Estaba al fondo de la habitación, levantaba la barbilla para expulsar humo de tabaco y no rozar con su aliento la cara de una mujer rubia que hablaba con ella. Esa piel blanca dormiría esa noche a mi lado, los ríos de su sangre circularían junto a mí, compartíamos el mundo, el oxígeno, el tiempo.

Con una nueva copa en la mano, caminé por la casa, entré en la penumbra de un dormitorio con olor a sótano, había una Santa Cena sobre el cabecero de la cama, era el dormitorio de Michelena, la foto de una mujer antigua en la mesilla de noche, el retrato de él y de su mujer vestidos de

novios sobre la cómoda, al lado, dos fotos del niño, apesadumbrado, lerdo, lento incluso en las fotografías. Pasé la mano por un armario ventrudo, de falsa caoba, como un gran ataúd en el que meterían a Michelena. El alcohol me llevaba. En los cajones de la cómoda había polveras vacías, pañuelos doblados, medias. Su mujer apareció en la entrada y una lámpara con muy pocos vatios y unas supuestas velas con chorreones de cera congelados nos alumbró. La mujer se quedó mirándome, ahora sí, de frente, viendo cómo yo estaba parado delante de sus cajones abiertos, con mi vaso vacío al lado de la foto de su hijo. Volví a mirar la Sagrada Cena, la colcha rosa. Le sonreí al pasar por su lado y ella apagó la luz queriendo apagar mi sonrisa, mi cara.

Había gente en el pasillo, trozos de serpentina en el suelo, voces, la mujer rubia que hablaba con Vera cogía de entre los dedos de ella su cigarrillo, sonreía, daba una calada y volvía a dárselo, mirando la mano de Vera, sus ojos, un hombre intentaba tocar un laúd, otro cantaba.

Bebí ginebra en el cuarto de baño. Frascos de perfume barato alineados coquetamente. Me miré en el espejo y por un momento, quizá durante la mitad de un segundo, me vi, me vi verdaderamente, lo hondo de los ojos, del mismo modo que ahora me veo, y supe que yo también podía ser devorado por el musgo silencioso de los días, que podía acabar en una casa como aquella, durmiendo con una Santa Cena colocada sobre mi cabeza. La vida que nunca quise estaba ahí, esperándome, los días convertidos únicamente en la víspera de la muerte. Todo dependía de un detalle ínfimo. Cruzar una acera en un sentido o en otro un día cualquiera, cambiar de camino inconscientemente podían llevar mi vida por un rumbo o por otro. Los dados estaban volando en el aire, eligiendo sobre qué lado caer, eso sentí, eso vi. Me mojé la cara, y mientras me la mojaba vi a Vera alejándose por una calle muy larga, con un vestido tan negro como su pelo, me alcé y al mirarme de nuevo en el espejo ya no estaba allí aquello que había entrevisto, sino alguien con un disfraz de joven templado y silencioso que se creía dueño de algo, de su destino, de su forma de vivir y de morir, alguien que estaba allí oyendo burlonamente una música ruidosa a través de la puerta del baño.

Antes de salir de aquel cubículo con olor a desinfectante me volví para sonreírme en el espejo, para reírme de lo que allí había visto, para desafiar mis temores. Ese era mi deber, el mandato de mi organismo joven, ignorar, vivir, dejar atrás presentimientos y dedicarme a colocar puentes que me llevaran al futuro. No importaba qué futuro. Su sentencia vendría después y podría ser el futuro que yo había vislumbrado, o tal vez todavía peor, pero entonces eso no importaba. Mi misión era pasar por encima de las señales y las advertencias.

Salí del cuarto de baño con la vaga sensación de que regresaba a un capítulo pasado de mi vida. En el pasillo había menos gente, la prima de Michelena se ponía un abrigo y me miró como quien mira a alguien a quien llevan al matadero, un desconocido del que no se sabe otra cosa que su triste e inminente suerte. Un hombre, parecido al que intentaba tocar el laúd, dormía en una silla, con la cabeza apoyada contra la pared. Había una música sonando dentro mi cabeza distinta de la que llegaba desde el comedor. Me sabía borracho y disfrutaba con mi torpeza, con esa esencia líquida y maleable que el mundo adquiere cuando la ebriedad nos inunda. Un dulce naufragio.

Pasé entre las personas que había en la entrada del comedor y vi que en una esquina de aquella habitación Vera bailaba con la mujer rubia, se decían algo mientras giraban despacio, el humo de un cigarrillo saliendo de sus manos unidas. Michelena me sonrió desde la mesa, alzó una copa de anís con agua y antes de beber dijo mi nombre, solo con los labios, sonreí. Yo también pronuncié entre susurros su nombre, mi nombre, el nombre de Vera, e intenté saber quién era cada uno de nosotros en el cuadro de la Santa Cena, Rojinsky, Sebastián Pasos, Vera, Michelena, Bielsa y su juez Burín. En el juicio que iba a celebrarse dentro de poco más de un año se mencionó varias veces a Judas.

Me recuerdo caminando bajo la lluvia y diciendo sin palabras que nunca viviría como Michelena y diciendo, sí con palabras, con palabras de borracho, con risas de quien siente que todavía el vuelo y otra vida son posibles, diciéndomelo a mí mismo y diciéndoselo a Vera, que nunca en mi casa entrarían doce apóstoles con sus túnicas y sus monedas, manchándolo todo con su sangre divina y desperdigando por todos lados las migajas de su

pan bendito, «María Magdalena, qué has hecho de mí», le pregunté a Vera al entrar en la calle Reina Amalia, camino de mi casa. Me arrodillé teatralmente en el suelo mojado, y ella, la primera madrugada de aquel año que yo acabaría en la cárcel, se detuvo y se quedó mirándome bajo el agua que goteaba desde los balcones estrechos, desde las copas de los árboles, desde las azoteas y los aleros, sin mover los ojos, con su piel blanca.

«Levántate», dijo apenas con un susurro, «Levántate».

Y yo insistía arrodillado:

«Qué has hecho de mí», con una sonrisa. «Qué vas a hacer de mí».

Mi voz hace cuarenta años, sonando en otro continente, deshaciéndose en el aire delante de una mujer que ya solo es un trazo de niebla, un dibujo dentro de mi cabeza. Alguien que podía haber inventado en una de esas tardes oscuras que durante el invierno asedian el hotel y lo comprimen. Toronto. Mi vida está ahí, reflejada en ese charco de gasolina que brilla en el asfalto con los colores del arco iris. Llega un autobús. En su parte superior lleva iluminado el nombre de mi destino. El que Vera y Bielsa marcaron.

OceanofPDF.com

Corre un perro por la llanura reseca. Una voz me habla al oído y me describe cómo es el perro que estoy viendo. «Las costillas del perro están huecas. Tiene la piel rota y llena de serrín. Es un perro abandonado. Lo disecaron y ahora se mueve». La voz me dice un nombre que no entiendo. No sé si es el nombre del perro o el de su dueño. Pero en ese momento sí sé que quien me habla es el juez Bernardo Burín, y no quiero girar la cabeza. No la quiero girar porque temo que las venas que suben por la frente y las sienes de Burín se hayan convertido en unas culebras muy delgadas y repten bajo su piel. Quiero volver a mirar hacia donde está el perro. Pero el perro ya no corre, está quieto, caído en el suelo, con la cabeza separada del cuerpo. El campo se ha convertido en los arrabales de una ciudad que no conozco, una ciudad española, y de pronto ese descampado resulta parecido a aquel de las afueras de Badalona donde Suárez iba a entregarnos el dinero y una furgoneta en las vísperas del asalto al polvorín. Y la voz me dice que sí, que es ese lugar y que pronto vendrán Rojinsky, Michelena y Sebastián Pasos. Y aunque sé que Rojinsky y Michelena están muertos y no vendrán, digo que sí. «¿Dónde está?», me dice la voz, que ahora suena algo más lejos. Me giro y veo al juez Burín sentado en la casa de mi vecino Tropea. Tiene su ropa puesta, esa bata de cuadros verdes y morados con la que Tropea sale algunas noches a tirar la basura, y también tiene un suero conectado a uno de sus brazos. «¿Dónde está él?», le pregunta el juez a Machuca, que se encuentra a su lado, de pie y con su uniforme de policía mojado por algo que no es agua. Por el cable del suero corre un líquido amarillo brillante, hermoso. Me acerco para observarlo, y al caminar cruje el suelo, bajo las losas hay un animal o millones de animales arrastrándose, y en ese momento abro los ojos, veo la oscuridad que me rodea, el reflejo de una farola de la calle en los postigos, y ya despierto, o casi, vuelvo a oír la voz de alguien que ya no es el juez Burín, una voz que sale de dentro de

los ladrillos de mi casa y que pregunta, más con tono de acusación que con curiosidad, «¿Dónde está, dónde está él?».

Enciendo la lámpara de la mesilla y mi mujer me mira con su media sonrisa y sus dientes cansados. Y entonces es cuando de verdad siento miedo. Salgo de la cama apresuradamente y levanto las sábanas esperando encontrar algo, no sé qué, allí enroscado, alentando al calor de mi cuerpo. Pero no hay nada. Las sábanas vacías, casi lisas, como si nadie hubiera dormido sobre ellas. Me siento en el borde de la cama y cierro los ojos para intentar oír de nuevo la voz del juez Burín o de quien quiera que estuviese hablando en la última parte del sueño. Entorno los párpados para atrapar la cola del sueño y saber por quién pregunta la voz, a quién se refiere cuando dice dónde está él.

Pero ya todo es inútil, solo oigo el roce de mi barba en la yema de mis dedos. El sueño se ha perdido por cualquier rincón de mi cerebro. Vuelvo a mirar a mi mujer. Me viene a la cabeza una escena erótica, recuerdo la curva de sus pechos. Un camisón de color verde piscina, con transparencias. El deseo es un vacío justo debajo del ombligo, una oquedad. Abro los postigos y miro la calle, tan desierta que los árboles parecen esforzarse para fingir su quietud, tanta inmovilidad. Quizá en este momento el hielo esté devolviendo otro cadáver al lago. Me pregunto cuántos muertos habrá escondidos bajo las aguas de este lago inmenso. Los muertos que esconde cada uno de nosotros.

Vuelvo al sueño. Cuando la voz del sueño preguntaba «¿Dónde está él?» no sé si se refería a mí, o si tal vez fuese a Bielsa. La pregunta era una amenaza y podía estar dirigida a cualquiera de los dos. O tal vez, simplemente, era la voz de Sebastián Pasos puesta en la boca del juez Burín. Su voz al otro lado de la línea telefónica preguntándome, «¿Dónde está?», una vez que yo le haya comunicado que Luis Bielsa se encuentra en Toronto. Que está aquí. Que el destino nos ha reunido en esta ciudad a la que Pasos y yo llegamos hace tanto tiempo, barridos como los restos de un naufragio.

Aquel buque pesado y lento. Dentro de la bodega tenía la sensación de que el barco era una enorme bola metálica, un inmenso cascabel que habían llenado de gente. Cuando subía a la cubierta pensaba que era un edificio

flotando en el mar, con los cimientos dislocados. Tormentas. Llegué a Canadá en un buque británico llamado Fearsome. Después de cruzar el océano Atlántico en aquellas entrañas de metal pesado, desembarqué en Halifax el 31 de enero de 1968, un mal día, y esa misma noche fui a Truro. Un pueblo congelado. Estuve varios días metido en una cama, sin fuerzas ni ánimo para moverme.

Recuerdo las mantas de aquel hotel miserable. Grises, de pelo largo. Así me sentía yo por dentro, relleno de aquella materia esponjosa y sucia. Una suciedad pastosa, exudada lentamente por hombres distintos a lo largo de muchos años. Esa era mi sangre. Ahora miro la noche purificada, brillando en la lejanía del lago. En Truro la noche era un callejón infecto, unos ladrillos que supuraban humedad.

Expresidiario español, comunista. Un terrorista perdido en Canadá, según la visión del tipo que me facilitó el pasaporte en Lisboa. El hotel de Truro. A veces pensé que mi libertad, aquella libertad miserable, era una continuación de mi condena, decretada por los jueces. Tardé seis días en recibir la llamada telefónica que esperaba. Fui en autobús a Saint John.

Esta noche vuelvo a recorrer mentalmente aquel camino. Trescientos kilómetros bordeando la bahía de Fundy. Veía pasar vidas por la ventanilla del autobús. Niños caminando por senderos estrechos y frondosos, hombres conduciendo camionetas como si el mundo fuese perfecto, vecinos hablando en el jardín de sus casas de madera pintada de blanco. Los bosques. El hielo. Yo venía de una tumba. Más de nueve años de cárcel, casi un año malviviendo sin que nadie me quisiera emplear, trabajando durante una temporada en la construcción de un túnel, trabajando finalmente de albañil, sin poder salir de España.

Y ahora avanzaba por aquella carretera que me llevaba a Saint John, un nombre, ningún lugar. No importaba que allí me estuviera esperando un viejo amigo de Rojinsky al que yo no había visto nunca, ni tampoco importaba que tuviese mi existencia resuelta en los próximos meses, tal vez incluso en los próximos años. Era consciente de que la raíz de mi vida se adentraba en terrenos baldíos y su tallo principal estaba truncado. Ya sabía que no era nadie y que había llegado a un país que tampoco era de nadie. Y al mismo tiempo eso era la libertad.

Vine al lugar perfecto. Ahora lo pienso tumbado en esta cama confortable, en medio de esta penumbra cálida que parece salir de la melena ondulada de mi mujer, de su sonrisa. La conocí a ella. Me acostumbré al mundo. Sin ruidos, sin estridencias. Me dominaba una desidia que el tiempo fue convirtiendo en algo parecido a la dulzura. Una desgana apacible, el convencimiento de que nada, ni importante ni banal, iba ya a perturbar mi vida. Atrás había dejado muertos, alguna pasión, mucho miedo y también alguna violencia. Y sobre todo, había dejado atrás la idea de estar llamado para realizar una misión en el mundo, fuera del tipo que fuese. Había encontrado el camino hacia la nada, o la paz, la calma, y este era el paisaje más adecuado para avanzar por él. Mi religión, mis sacramentos.

Y ahora, cuando todas esas convicciones y sentimientos se habían condensado durante décadas, cristalizados en algo parecido a la paz o a la renuncia, llega un viajero anciano hasta el mostrador del hotel donde cumplo mis últimos días de trabajo y me dice que su nombre es Luis Bielsa. Un juguete en manos de un loco.

Un viajero me dice que su nombre es Luis Bielsa y la imagen de una mujer con los ojos y el pelo negros, con una mirada lenta y unos párpados todavía más lentos, retira tantos días, tantos años de mi vida como si fuesen una cortina cualquiera. Desaparecen, se arrollan en una esquina todos los días, tanto silencio, tantos pasos dados por ese camino de grava que como un desfiladero, como una disciplina de monje, me ha llevado durante tantos años a la parada del autobús, y el autobús a mi trabajo, mi trabajo al olvido y el olvido al vacío. Los días que fueron casi felices de pura insustancialidad en los campos de Kitchener con mi mujer, aquellos veranos. Amigos que no eran amigos como lo fueron Rojinsky y los compañeros de aquella época, convencionalismos. Tantas madrugadas, noches de insomnio, las cárceles, un océano, todo se aparta y ella y aquel tiempo se instalan en el corazón de mi pensamiento. Esta resurrección. En mi cráneo también hay un agujero, un agujero del mismo calibre que el que en la vitrina de un museo de Boston atraviesa el cráneo de Phineas Gage.

De nuevo convivo con ellos. Con el recuerdo de aquellas personas. Y todavía pienso que puedo hacerlas desaparecer, mirar para otro lado y dejarlas ahí, encerradas en el espacio clausurado de la memoria. O

resucitarlas verdaderamente. Marcar un número de teléfono y acabar de levantar los muertos de la tumba o dejar pasar unos días, prepararle la factura a un viajero anciano y verlo salir por la puerta del hotel con su cojera endeble y su abrigo gris. Mirar cómo al otro lado de las vidrieras sube a un taxi y desaparece para siempre de mi vida. Jamás volveríamos a vernos. Él moriría en un continente y yo en otro, sin saber quién se iría primero del mundo. Pero nada importaría, porque en ese momento, en el instante en el que su taxi se confundiera con el tráfico lento de Yonge Street, Bielsa estaría expirando para mí.

La luz del día ya pasa entre las rendijas de los postigos. Respiro, vivo detrás de estas paredes. Mi organismo es un océano lento. Seis décadas y media rompiendo su oleaje bajo mi piel. Vivo, ese es el prodigio. Lo demás son alucinaciones, el empeño de la memoria en recomponer a su modo el pasado, en recoger de la orilla los restos del hundimiento y fabricar con ellos imágenes, sensaciones solo lejanamente parecidas a la realidad, a esta verdad absoluta que tiene lugar bajo mi piel. Un día más y mis células continúan haciendo su trabajo bajo la luz de esa masa incandescente que arde a millones de kilómetros y cuyo reflejo vuelve a filtrarse por mi ventana, suave, imparable. El sol vuelve a convertir el lago en un mar de mercurio. Esa es la única verdad.

Aquí, tumbado, pensando en un perro con la piel agujereada que nunca existió, en unos pájaros que dormían en las vigas de un barracón que ya tampoco existe. Manoseando la nada. Aquí recibo la luz del sol. Recordando que Luis Bielsa y Vera se encontraron casualmente una mañana de lluvia en las oficinas de Santa Clara. En una ciudad que se llama Barcelona. Al otro lado del mundo. Hace unos cuarenta años. Eso dijeron. Que se encontraron casualmente. Por azar.

En las oficinas de Santa Clara, Vera usaba una bata gris y solía llevar el pelo recogido, la nuca al descubierto. Santa Clara era una compañía de seguros donde Vera trabajaba como telefonista. Dijeron que fue un encuentro fortuito. Yo tuve que imaginar durante un tiempo ese encuentro entre ella y Bielsa. Hasta que una noche, después de levantarse de mi cama, Vera me contó la verdad. Lo que ella en ese momento decía que era la verdad.

Hasta esa noche yo había imaginado que Bielsa se había apostado con su automóvil frente a las oficinas de Santa Clara. Que había estado allí, escuchando la radio, fumando con aquella calma suya, esperando justo el momento en el que Vera llegaba al trabajo o regresaba de su desayuno para bajarse del coche y abordarla dentro del edificio, en aquel patio central rodeado de ventanillas y escaleras de mármol. Allí había fingido sorprenderse al verla, pensaba yo.

Imaginé muchas veces la expresión de sus ojos, el remedo de sorpresa. Un traje elegante, salpicado de lluvia en los hombros. Imaginé que, entonces sí, aquellos ojos se quedarían mirando las pupilas de Vera, por primera vez sostenidas frente a las suyas.

La lluvia en las aceras de Barcelona. Un hombre subía apresuradamente unas escaleras, entraba en un edificio lujoso. Se quedaba mirando la nuca descubierta de una mujer. Enero o febrero de 1957. En lo más escondido de un útero, a orillas del mar, se estaba fraguando una nueva vida. La historia de mi vida. Imaginé aquel encuentro de mil modos posibles y luego supe, desnudo en mitad de una noche, que aquel gesto de sorpresa en la cara de Luis Bielsa había sido cierto, que él no había fingido nada porque había entrado en aquel edificio no tras los pasos de Vera, sino para cumplimentar un trámite burocrático, firmar unos documentos familiares.

«Luis no sabía que yo trabajaba allí», me dijo Vera mirando al suelo, las líneas de las baldosas que tantas veces habían pisado sus pies desnudos. Estaba sentada en una silla, cerca de la cama, en la misma postura y en la misma situación en la que se visitan los enfermos, los moribundos, sin acercarse demasiado para que no nos contagien la muerte.

Así estaba sentada ella, en una silla de madera casi negra, con una rejilla de color ámbar sosteniendo el respaldo. La ceniza se le alargaba lenta en el cigarrillo. «Luis no sabía que yo trabajaba allí. Lo descubrió esa mañana». Al oírla, la saliva se me volvía un poco amarga en el paladar.

«No sabía que yo trabajaba allí. Y fui yo, yo fui quien lo vio desde el segundo piso atravesar el patio central, subir la escalera y entrar en el despacho del director. Eso pasó, así».

Quizá tendría que haber huido a otro lugar. Quizá no debí cruzar el mundo, tendría que haberme quedado allí, en España. En algún pueblo perdido donde nadie me conociera, pero cerca de todo. Cerca del olor a moho de la cárcel, cerca de las manchas de sangre de mi camisa de niño, de los cipreses, de la venganza, de la policía y los huesos pudriéndose en la tierra. Para saber quién era, lo que era, en cada momento, en cada segundo de mi existencia. No permitirme ninguna ilusión. Para comprobar que el olvido no es posible. Quizá.

Aquella amargura entrando en mi cuerpo con la saliva, circulando con mi sangre. Pienso qué podría ocasionarme hoy una sensación parecida. La luz pasa entre las hojas de los árboles, rebota fulgurante en el cristal de la ventanilla. El mundo corre al otro lado del vidrio, el autobús se acerca a Toronto. Hay árboles. Árboles como cabezas de locos. Como cerebros con la nervadura atormentada de sus ramas, sus venas transportando ideas, acarreando sentimientos.

Recuerdo a Vera, las sensaciones que sus palabras me producían, pero mi corazón no se entristece ni se conmueve. Solo soy capaz de sentir algo parecido a la indignación, una frustración remota, casi ajena. Recuerdo todas las emociones de entonces, pero ni el menor rastro de ellas es capaz de cruzar el tiempo. Las emociones no se apartan de mi cabeza pero están ahí, al otro lado del cristal, como esas casas con jardines cuidados, esos hombres que circulan solitarios dentro de sus automóviles y esos pájaros

que vuelan juntos hacia la ciudad. Yo también pertenezco ya a otro mundo. Un mundo que no es este, el de Canadá ni el de España, un mundo que solo tiene un habitante.

Esta mañana he bebido un zumo de manzana mirando mi imagen en el espejo del dormitorio. Después he tomado este autobús a una hora nueva para mí. Me mezclaré con la gente, caminaré por las calles, oiré hablar otros idiomas a mi lado. Vera dejaba que la ceniza del cigarrillo se alargara entre sus dedos, la prolongación de su silencio. Atravieso suburbios y me acuerdo de esa ceniza, cuarenta años después. Vera fruncía el ceño, se miraba los dedos, la ceniza. Le costaba hablar y también le resultaba penoso guardar silencio, como le sucede a todos los traidores. Yo estaba tumbado en mi cama, sobre las sábanas revueltas. Un hombre solo.

«Sí», susurró.

«Sí, dime tú. Dímelo», yo la miraba. Miraba la carne de sus labios, su palidez, un reloj barato marcando el tiempo en su muñeca. «Sí, dime tú», le decía a ella. Y a mí mismo me decía, «Un hombre solo».

Intento bajarme del autobús. Espero pacientemente que una anciana negra baje los escalones delante de mí. Una mujer con las caderas desencajadas y las piernas medio muertas, igual que las de una marioneta torpe. Estoy en Adelaide Street, Oeste. Un hombre solo. Todo el mundo camina en orden. Todos cumplen su deber, incluso ese asesino que afila utensilios de matadero y trocea cuerpos humanos por la noche. Empiezo a remontar University Avenue. El lago queda a mi espalda. Oigo su voz. La dejo que siga hablándome, dentro de mi cabeza.

«Esperé. Y en un momento lo decidí. Le dije a una compañera que atendiera mis llamadas y bajé hasta el primer piso, sin dejar de mirar la puerta del director».

La ceniza cayó al suelo, blanda, y se convirtió en polvo, igual que esos edificios cuya voladura controlada retransmiten a cámara lenta por televisión. Casi pude oír su sonido. Así lo recuerdo ahora.

«Solo llevaba un minuto allí cuando salió él. No sabía exactamente lo que iba a hacer, es verdad, por qué había abandonado mi puesto en la centralita. Pero al ver cómo se despedía del director bajé el último tramo de la escalera. Fui yo. Así fue».

Me detengo en el cruce de Dundas Street, espero el semáforo. Volveré a salir otras mañanas a deshora, cogeré autobuses en dirección contraria a la cotidiana, me detendré a desayunar en una cafetería nueva, visitaré los barrios de los hispanos, arrabales desconocidos. Me detendré siempre en los semáforos en rojo, reanudaré mi marcha cuando una luz verde me lo indique, pero mis pies caminarán sin un rumbo preestablecido. Permitir que los impulsos de mi cerebro encuentren un camino, un desagüe para tanta agua estancada. Esa será mi libertad. Debo trabajar para conseguirla, mucho más para mantenerla. Ese es mi reto. El hombre que mata por las noches quizá piense lo mismo que yo. En su rebeldía. En mantener su libertad. Aquella palabra en la boca de Vera.

Ceniza y huesos de cereza que quizá solo existieron en mi imaginación. A lo lejos ya veo las copas de los árboles de Queen's Park. Se agitan despacio. Aquel aire salobre que entraba por mi ventana en el Raval. Aquella luz triste de bombilla desnuda aplastando la sombra de Vera contra la pared mientras hablaba con desgana, casi vestida.

«Solo tuve que detenerme, dejar de hacer sonar los tacones, para que él se volviera y me mirase. Al verme con la bata entendió, o tal vez recordó, que yo trabajaba allí».

«Y de qué hablasteis, qué te dijo, y tú, tú qué dijiste». Yo le preguntaba con un tono neutro, intentando no desvelar nada de lo que ocurría en mi interior. Empezaba a ser el hombre que soy.

Vera alzó una ceja. Uno de esos pájaros negros que hace un rato volaban hacia el centro de la ciudad. ¿Buscando qué, los pájaros, en este laberinto de hormigón y cristal? Vera hizo un gesto con los labios que significaba, «No sé». Y levantó los ojos del suelo para mirarme, altiva, casi desafiante.

«Apenas hablamos. Es así. Pero los dos sabíamos qué estaba ocurriendo, cuál era el juego. Y mientras hablábamos de la lluvia que estaba cayendo fuera, del ruido que hacía el agua en la claraboya, nos estábamos diciendo muchas otras cosas, o solo una, no sé. Siempre es así, ¿no?, de una forma o de otra. Contigo también fue así, ¿no?».

Pájaros cruzando por el pecho, por la cabeza. No sé si siempre es así en la cabeza y en el pecho de los demás, si tampoco ellos conocen nunca el descanso. Pájaros perdidos. Pienso en los muertos del lago y en los pájaros

que yo ayudaba a matar con una linterna temblorosa. En aquella altivez de Vera. Mi madre mataba gallinas en la puerta de la casa, las degollaba y vertía su sangre en una palangana blanca y yo, durante muchos días, entraba en la casa procurando no pisar aquellas manchas negras.

Vivía procurando no pisar el mundo, no oír la respiración de mi madre en la cama de aquel hombre, no queriendo ver los labios demasiado rojos de ese hombre mientras comía en silencio los trozos de animal que mi madre había matado por la mañana. Y sin embargo no apartaba la vista de esos labios, de esa boca, ni tampoco cesaba de imaginarla pegada a la boca de mi madre, robándole la respiración por las noches.

En eso pienso en medio de este río lento y organizado de máquinas, automóviles y policías, de escaparates que reflejan el mundo como agua. Camino por la corteza del planeta como hace un millón de años lo hicieron mis antepasados, igual de extraviado que ellos.

«Eso es lo que querías que te dijera, ¿verdad? Que nos reconocimos, que nos dijimos las mismas palabras que siempre se dicen un hombre y una mujer que se buscan. Lo demás, todo lo demás son detalles, cosas pequeñas que nos pertenecen a Bielsa y a mí, cosas que no tienes derecho a saber», Vera esperó a que yo pusiera la vista en sus ojos para terminar de hablar.

«Nunca te di ese derecho y si ahora te hablo, si ahora te he contado, es para que nada venga a interferir en nuestro trabajo. Es lo que importa, esa es la lealtad que nos debemos, tú y yo». Se levantó de la silla. Sus zapatos feos, de tacón cuadrado. Los tobillos, el comienzo de un tobogán que se perdía bajo la falda negra. Ya todo lo que pertenecía a Vera estaba velado por una tupida tela negra.

Camino por los senderos de Queen's Park, mis zapatos bordean un musgo suave. Detalles. Un hombre muerto a causa de un disparo en la órbita de un ojo y otro devorado por la tristeza y la enfermedad en la cárcel. Esos son los detalles que dejó atrás el hombre que a esta hora tal vez esté paseando impunemente por las calles de esta ciudad, con su cojera suave, con su mirada clara y su frente noble.

Detalles que solo a ellos pertenecían. Me llegó la muerte de Michelena escrita en un sobre color garbanzo. Uno de los presos encargados de distribuir el correo me echó el sobre a los pies del camastro. Allí había unas

palabras mal garabateadas por la mujer de Michelena. «Que lo sepas, que ya no está con vosotros ni nunca lo estará. Ahora solo está conmigo y con su hijo, viviendo en nuestros corazones. Ya nadie puede volver a matarlo. Que lo sepas, tú y los demás». Una enfermedad larga, mal curada dentro de los muros de la cárcel de Burgos. Sus pinturas absurdas de actores encarnando el poder soviético, un Vittorio de Sica parecido a Stalin y un Edward G. Robinson remotamente similar a Franco aterrorizado por la mano del pueblo.

«Ahora ya solo está conmigo y con su hijo», aquel niño lerdo. «Que lo sepas». Al leer aquella nota me vino a la cabeza el cuadro de su dormitorio, la primera noche del año 1957. La Santa Cena. En mi celda imaginé a aquella mujer que siempre receló de nosotros, escribiendo lentamente en la salita en la que Vera había bailado con una mujer rubia. Uniendo palabras aquella mujer desconfiada, usándolas como un arma, como una leve venganza contra aquellos que le habían arrebatado su marido, su sustento.

Camino bajo la sombra del Parlamento Provincial. Edificios coloniales. Esta supuesta nobleza, con las raíces en otro continente, en otro mundo. Empieza a calentar el sol del mediodía. Hay estudiantes que caminan apresurados, responsables. El sol los lleva de un lado a otro envueltos en un velo suave. College Street adelante.

Sí. Yo también imaginé detalles. Volví a imaginarlos aquella noche, después de que Vera se quedase mirándome desde los pies de la cama, pálida, pronunciando palabras innecesarias.

«Nunca te mentí. Piénsalo. Solo tú te has engañado. Te has mentido a ti mismo. Reconócelo». Y después vino la música lenta de sus pasos sonando en las teclas sueltas de las baldosas. Una música absurda. El redoble de la puerta.

Vuelvo a bordear Queen's Park y finalmente encuentro el monumento. Ahí está. Un bulto tapado por una lona amarilla. Algunos operarios trabajan a su alrededor. Mueven planchas de césped, instalan cables. Los legendarios Mackenzie-Papineau. Aquí está lo que queda de ellos. Quinientos canadienses llegados a un país en guerra para luchar por la libertad. Contra el fascismo. La hoja de arce con una estrella de tres puntas brillando en su interior y tres palabras envolviéndola. *Peace, Democracy, Liberty*.

Los brigadistas estuvieron un año y medio en aquel país agreste hasta que prescindieron de ellos en septiembre del 38. Los licenciaron contra su voluntad, para que la guerra fuese más limpia, para que solo se matara entre sí gente de la misma nacionalidad. Para que solo ayudaran en aquel trabajo de matadero los hijos del fascismo. Ahí está su sangre, todas aquellas hazañas y miserias representadas en bronce o en mármol bajo esa lona amarilla que la brisa mece suavemente en esta mañana de primavera tardía.

Todas las banderas. Bob Reid, Jules Paivio, Arne Knudsen. Quizá alguno de los viejos veteranos esté ahí, subido a un estrado a la sombra de los árboles en el momento de la inauguración. Paul Skup. Ahora son magnánimos con ellos, cuando tienen un pie en la tumba. Honor a los fósiles. Quizá alguno de aquellos supervivientes mire a los ojos a Luis Bielsa y le dirija algunas de sus palabras. Teruel, Jarama, Brunete. Batallas, plomo, sangre y heridas. Bombas y armas. Los hombres que lucharon. Palabras grandilocuentes para el olvido.

Luis Bielsa vio llorar a alguno de aquellos hombres en las trincheras. Ese era su equipaje, su autoridad. Estuvo con ellos en los muelles de la despedida, en los andenes, dando abrazos y cruzando consignas de hermandad proletaria. Con algunos de ellos, los más rebeldes quizá, los que ya no se adaptaron a la paz y continuaron la batalla contra su propia vida en la Segunda Guerra Mundial, coincidió en las calles de París en 1944. Rojinsky, el joven con bigote de color naranja y frente amplia recién salido de una cárcel de la Gestapo, estaba entre ellos.

Pero Rojinsky no estará aquí para recibir honores. No se rinde homenaje aquí a un pistolero capturado, abatido por la policía en los años de paz, 1957. Un brigadista canadiense, un Mac-Pap que no acató el orden internacional. Ni a él ni a los que fueron como él se les rinde otro homenaje que el del olvido. Esta verdad, esta libertad fabricada con tantas estatuas derribadas, con ceniza de otras banderas. El mundo libre, la hoz y los martillos. Un mundo derrumbado, caído como la ceniza del cigarrillo que Vera sostenía entre sus dedos. Podrían invitar a Sebastián Pasos a hablar en el acto que tendrá lugar en este parque dentro de unos días. Podrían darle la palabra y él, antes de abrir la boca, apoyaría en el atril su vieja pistola, todavía cargada.

No sabría contra quién disparar primero. Esa es la gran duda. La única. Por dónde empezar. Detalles. Miro el reloj. Todavía, antes de ir al hotel, tengo tiempo de almorzar en cualquier lugar, en uno de esos pequeños locales forrados de azulejos donde los obreros y los estudiantes comen de pie, dándose la espalda unos a otros. Empiezo a caminar. La lona amarilla ondea a mi espalda mientras me encamino de nuevo hacia University Avenue.

La imagino. Imagino a Vera descendiendo aquellos peldaños. Hablando con Bielsa mientras ambos se dirigían a la salida del edificio de Santa Clara. Sus zapatos feos golpeando con un compás lento el mármol rosado de aquel edificio. Y Bielsa a su lado. La imagino con su bata gris, detenida al borde de la escalinata de la entrada. La lluvia batiendo fuerte en la acera. Encendiendo un cigarrillo inglés, de los que Bielsa fumaba, y el humo de su boca confundiéndose con la niebla suave de la lluvia.

Alguna gota perdida de los aleros dibujando un círculo oscuro en su bata. Eso o algo parecido imaginé tumbado en mi cama después de que ella saliera de mi casa. Por última vez. Ya nunca hubo más ruido de pasos en las baldosas del corredor. Se apagó para siempre esa música. Mis pies también pisarían ya muy pocas veces aquel suelo. A unos nos esperaba la cárcel y a otros la muerte. En cierto modo, los hechos nos lo habían anunciado, ya estaba todo escrito delante de nuestros ojos. Pero en aquellos momentos yo solo era capaz de imaginar una mujer fumando al borde de la lluvia.

Y allí, tumbado sobre unas sábanas gastadas, pensaba que tal vez Vera se estaba culpando en falso. Que me había contado aquella versión del encuentro en las oficinas de Santa Clara para defender a Bielsa, para que no volcara sobre él mi ira, no entorpecer de ningún modo nuestra misión. Pensé que me estaba mintiendo sobre el modo en que anteriormente me había engañado. Ese es el juego de todo esto. De la vida entera. No saber nada, no tener nunca ninguna certeza.

Una lámpara sobre el mercurio. La luz da forma al metal y se derrama sobre la madera del mostrador, sobre mis manos. Esta piel. Arrugada, mostrando los síntomas de la decadencia. La muerte brota desde dentro de los cuerpos. Una flor negra cuyas raíces probablemente ya respiren dentro de mí. Siento ganas de abrir mi tubo de mercurio y dejar que sus gotas resbalen sobre el mostrador, con su movimiento alocado de reptil.

Quisiera huir de aquel tiempo, del poso que dejaron dentro de mí. También el juez Bernardo Burín estaba hecho con la materia de los reptiles. Aquellas venas y aquella piel. La piel era parecida a la que las serpientes dejan tras de sí. Un papiro transparente. Distinta a la mía, que es cera derretida, tierra blanda. No era demasiado viejo el juez Burín, pero tenía apariencia de cadáver. Quizá ni siquiera tuviese sesenta años. La luz le daba en la cara como los rayos de esta lámpara alumbran el mercurio.

Estábamos en el reservado de un *cabaret* del Paralelo. Tapicería roja. La música rebotaba en las paredes. Burín nos había encontrado en un bar de la calle Calabria y nos había llevado a aquel tugurio. «Sospechosos, parecéis una banda de opereta. Os quito de la calle por vuestro bien», en la puerta del bar había besado a Bielsa en la mejilla, entre risas. «Que por lo menos piensen que somos maricones y no atracadores», había bebido. El juez Burín iba con su perro amaestrado, Machuca, el policía que siempre le hacía de escolta y recadero.

Michelena, Vera, Sebastián Pasos, Rojinsky y Suárez, el viejo comunista que le servía a Bielsa de apoyo en el exterior. Nos metieron en el reservado, un palco penumbroso.

«Esta mierda», Pasos miraba a Bielsa. «¿Este es el sitio para hablar de la lucha del pueblo?», le preguntaba Pasos a Suárez.

Y Suárez, enfermo, aguantando los golpes de una tos que sonaba a cañerías rotas, se abría de piernas, sentado, mirando más allá de Pasos y de

la pared forrada de falso damasco que Pasos tenía a su espalda.

«Una mierda», miraba Sebastián Pasos la cartulina que sobre la mesa señalaba las normas de la casa, el modo en que podía solicitarse una bailarina, las tarifas por horas de acompañamiento.

«No se soliviente usted, don Revolucionario. Esas son las reglas para que los paletos se acogoten y paguen. Aquí nadie los va a molestar», el juez Burín nos miraba con su sonrisa helada, uno a uno, «Aquí pueden abrir su alma bolchevique».

Habrà muerto hace tiempo, o quizá viva todavía, Burín, cercano a los cien años, ya por completo momificado. Arrastrando los pies por las alfombras de algún piso señorial de Barcelona. En caso de que esté vivo, en las arterias medio quebradas que le riegan el cerebro todavía estará mi nombre grabado, rodando como un coágulo diminuto. Mi nombre escrito en aquellos documentos. Denuncias, sentencias, ingresos en prisiones. Y su firma al pie de algunos de aquellos escritos. Mi nombre borroso por el papel de calco.

Del escenario que había bajo nosotros subió un resplandor. Se entreveían los penachos de plumas, se adivinaban las mallas de pedrería de las bailarinas. La cara de Suárez se había consumido por el esfuerzo que había hecho para subir la escalera. Respiraba con la boca abierta y tenía los labios azules, gastados. Sebastián Pasos le pedía un compromiso, le hablaba de nuestra misión, de un polvorín, a aquel cadáver ambulante.

Bielsa intentaba contemporizar. Eso es lo que éramos. Los protagonistas de una pantomima que podía haberse desarrollado en mitad de aquel escenario por el que desfilaban mujeres vestidas con lentejuelas y plumas. Fantoques con la cara maquillada de blanco que pretendían hacer reír a un público escaso y distraído.

«Suárez ha movido sus contactos. Solo nos queda esperar. No perder la paciencia», Luis Bielsa, el héroe de Teruel, aguantaba nuestra mirada al compás de una orquesta cansada.

Vera miraba los vasos a medio vaciar, el humo de un cenicero. Y de allí llevaba la vista a los ojos de Bielsa. Se sostuvieron la mirada, él pedía comprensión. Ya empezaban a quedar atrás las noches en las que unos nudillos golpeaban débilmente mi puerta y una voz al otro lado de la

madera susurraba mi nombre. Aquel tiempo en el que pensé que mi vida podía ser otra.

Ahora debía empezar a hacer cálculos sobre un nuevo futuro. Prescindir de aquel sentimiento que, sin buscarlo, sin apenas percibirlo, había germinado dentro de mí. O quizá debía trazar una estrategia para recuperarla a ella, a Vera. Oía la voz de Sebastián Pasos, oía la música que llegaba desde el foso, y también dentro de mí quería oír una voz apagada que intentase convencerme de que todo podía cambiar, que tal vez estaba equivocado y mi intuición me engañaba.

Cómo el viento entró por la ventana, cómo aquel golpe de aire abrió los postigos en mitad de una noche de noviembre y yo me levanté a cerrarlos y vi las nubes corriendo por el cielo en un galope rápido y mudo, los tejados, las calles vacías, y sentí que formaba parte del mundo. El reflejo de la luna y las sombras corriendo por el cuerpo desnudo de Vera, destapado por mi salida apresurada de la cama, su risa en mitad del frío pidiéndome, «Ven, ven».

«Ven a mi lado. Ven por las noches y también por el día, no dejes que pasen muchas horas sin poder respirar este olor, este cuerpo, tu vida». Eso secretamente le pedía yo. Sin palabras, sin mencionar nunca, ni una sola vez, la palabra amor. Lo murmuraba igual que un rezo. Y ella había venido, dócil y salvaje, cada noche, como un río manso que se desboca. Una maldición.

Asomados al frío del otoño, 1956, abrazados detrás de la ventana, viendo cómo los tejados del Raval se teñían con una pátina de color rosado al amanecer y sus tejas se hacían vaporosas, cómo los desconchones se hacían suaves con la luz de un nuevo día, y el olor del barrio entero era el olor del pelo de Vera en mi boca. Todo, el olor de las aceras mojadas, del carbón de la mañana, el grito de un pescadero, el cielo, el dibujo de las macetas pobres y la ropa tendida se mezclaba con el perfume de aquel pelo en mi cara. En mi boca de revolucionario cobarde.

Y aquella noche en el *cabaret*, ya con todo perdido, pretendía agarrarme a lo que ya solo estaba hecho de la materia del viento. Yo también pude morir aquel día en el descampado de Badalona o en uno de aquellos callejones por los que persiguieron a Sebastián Pasos, disparándole. He

perdido mi vida en la nada. Sí, tuve un soplo de ilusión, de justicia, una bocanada de algo que se parecía a la pasión, pero después vino el vacío y la huida. El deseo de no ser nadie y estar aparte, de postergar los sentimientos, cualquier cosa que pudiera enfrentarme a mí mismo. Me escondí detrás de algunos libros de ciencia para reforzar esta negación, para entregarme a esta especie de suicidio incruento, a este enterramiento en vida. Hotel Regina, 302 Yonge Street.

Mi cabeza me castigó. Hotel Regina, Toronto, mi mano escribiendo. En servilletas, en papeles sueltos, en hojas y sobres con el membrete del hotel. Escribiendo, y ese agujero que llevan mis neuronas, cada una de ellas perforada igual que el cráneo de Phineas Gage, haciéndose cada vez más grande. Un agujero como el del sol en el cielo. Un vacío por el que acabaré perdiéndome. Un compañero me ha preguntado por qué he ocupado la habitación 108.

Isabella vino anoche. Dos veces, con dos clientes. Y tuvieron que ofrecerle otra habitación. No pudieron escuchar sus jadeos, el modo en el que esos dos hombres echaron su esperma dentro o encima de ella. Gregory Olmedo, un chileno joven que hasta este verano hacía de mozo de habitaciones y que pronto ocupará mi puesto, me miró de forma despectiva.

«Está bueno que pronto te jubilás, *guy*», me dijo, con una sonrisa absurda y ese dialecto todavía más absurdo.

«Tú también te vas a morir, y al final tu vida será más triste y más pobre que la mía», pensé contestarle. Pero solo le dije a Levine, mi otro compañero, que lo hice por error. Que fue un descuido.

«Un descuido. De la misma manera a como si yo le rompiese el frasquito con ese mercurio sucio. A ver cómo te ibais a distraer», se fue escaleras arriba, hablando solo el chileno.

Sigo escribiendo sobre esos jadeos que anoche se quedaron dentro de la habitación 206. Igual que escribo sobre los jadeos de mi madre en la cama de aquel hombre. Los jadeos del mundo, los que se quedaron encerrados en una habitación lejana que ya tiene las paredes derruidas, sin cuadros ni puertas ni techo, ya pasto del tiempo. El aliento, la voz de Sebastián Pasos, de Vera, de todos los policías y jueces que firmaron mi sentencia. El

edificio del mundo derrumbándose a cámara lenta y su respiración escapándose con las nubes de polvo.

En el *cabaret* yo miraba los ojos de Vera mientras Rojinsky hablaba. Ella había advertido cómo la observaba y se negaba obstinadamente a devolverme la mirada. Vera hacía pequeños movimientos con los pies, con las manos. Y ninguno de aquellos movimientos era espontáneo. Me estaba mintiendo con cada uno de ellos. Escuchaba a Bielsa. Igual que el primer rayo del sol iluminó las tejas del Raval, una luz amarga había empezado a aflorar dentro de mí. Empezaba a saber que mi existencia estaba en las manos de ese hombre. Ese anciano que ahora ocupa la habitación 108 era más dueño de mi futuro que yo mismo.

Rojinsky y Pasos ofrecieron un mes de plazo.

«Si en ese tiempo no hay respuesta, si no queréis cooperar con nosotros, me pondré en movimiento», amenazó Rojinsky a Suárez.

«Qué movimiento», le preguntó el viejo comunista, aquella reliquia con chaqueta de payés que se dejaba ir calmosamente hacia la muerte.

«Qué movimiento», le preguntó también su amigo Bielsa.

«Ja, el movimiento», se rio, sin apartar la vista del escenario, el juez Burín.

«Un atentado, gente muerta en la calle. O en la casa de algún renegado», respondió Robert Rojinsky, el canadiense con cara de niño.

Tal vez les respondiese a Burín y a Bielsa, pero lo hizo mirando a Suárez. Y, sin apartar la vista de él, se levantó la chaquetilla de lana y mostró la empuñadura de su pistola.

«Este movimiento. Esto es lo que digo».

«Yo también tengo movimiento. Y de más calibre», se tocó Suárez el costado izquierdo.

Y así, mientras Rojinsky se quedaba con la chaqueta alzada, observando el gesto inalterable de Suárez, observando cómo Burín apartaba la vista del escenario y forzaba una sonrisa en sus labios delgados, yo giré la cabeza y miré a Machuca, el perro del juez.

Estaba allí, de pie, echado contra el damasco rojo de la pared, junto a la entrada del reservado. Calvo y con bigotito de púas, sin inmutarse al ver la

pistola de Rojinsky ni al oír lo que allí se decía. Llevaba un abrigo viejo, y por debajo del abrigo le asomaban los pantalones grises del uniforme.

«Haré algo. Me llevo de ese polvorín todas las bombas, toda la dinamita que entre en una puta furgoneta o en un camión. Y no voy a escuchar más rosarios de maricones. Te lo digo, Luis. No espero más». Al terminar de hablar, Rojinsky se levantó. «Te lo estoy diciendo, en este momento. Ya se acabó la burla».

El resplandor de los focos en su cara. Los claroscuros afilando todavía más los rasgos de Sebastián Pasos, también de pie, al lado de Rojinsky. Un mechón bajando suave por el rostro inclinado de Vera. Música de acordeón allí abajo, música de barraca para aquella feria.

«Es hermoso. Es hermosa la contrición. La lucha por el pueblo, vuestra entrega, queridos hermanos», los dientes del juez Burín asomaban por un lado de su sonrisa, el policía Machuca cambiaba de postura, apoyaba el peso del cuerpo en el otro pie.

Los movimientos, las miradas, todos bañados por el reflejo rojizo de la tapicería del reservado, aquel corazón con olor a tabaco rancio dentro del que estábamos. También la luz primera de la mañana había iluminado la piel de aquella mujer que se replegaba dentro de sí misma y que, igual que meses atrás, antes de saber su nombre ni el tono de su voz, volvía a ser una desconocida para mí. Solo que ahora, aquel desconocimiento se cargaba de dolor. Su nombre. Unos pómulos redondeados, unos ojos por donde se perdía la noche. Palabras.

Y aquellos hombres, Bielsa, Pasos, Rojinsky, las pupilas dilatadas de Michelena, interrumpidos por la aparición de un tipo sudoroso que acabó de convertir en burla todo lo que significábamos, cualquier vestigio de dignidad que todavía pudiéramos conservar, «Ooh, don Mauricio», lo saludó Burín.

«Mauricio Céspedes, el dueño de este imperio», seguía con su broma Burín, minando el crédito y el ánimo de todos nosotros.

Y el tal Céspedes ofrecía traernos bebidas, bailarinas de Tánger y París:

«Lo que usted, don Bernardo, desee. ¿Una botella? ¿Le subo a Marianita, o a la Leyva, una nueva, prima de las Prietas? Y miren ustedes, además, ahí lo tienen», señalaba el escenario, «al mejor mago de España,

Rafael Pérez Estrada, que ha actuado en Viena y también en Marsella. Saca palomas del aire».

«Me cago en los labios de colores», Rojinsky torció la mesa de una patada. «¿Tú dónde coño estás? ¿Con quién estás? Un mes», Rojinsky señaló con el índice a Bielsa mientras con la otra mano estrujaba su gorra de estibador.

«No voy a aceptar humillaciones, Rojinsky», Bielsa se levantaba.

«Las estás aceptando desde el día de tu nacimiento», a Sebastián Pasos se le escapó la saliva al hablar, «Y tú, maricón, de qué te ríes», amenazó a Burín.

Machuca se despegó de la pared y volvió a quedarse quieto ante un gesto del juez, que siseaba con su sonrisa, pidiendo calma.

Se superponían los aplausos, un redoble de tambor y alguna palabra temerosa del dueño del *cabaret*. Los dedos de Vera se apoyaban en el respaldo de una silla, muy cerca de la mano agujereada en un calabozo, con un clavo y un martillo, de Luis Bielsa. «Adiós», creo que suspiró alguien. Subía de nuevo la música.

Recuerdo mis pies, aquellos zapatos arrugados, en los peldaños triangulares de una escalera de caracol. Y recuerdo, o tal vez imagino, la nuca de Vera, sus hombros bajando delante de mí en la penumbra de aquella escalera. Y recuerdo la noche, aquella bocanada fría, las farolas tristes del Paralelo con un halo de niebla a su alrededor. Barcelona olía a alquitrán dulce. Yo ya no era el dueño de nada.

Caminé unos cuantos pasos al lado de Vera, detrás de los demás. Me llegaba en un murmullo la voz de Pasos, la voz de Rojinsky. El grupo se detuvo después de avanzar un poco por la avenida del Paralelo. Sebastián Pasos establecía una cita en el almacén de Michelena para dos días después cuando Vera levantó la mano y detuvo un taxi. Se despidió sin mirar a nadie y apenas tuve tiempo de ver su cara desapareciendo tras el reflejo del cristal.

Unos pilotos rojos alejándose en la noche. Michelena golpeaba la acera con sus zapatos para matar el frío. Dijo Salud con su sonrisa triste. Pasos y Rojinsky siguieron juntos en dirección al mar. Vi a Michelena mirar el reloj y cruzar de acera. Lo esperaban su mujer y su vida insignificante. Lo

esperaban la prisión, los años de la enfermedad y una muerte igual de callada que su vida.

Me contaron que en la cárcel, Michelena siguió dibujando al carbón retratos de Gregory Peck, de Ava Gardner y Dorothy Malone, ya sin pretender que las estrellas de Hollywood se parecieran a ningún líder revolucionario ni a ningún caudillo fascista. Él también renunció a sus sueños y se quedó refugiado en el juego inocente del cinematógrafo. Sombras chinescas y representaciones de la realidad. Personas fingiendo vivir en otro mundo y llamarse de otro modo. Ser quienes no eran. Casas que no eran casas, vidas que no eran la vida. Solo le quedó aquel punto de fuga, aquel consuelo para no mirarse al espejo y ver lo que era, lo que habían dejado de nosotros nuestros compañeros y aquellas cárceles miserables.

El mercurio se desliza como una oruga dentro del tubo. Un abdomen plateado, una pequeña esfera a modo de cabeza. Un cerebro macizo, impenetrable, apenas capaz de emitir reflejos, tragándose toda la luz. Alimentándose de un modo incansable. Caminé solo por las calles de la ciudad. Vi el mundo como la boca de un monstruo enorme, las ruedas de los edificios, nosotros como jirones de su alimento, el gran paladar de la noche. Caminaba por la corteza del mundo, recordando aquella nuca que bajaba la penumbra de una escalera delante de mí, el musgo, la pelusa negra de su pelo sombreándole la palidez del cuello, una vida, una vida entera perdida o ganada en un segundo.

Abandoné la avenida del Paralelo, su iluminación de fiesta pobre, y entré en la calle del Campo Sagrado. Mis pasos no llevaban otro rumbo que el de un animal al que los cazadores le han descubierto la madriguera. Conmigo venía todo lo que poseía en el mundo. Aquellos zapatos viejos, la chaqueta que apenas me protegía del frío, un jersey de lana gruesa, unos cuantos billetes en el bolsillo y unos pocos recuerdos desmadejados. Un padre muerto, un hombre que vino a sustituirlo, el viaje y unos campos amarillos en la ventana de un tren, mi madre vestida con una combinación clara entrando en la habitación de ese hombre desconocido, pájaros manchados de sangre. El olor del campo en verano y una callejuela sombría

en la que a veces soñaba haber jugado bajo unas sábanas blancas y húmedas. Una niña vestida de blanco que me miraba matar hormigas.

Avancé por las calles del Raval hasta llegar a la puerta de mi casa y una vez allí continué mi marcha. Todavía seguí caminando sin rumbo unos minutos antes de detenerme y decir mi nombre en voz alta. Y al pronunciar mi nombre imaginé a Vera entrando en su casa horas después, o llamando desde un teléfono público a Luis Bielsa y diciendo «Soy yo».

OceanofPDF.com

«Soy yo», me repetía algunas noches en la oscuridad de la celda, empezando a dudar ya que este organismo que me sostiene tuviera una identidad única, que fuese dueño de un mínimo de coherencia más allá del proceso que seguían sus células de forma independiente de mi voluntad. «Soy yo», me decía en un susurro, y al mismo tiempo imaginaba con los ojos cerrados que recorría las calles de aquel pueblo pequeño al que me llevó mi madre cuando se casó con ese hombre que casi nunca hablaba.

«Soy yo», decía con los labios hinchados por los golpes, con las encías doloridas y dos dientes tambaleándoseme. «Soy yo». Y me veía entrando en todas las casas del pueblo en las que había estado, reconociéndolas y distinguiéndolas una a una por su olor, por los muebles con los que tropezaba, por el hilo de las voces que nacían de la oscuridad.

Viajaba hacia atrás. Entreví la casa en la que murió mi padre y en la que yo viví hasta que mi madre volvió a casarse. «Soy yo». La casa de aquel hombre, la habitación de su hijo Daniel. Y también recomponía palmo a palmo las dos habitaciones donde, antes de huir a Barcelona, viví en Málaga, solo, leyendo a Bakunin en las madrugadas, las casas de mis amigos, las de mis compañeros. Casas, lugares con olor, fruta en los platos, cuadros, alacenas, hules, ropa de ancianos y de hijos muertos guardada en cajones, todo desprendiendo su olor y liberándome de aquella celda.

Durante años, en las cárceles donde me llevaron y luego aquí, en Canadá, repetí el mismo ejercicio de cerrar los ojos y pensar que entraba a tientas, con los ojos cerrados, en todas aquellas casas. El olor de los cuerpos y de los muebles. Nunca estuve en casa de Vera.

La acompañé varias veces hasta su portal y desde la acera de enfrente vi una ventana alumbrarse momentos después de despedirnos. Nunca quise imaginarme las habitaciones que vi transparentadas por los visillos. Una lámpara de tulipanes morados, la corona de un armario, un cuadro con un

paisaje verdoso. Solo visitaba mentalmente las casas que había conocido. Y siempre seguí el mismo ritual, aunque a partir de un determinado momento cambié el susurro con el que acompañaba aquellos recuerdos y mi boca comenzó a pronunciar, «No soy yo, no soy yo». Y el mundo empezó a cobrar sentido. Otro sentido.

Pasé dos años en Saint John. Robert Rojinsky tuvo un gesto con nosotros después de muerto. En realidad lo tuvo antes de morir, pero contaba con la posibilidad de su muerte para que su voluntad acabara por cumplirse. En la cárcel, nueve meses después de que a él lo hubieran matado y a mí encerrado en una celda, me comunicaron que me había nombrado su heredero. A Michelena, a Sebastián Pasos y a mí. Dejó fuera de su testamento a Vera. Nunca pronunció una palabra en su contra, nunca la ofendió ni la miró con desprecio, pero aquella fue su forma de pronunciarse sobre ella.

Pensé que se trataba de una broma, o que la supuesta herencia era una estratagema para desvelar algo más sobre los posibles contactos clandestinos de Rojinsky. Pero luego supe que era verdad. Disponíamos de una casa en las afueras de Saint John, un coche con el motor gripado, algunos muebles y 2356 dólares canadienses en la cuenta corriente de un banco de Montreal.

Pasaron varios años hasta que la herencia pudo ser efectiva. Desde Saint John nos ayudó un amigo de Rojinsky. También un abogado comunista de Madrid amigo de Sebastián Pasos contribuyó a solventar aquel laberinto legal. Michelena acabó sus días en la cárcel igual de pobre que siempre, y después de su muerte, después de aquella carta de su mujer, ninguno de nosotros volvió a saber nada de ella. Sebastián Pasos, con una condena superior a la mía, tuvo que esperar cinco años más que yo para llegar a Canadá. En aquel tiempo dos cartas y una breve llamada de teléfono habían sido las únicas noticias que me habían llegado de él. La fecha en la que supuestamente iban a dejarlo en libertad, un retraso de un mes en su salida de la cárcel y después apenas unas palabras para indicarme el día y la hora en que llegaba a Toronto.

Fui a recibirlo al aeropuerto. Vi aparecer por la salida de viajeros un fantasma del pasado. Los pómulos aún más sobresalientes, un deshilachado

mechón de pelo blanco peinado hacia atrás en mitad del cráneo desnudo y la misma fuerza de siempre en los ojos. La voz que una semana antes había oído en el auricular no correspondía a la del Sebastián Pasos que yo había dejado en Barcelona ni a la de esa figura extraña, casi momificada, que parecía regresar de un viaje rutinario, cansado y seguro.

La última vez lo había visto al salir de los juzgados de Barcelona, dieciséis años atrás. A él se lo llevaron en un furgón y a Michelena y a mí en otro. En el aeropuerto soltó la maleta para darme la mano, me miró a los ojos y me palmeó suavemente los dos hombros a modo de abrazo. Nunca lo admiré. Su coraje me parecía exagerado, casi una pose, y su férrea disciplina un signo de pobreza mental. Tampoco le tuve nunca verdadero afecto. Quizá, sí, me produjera respeto su eficacia, la contundencia de sus palabras y de sus acciones.

Seguía hablando con el mismo lenguaje que casi veinte años atrás. En el camino del aeropuerto a mi casa me dijo que Franco tenía los días contados.

«¿La revolución?», le pregunté irónico, y él me miró juntando los ojos.

«La democracia. El socialismo», respondió.

«Qué socialismo. Qué democracia. ¿La socialdemocracia, la democracia burguesa?», quise preguntarle, pero me limité a hacer un gesto ambiguo y simulé que la conducción del automóvil y los paneles de la autopista me tenían demasiado ocupado como para seguir hablando.

Todavía se quedó observando mi perfil unos segundos antes de mover ligeramente la cabeza y mirar con indiferencia los esplendorosos bosques que íbamos dejando atrás. También me producía un poco de miedo, un poco de desprecio. El que se siente por los verdugos.

Había policías que tenían su misma cara. La misma expresión en la mirada, el mismo rencor alumbrando en su interior mientras te hacían una y otra vez la misma pregunta. Tenían todo el tiempo del mundo. Te lo decían continuamente. «Tenemos todo el tiempo del mundo. Esta noche nos iremos a nuestra casa. Cenaremos, follaremos, dormiremos en una cama de verdad y cuando mañana volvamos, tú seguirás aquí, oliendo a meado, y te volveremos a preguntar lo mismo, hasta que el mundo se acabe, hasta que te saquen de aquí metido en una caja».

«Ya no tienes vida. A ver cómo te enteras. El día que te cogimos se acabó tu vida, intenta comprenderlo», solían decirte. Sonreían.

La noche que llegó a Canadá no hablé con Sebastián Pasos de Rojinsky ni tampoco del juez Burín. Todavía hoy no sé cómo fueron sus días de aislamiento ni qué gravedad tuvieron exactamente las heridas que le produjeron al detenernos. Cuánto tiempo estuvo en el hospital. No sé cómo soportó la cárcel ni los interrogatorios. Tampoco quería saberlo. Llevaba dentro el olor del presidio, y su silencio, inhumano, de animal enjaulado, me resucitaba todo aquel tiempo de cárceles, uniformes y ruidos nocturnos.

Lo que sí supe es que allí dentro, encerrado, Sebastián Pasos había multiplicado su rencor. Lo había alimentado con esmero, día a día. Yo me había diluido a lo largo de todos aquellos años, en prisión, metido en aquel túnel en el que trabajé al salir de la cárcel y en este país que casi no es un país. Mi materia mental, mis argumentos se habían hecho cada vez más porosos. Mientras, Pasos se había ido condensando, y las moléculas de su mente se habían ido uniendo como las de un metal pesado.

Pensé en ello durante su primera noche en Mississauga. Mientras cenábamos en mi casa. Mi mujer nos servía, cohibida por el silencio de nuestro invitado, y solo se escuchaba el ruido de los cubiertos en la loza de los platos. Sebastián Pasos seguía comiendo como los presos. Apenas había mirado a mi mujer cuando llegamos a mi casa. Soltó su maleta al lado del sofá en el que iba a pasar la noche y echó un vistazo a su alrededor, afirmando levemente con la cabeza. Aún se creía el jefe de algo.

«ETA va a ayudar a que todo acabe. Son compañeros», hacía bolas con la miga del pan, las restregaba por el plato ya casi limpio y se las tragaba sin apenas masticarlas.

Yo miraba cómo la oscuridad flotaba en el prado que entonces se extendía delante de la casa, el perfil negro de los árboles que todavía hoy se recorta en el horizonte. Sebastián Pasos negaba con la cabeza cuando mi mujer, a través de mí, le preguntaba si quería que le sirviera más comida. Yo traducía y Pasos, sin ni siquiera mirarla, negaba y seguía haciendo pequeñas bolas con el pan, tragándoselas.

Esos árboles, ese paisaje ahí instalado como un mineral, como si fuera inmutable y bajo el suelo no alentasen las raíces y sus nervios no se

retorcieran por la tierra en busca de alimento. Las manos de Pasos en el mantel, aquellos dedos afilados arañando suavemente la trama de hilo, con venas moradas sobresaliendo de la piel. Un labio fino, rodeado por las púas de la barba mal afeitada, el otro, el de abajo, también de color oscuro. Una boca cruel.

Yo la miraba moverse, aquella boca, y casi no prestaba atención a las palabras que pronunciaba, solo a su movimiento, a su forma de animal. Unos copos grandes empezaron a golpear el cristal de la ventana. La nieve comenzó a borrar el paisaje igual que mis pensamientos borraban las palabras de Sebastián Pasos. Igual que el tiempo había borrado mi vida y el recuerdo de aquel hombre que hablaba frente a mí de un mundo que yo ya apenas conocía. Solo volví a escuchar sus palabras unos minutos después. Cuando mi mujer se levantó de la mesa y vi los ojos de Pasos fijos en los míos.

Esperó a que mi mujer entrase en la cocina para preguntarme por Vera.

«¿Has sabido algo de ella?».

«No», casi no pronuncié la negación, solo hice un gesto. No.

«¿Y del otro?».

«No».

El otro era Bielsa.

Dejó de manosear el pan. Sin abrir la boca se hurgó las encías con la lengua, y cuando mi mujer le sirvió el café, entonces sí, se quedó mirándola, observando cómo movía las manos, cómo era su cara y cómo se alejaba otra vez hacia la cocina, y repitió aquella afirmación suave, no se sabe si de aprobación o de desprecio, que había hecho con la cabeza al entrar en la casa.

Este invierno encontraron un zorro caminando por las calles, cerca de Bloor Street, en el centro de la ciudad. Avanzaba hacia el lago y los rascacielos. Un zorro reflejado en los escaparates, entre los maniquíes con ropa de moda, los electrodomésticos y los televisores encendidos. Los ojos del zorro mirando aquellos muñecos de plástico transparente. Zapatos, etiquetas con precios, escotes con collares y las zarpas del animal dejando sus huellas silenciosas en la nieve. Atravesando parques helados y jardines desiertos, hurgando en las basuras. El hambre lo guiaba.

El hombre que mata por las noches lleva un impulso parecido. Avanza por las calles con sus herramientas afiladas en busca de alimento. Cuando yo estaba recién llegado a esta ciudad, en los inviernos duros, la policía abatía cada año cinco o seis zorros en los alrededores del centro. Entonces los mataban a tiros. Ahora usan redes, dardos y somníferos. Tal vez luego los maten en las dependencias municipales o tal vez los lleven a algún parque donde puedan alimentarse cazando ardillas, pero los zorros ya apenas se acercan al centro de la ciudad. Se quedarán hurgando en las basuras de los arrabales.

El hombre o los hombres asesinos han vuelto a matar. Hay dos retratos robot en el periódico. Suponen que es un hombre moreno y bajo, de complexión fuerte. Tal vez lleve bigote, en un dibujo aparece con el labio superior cubierto de pelo y en el otro no. Encontraron a la nueva víctima en un jardín de Richmond Hill. Una chica de unos veinte años. No la describen, no dan ningunas iniciales. Tampoco dan noticia de cuáles eran sus heridas ni cómo le ocasionaron la muerte. Solo dicen que apareció en la madrugada de ayer en el jardín trasero de una casa abandonada, y que sospechan que no fue asesinada en ese lugar. Vagamente dan a entender que murió hace varios días.

La luz blanca de los neones rebota en la formica de la mesa y me molesta en los ojos. He preferido cenar en este restaurante barato que en la cocina del hotel. Aquí la comida es peor y tengo que pagarla, pero no estoy obligado a levantar la cabeza para saludar a nadie. No quiero volver a ver a Olmedo, el chileno, ni pensar en él. Borraré su nombre de este papel, lo cambiaré por otro, me inventaré su cara, y, si quiero, también su nacionalidad. Puedo escribir que es cojo, o que está gravemente enfermo. Mesas desnudas y vacías. Formica blanca, paredes y luces blancas. Solo una mujer, de espaldas a mí, vestida con un abrigo de falsa piel de leopardo, ocupa otra mesa. No sé si es joven o no, lleva el pelo teñido de rubio, casi amarillo. A ella también pueden matarla, también puede tener una enfermedad mortal escarbando dentro de su cuerpo. Y come ahí, en silencio. Este es el espejo de la soledad.

Tal vez la información del periódico sobre el nuevo crimen sea falsa. Quizá también la policía haya inventado algo para confundir al asesino. Dicen que cerca del amanecer una anciana insomne vio desde su ventana a un hombre moreno, bajo y fuerte saltar la verja del jardín donde unas horas después encontraron el cadáver de la joven. Habrán trazado en un mapa los posibles itinerarios del asesino. Habrán marcado con tinta roja los puntos donde se encontraron los cadáveres, no importa que fuese en el lago o que fueran transportados después de ser asesinados. Establecer el recorrido de la muerte.

Todo obedece a una lógica. Unas marcas de rotulador verde uniendo en el plano de la ciudad las aspas rojas donde encontraron los cuerpos sin vida. Un laberinto con un millón de respuestas falsas y una verdadera allí dibujadas, indicando la solución delante de las caras de todos esos policías, tan efectivos a la hora de atrapar con ampollas somníferas a los zorros arrastrados por el hambre. Incluso los zorros se mueven por las avenidas y los cruces de las calles con un sentido, con una lógica.

Bielsa está a la espera de que le tracen una marca en el mapa de esta ciudad. Hay una cruz esperándolo, señalada en una esquina de ese laberinto de calles, todavía no sé en cuál. Va dejando marcas a lo largo de su recorrido por Toronto. Huellas dibujadas con tinta verde desde el hotel al lugar donde una lona cubre la escultura dedicada a los brigadistas del

Mackenzie-Papineau. Los héroes decrepitos. Marcas en las casas donde esos héroes viven y a las que él probablemente acude para ver a viejos compañeros en los que apenas podrá reconocer un rasgo, el eco de un nombre.

Y yo, yo también voy dejando atrás un mapa plagado de cruces y muescas. Un itinerario que viene desde lejos y que tal vez muy pronto cierre su círculo. Aspas de dibujo suave, ya apenas visible, en las calles del Raval. Una cruz señalada en la Vía Layetana, donde recogí a Rojinsky la mañana que lo mataron, señales en las afueras de un pueblo donde por las noches ayudaba a matar pájaros en un barracón, en las cárceles de Alicante, el Dueso y otra vez en la Modelo de Barcelona. Marcas en el agua. En un cuarto de Lisboa y en un hotel miserable de Saint John. Entre las amapolas de los campos de Kitchener donde fui feliz, allí dejé miles de cruces rojas como un cementerio incendiado. Una cruz en el futuro y también en aquel lugar, al pie de un naranjo donde por primera vez desnudé a una mujer y me manché de barro y de sangre con un cuerpo desnudo.

Casi una niña y yo apenas un muchacho agarrándose a aquellas piernas blancas, unos muslos gruesos, casi de mujer, que se abrían. Su vestido blanco ensuciándose con el agua que escapaba de la acequia y el olor de las naranjas flotando sobre nuestras cabezas. Los insectos en la hierba. Las uñas negras de barro, y el miedo. Miedo a las escolopendras bajo las piedras removidas. La hierba enredada en su pelo. Yo también soy una sombra. Un disparo de sol en mi cabeza. Y la blancura pura del semen derramándose por su abdomen y por la tierra.

Marcas en los mapas. Marcas en este nido de hormigas que no para de removerse. Bajo esta luz de morgue. Esa mujer comiendo sola, mirando al vacío por los cristales. El periódico abierto delante de mí como un animal dormido que reacciona y se mueve cuando lo toco. Recuerdo aquella sangre entre los muslos, los dedos pegajosos de sangre y barro. Los dos caminando callados, cogidos de la mano. Los únicos habitantes verdaderos del planeta. Los insectos se movían ahora dentro de mi vientre, zumbaban por mi pecho a la par que los latidos de mi corazón, emocionado y también temeroso, se iban distanciando entre sí, alargándose.

Tenía miedo. La cabeza de una escolopendra, el hormigueo de sus patas se movía bajo mi piel. Caminaba asustado. Asustado por la vida, que ya estaba ahí. Acababa de inaugurarla. Esos ojos que me miraron muy abiertos al despedirse. Sin miedo, burlándose del mío. Sus piernas, que eran dos columnas pálidas, casi azules, clavadas en el suelo hasta el corazón mismo de la tierra, y su vestido manchado alejándose junto a una tapia, por un camino lleno de polvo y de sol. Tenía miedo de volver a verla, y también el miedo irracional de no volver a verla corría por mis vísceras. Aquello podría ser la felicidad. Un animal suelto trasteando dentro de mi pecho.

Un animal que luego, con el tiempo, acabó teniendo las patas de ceniza, cada vez más débiles. Sí. Yo también soy una señal, una sombra proyectada en un paisaje, un juego efímero del sol pasando sobre una roca que siempre estará ahí, inmutable durante siglos. Un juego. Las marcas de mi vida empiezan a borrarse en todos los mapas, esperan la aparición de la última y definitiva huella. Las huellas que va dejando tras de sí la persona que mata por las noches también se difuminarán si nadie resuelve el acertijo.

Nunca supe si las sombras desaparecen con la luz o con la llegada de la noche, con la aparición de una sombra más extensa y poderosa. Volveré a mi casa. Primero estaré un par de horas en el hotel cerrando el balance del día, entregando las llaves a los escasos clientes nocturnos. Mirando de reojo el teléfono y el mercurio. Su peso atómico y su número atómico escritos en la tapa metálica del tubo.

Metal venenoso. Hoy no levantaré el teléfono. Tengo dos largos días para cumplir con mi destino, de un modo o de otro. Esta noche volveré a recorrer en autobús la orilla del lago y abriré la puerta de una casa donde no sé si me esperan mis recuerdos o mi futuro. Lo que queda de mí mismo. He descartado la idea de pasar la noche en una de las habitaciones libres del hotel, encima o debajo de Bielsa. Parecería que estoy velando un cadáver. Y no sabría de quién es el cadáver, de Bielsa o mío.

Regresaré a mi casa y mañana seguiré pensando. Dentro de unos meses habrá pasado todo. Un día estaré comiendo en un lugar como este y recordaré este tiempo como algo lejano. Ya nada importa. Voy desprendiéndome de mi equipaje. En este papel en el que escribo voy dejando la estela difusa de mi vida. Poca cosa. Estas letras también son

señales dejadas en el mapa, las huellas silenciosas de un zorro caminando en la nieve de un parque, sobre el hielo amontonado y sucio de una avenida.

Puede que nada tenga sentido, pero sé que mi voluntad puede cambiar la vida de otra persona. Igual que en el pasado la suya, su voluntad, su capricho, su miedo o su deseo, modificaron la mía. Luis Bielsa. Aquel joven que fumaba en la terraza del café Zurich. Mis pies en el agua de la Barceloneta, entre la espuma y la arena. Unas conchas descoloridas rodaban con el oleaje, el agua borraba nuestras huellas. Caminé junto a él. Había habido guerras con millones de muertos, hornos humanos, campos de exterminio, hambre y devastación, un continente incendiado. Nosotros todavía respirábamos el humo de aquel fuego, pero éramos jóvenes. Allí, delante de unos vasos de vino, vestidos con unas camisetas blancas y unos pantalones rígidos por la sal, los tirantes dejando sus marcas en los hombros. La quemadura suave del sol. Bajo una lona naranja. Teníamos la vida.

Lo demás quedó mucho más atrás que el soplo de la brisa en aquellos días. Y fue más insignificante que aquella caricia de aire. Las ideas políticas, las palabras con las que pensábamos seguir moviendo el mundo en la misma dirección que lo habían hecho nuestros héroes revolucionarios. Por ellas, por esas palabras más que por lo que representaban, estábamos dispuestos a morir y a matar. Ese era nuestro compromiso. Y esa fue nuestra trinchera y nuestra locura. Solo bastaba una mala interpretación de ese compromiso, una vaguedad, un arrepentimiento leve, para estar al otro lado de la trinchera, para ser más enemigo que nuestros enemigos.

Los labios separados de una misma herida. Bielsa. El rastro de nuestras huellas, después de tantos años, vuelve a aparecer en esa playa. Aquí estamos. Toronto. Un periódico hablando de crímenes y una noche de primavera con las calles vacías. Volvemos a poner los pies uno al lado del otro. Puedo cruzar la calle y llamar a su puerta. Decir mi nombre. Sí. De un modo extraño y oscuro somos hermanos, el destino, la combinatoria matemática, nos ha querido juntos.

La mujer con abrigo de leopardo apaga lentamente un cigarrillo en un cenicero de plástico endurecido y se levanta. Petróleo. La noche y, quizá también esa mujer, huele vagamente a petróleo. Adivino su edad en la

desgana de sus movimientos. En esa derrota que lleva en los hombros y en no sé qué detalle de ínfimo descuido de la ropa o del peinado. Solo sé que la veo caminar hacia la calle y siento que se acerca al borde de un abismo.

OceanofPDF.com

Vera me miraba esta mañana desde el borde de la cama. En blanco y negro, como una fotografía. Al abrir los ojos seguía allí, con los brazos desnudos. Se fue borrando lentamente.

Soy un hombre que viaja en un tren y ese tren es mi vida. Voy por los vagones de mi pasado, retrocediendo, caminando hacia atrás mientras el tren avanza a toda velocidad hacia el futuro. Un tren cargado de gente. Los rostros cada vez son más nítidos a medida que me alejo del presente. Me miran esas caras de ojos penetrantes, y también miran al suelo y a las ventanillas nubladas por el vaho. Ven pasar vagamente estaciones nocturnas en las que ya saben que nunca podrán bajarse.

Esta mañana vino la mujer de la limpieza. Observé cómo levantaba las tazas labradas, los cuencos de cristal que habían sido de mi mujer. Pensé en las personas que tocarán mis cosas cuando yo esté muerto. Luego vi cómo entraba en el dormitorio y limpiaba el marco y el cristal con la fotografía de mi mujer. Ella no la reconoció. Pasaba una bayeta sobre el vidrio, por la cara sonriente de mi mujer, convertida en un objeto de decoración. Desde la puerta del dormitorio le pregunté si había encontrado mucho tráfico en la DVP y después, a bocajarro, para crearle desconcierto, para continuar viendo el rostro de mi mujer entre sus dedos, entre sus uñas anchas y pintadas de rojo, le pregunté si su madre vivía.

«¿Mi madre?».

Hice un gesto vagamente afirmativo. Me miró sin entender. Debe de tener algo más de cincuenta años. La cara ancha y algo descolgada, la piel basta. Respira con alguna dificultad. Los labios gruesos se escondieron durante un segundo dentro de la boca antes de volver a preguntar:

«¿Mi madre?».

Su dedo pulgar tapaba un ojo de mi mujer. La sonrisa de la fotografía se convertía de ese modo en una mueca extraña. La uña del pulgar era el

caparazón de un caracol pintado de rojo arrastrándose por el cristal, media amapola brillante. Podría haberme masturbado con esa imagen.

Todavía con la mirada puesta en mí, sin responderme, soltó el marco en su sitio. Me encogí de hombros y negué con la cabeza, indicando que no tenía importancia. Le pedí perdón y comenté, mirando al suelo:

«Estoy trastornado. Ha venido un amigo de España. Hace casi cuarenta años que no lo veía. Me han venido recuerdos».

Me sonrió, todavía algo desconfiada, y yo, después de volver a mirar la fotografía de mi mujer, invisible por un rayo de sol que se reflejaba en el cristal, y de pasar la vista fugazmente por los dedos gruesos de ella, que ahora sostenían la bayeta a la altura de su estómago, me dirigí a la cocina. Sabía que hoy iba a ser un día distinto. Quizá me lo hubiese advertido Vera desde el borde de la cama, mientras dormía.

En el autobús volví a pensar en Vera, y también recordé la cara y las manos de la mujer de la limpieza. Su boca grande y sus pechos respirando con dificultad. Sentí un asomo de pudor, allí, rodeado de gente que de vez en cuando ponía sus ojos en mí. En otro tiempo habría sentido que podían leerme los pensamientos. Ahora yo lo contemplaba todo como si le hubiera ocurrido a otra persona, a alguien que tenía poco que ver conmigo. El tiempo nos va distanciando de nosotros mismos.

Sabemos lo que somos. Somos conscientes de nuestra vulgaridad y en el fondo no nos estimamos mucho más que a cualquiera de las personas con las que nos cruzamos por la calle, esa gente que me miraba en el autobús. Algunos rostros vagamente conocidos. Moriré y ninguna de esas personas sabrá que he muerto. Y si lo supieran, si algún conocido les dijera, «¿Recuerda a aquel hombre delgado y silencioso que solía ir en el autobús de las 14:30? Ha muerto», se quedarían igual. Acomodados en sus asientos, sentirían lo mismo que si vieran doblarse un junco en el borde de la carretera.

El tiempo va convirtiendo los sentimientos en una materia difusa. Quizá sí, quizá amé a Vera. Quizá la amé verdaderamente y aquel anhelo que me impulsaba a estar a su lado no era solo deseo. Ni tal vez lo que después sentí fuese únicamente odio, ira por mi orgullo herido.

Los libros de neurología y neurociencia, los hombres sabios, Francis Crick, McCulloch y después Damasio, me dijeron que el amor es algo relativo. Una denominación para calificar movimientos celulares y conexiones neuronales. Yo me sentía propenso a acatar esa teoría, a ser un discípulo de la nada. Aún lo soy. «Un sentimiento depende de la actividad de varios sistemas cerebrales específicos que interactúan con varios órganos del cuerpo», leí hace unas semanas en el último libro de Damasio. Mi experiencia con los sentimientos también avalaba esa teoría escéptica, esquemática, sin alma.

El amor. La mujer de la limpieza, su uña pintada de laca barata activando mis impulsos neuronales. Aquella niña levantando su vestido de encaje bajo la sombra de los naranjos, abriéndose por primera vez ante un hombre. Qué sentí entonces, aparte de miedo y deseo. Qué me arrastraba. ¿Y aquella novia inocente que tuve antes de abandonar Málaga? María. La llamaba Carita de Fresa. Siento casi más vergüenza al evocar ese apelativo que al recordar lo que hice con ella.

Mis amores. Es un sarcasmo que Bielsa haya aparecido ahora, en este momento. Más allá de recordarme una o varias traiciones, ha venido para decirme con su presencia quién soy realmente, qué ha sido mi vida, y hasta lo que he sentido.

Hoy lo he oído hablar. He escuchado su voz, y bajo ese musgo tembloroso que parece envolverle las cuerdas vocales he reconocido a lo lejos la voz de aquel hombre que caminaba por el mundo como si el mundo nunca pudiera hacerle daño. Él también ha llamado de un modo ridículo a la mujer con la que hablaba. Mi Niña Malvada. Con esa voz. Hablándole a las mujeres de un modo tan distinto a como yo lo hice siempre.

Me he escuchado a mí mismo hablándole a la mujer de la limpieza. «¿Su madre vive?», y también he recordado cómo yo le hablaba a María. Nunca la vi completamente desnuda. «Soy decente», repetía. «Me casaré entera». Entera. Tenía una cara de pómulos anchos y barbilla picuda. Recuerdo el día que descubrió la propaganda que yo guardaba en el armario. Fue igual que si hubiese visto allí descuartizado el cadáver de un niño.

Se abrazaba a sí misma, y con los brazos rodeándose el pecho miraba la ventana y la puerta, temiendo ver entrar a la policía en cualquier instante. Me dijo que no quería volver a mi casa, puso en la mesa la llave que yo le había dado para que pudiese entrar y no me esperase en la calle cuando me demoraba. Le expliqué que aquel material era de un compañero de la fábrica textil, el Mandolina, un tipo atolondrado que le había presentado unos días atrás y que nunca en su vida había visto un pasquín subversivo. María tenía los ojos inocentes. Mientras volvía a meter la llave en su triste bolso me decía que yo no podía hacerle esos favores a ningún amigo. Me preguntaba si no sabía que me podían llevar a la cárcel por tener aquellos papeles en mi casa. «Carita de Fresa», le susurraba al oído, «No te preocupes, Carita de Fresa».

«Mi Niña Malvada, te oigo tan cerca».

Vi una señal de llamada. Vi parpadear el piloto rojo y el número de la habitación de Bielsa. Miré el tubo de mercurio. Esperé a que uno de los turistas estadounidenses abandonara el mostrador y levanté el auricular conteniendo el aliento. Fue como entrar en una habitación desconocida. Oí la voz de una mujer joven que decía:

«Sí. Pero mañana. Anoche estuvimos en el Saint-Rémi y después Amanda ya no quiso ir. Y Alfredo menos».

«Está mayor, mucho más que yo, Alfredo», se adivinaba la ironía en la voz de Bielsa.

«No. Vive en calle Iradier. Justo al lado, y dice que trabaja mucho, que madruga».

«Yo también madrugaría para verte. Se me hace tan largo este viaje. Y ver a esta gente. Todo tan lejos».

«¿Te tratan bien?».

«Es el viaje más largo que he hecho nunca», el musgo envolvía casi por entero la voz de Bielsa, se hacía casi inaudible.

«¿Te has arrepentido?».

Silencio.

«¿Te has arrepentido de ir?».

Bielsa continuó en silencio. Imaginé la habitación, a él sentado en el borde de la cama, su figura recortada contra el papel pintado de la pared. Le

sobrevino una tos débil.

«No, era mi deber. No lo sé. Cuando vuelva a Barcelona lo sabré. Cuando vuelva a verte, a estar con los míos. Son extranjeros, esta gente. Así los siento, no lo puedo evitar. Será el cambio de horas, aunque más que horas parece que me han cambiado los años, que estoy en otra década», intentaba recuperar el humor Bielsa, ser amable, pero en sus palabras se notaba una pesadumbre de la que le costaba desprenderse.

Levine, mi compañero, apareció por la puerta de la cafetería. Se detuvo un instante a hablar con un cliente y siguió caminando hacia el mostrador. Ya desde antes de llegar me preguntó si yo había reservado dos habitaciones para cuatro personas de Vancouver. Bajé el teléfono, tapé el auricular y le respondí que no con una mueca y con un susurro. Levine se quedó por fuera del mostrador. Tamborileó allí con los dedos, fingiendo nerviosismo.

Empecé a tomar una conciencia clara de lo que iba a hacer. Ya lo sabía. Y pensé que nunca, desde el primer instante en el que había visto a Bielsa días atrás, lo había dudado, que siempre había sabido cuál era mi decisión y que esa duda con la que había coqueteado a lo largo de aquellos días no había sido más que una forma de sopesar el pasado.

Levine hizo un gesto negativo con la cabeza y se alejó, protestando en voz baja. Volví a levantar el auricular, volví a escuchar la voz de Luis Bielsa.

«Mi Niña Malvada, te oigo tan cerca».

«Te empeñaste en hacer el viaje solo».

«Tenía que ser de este modo».

«Tenía que ser de este modo», la mujer se burlaba un poco de él.

«Sí. O eso pensaba cuando estaba en Barcelona. Ya sabes. El reencuentro con el pasado, en parte también con uno mismo, con los viejos compañeros. Gente con la que te jugaste la vida».

Me dieron ganas de interrumpirlo, de preguntarle por qué gente se había jugado la vida, a cuántos se la había segado. La mujer seguía respondiéndole:

«Ya sabes lo que te dije. Ahora no protestes ni hables de niñas malvadas. Eres un testarudo. Todo esto era previsible», la voz de la mujer

fluctuaba, a veces parecía realmente joven, veinticinco años, y otras se convertía en la voz de alguien que podía tener el doble de esa edad.

«Tú no sabes, Mi Niña, tú no sabes. No, no sabes».

Levine volvió a aparecer por el mismo lugar, ahora venía acompañado por el director. Se acercaban. Colgué el auricular con mucho cuidado. Resolví con el director la cuestión de los cuatro viajeros de Vancouver. Y mientras lo hacía vi cómo se apagó el indicador rojo del teléfono. Bielsa acababa de colgar. Hacía una tarde hermosa. La luz del día se prolongaba y doraba las vidrieras, incluso el asfalto por el que marchaban alegres los automóviles, llevados por la luz y el silencio.

«Gente con la que te jugaste la vida». Bielsa continúa disfrazando la realidad del mismo modo que en el pasado, solo que ahora la pose cínica, casi jovial, de otro tiempo se le había llenado de zonas penumbrosas.

Pensé en lo que quería decir con aquella frase. «Tú no sabes. No, no sabes». Quizá fuera una remota confesión y encerrase algo parecido al remordimiento. Pensé que quizá entre esas palabras flotaría la sombra de Vera, o incluso la mía propia. O tal vez solo fuesen palabras huecas para ahuyentar la confusión y el cansancio, o para cubrir con un poco de más misterio su leyenda personal, probablemente erosionada, insignificante para quienes ahora vivían a su lado.

Para Bielsa también corre el tren de la vida. No importa que él nunca haya retrocedido voluntariamente por el interior del convoy que lo lleva, que no haya querido entrar en los vagones donde van sentados los cadáveres, los fantasmas y la gente que viajó a su lado en otro tiempo. Su visita a esta ciudad le ha supuesto despertarse en medio de uno de esos vagones. Ha abierto los ojos y se ha visto rodeado por el pasado. El verdadero, no el que había ido fabricando en el interior de su cabeza y había propalado a su alrededor. Levantando un palacio con aquellos escombros.

Tal vez la reconstrucción de su vida se haya tambaleado por un instante. Tal vez. Pero solo será por un instante. Bielsa es un experto a la hora de recomponer el rumbo de la existencia. Ha ido adaptándose sin inmutarse a una multitud de cambios y etapas distintas. Su vida burguesa en la República, la Guerra Civil, el exilio dorado en Francia y tal vez alguna escaramuza llevada a cabo al lado de los partisanos franceses, su nueva

etapa en Barcelona en los años cincuenta, en aquella clandestinidad en la que yo lo conocí, de nuevo Francia, y después, supongo que tal vez alguna temporada en el extranjero, tal vez París, y de nuevo y ya definitivamente Barcelona.

Y a la par habrá ido reconstruyendo una y otra vez su vida sentimental. Nunca habrá dudado de la naturaleza de los sentimientos. Los habrá visto mutar y él mismo se habrá metamorfoseado con ellos. Habrá sentido cómo se consumen y vuelven a renacer, pero nunca se habrá cuestionado nada más. Si acaso habrá pensado vagamente en su necesidad de relacionarse de modo íntimo y cambiante con nuevas personas. Habrá divagado sobre el proceso azaroso de la vida. Solo eso.

Con esa falta de reflexión, apoyado en ese espíritu frívolo, habrá ido realimentando su vida. La mujer con la que antes hablaba quizá sea la de su segundo o tercer matrimonio, un puerto medianamente cómodo en el que refugiarse para acabar los días. Aunque también podría tratarse de su hija. Puede serlo. Habrá tenido hijos. Claro, y será gente próspera, arquitectos, abogados, importantes profesionales perfectamente integrados en la sociedad española. Mi Niña Malvada.

Carita de Fresa. Málaga. Sus ojos asustados, mirando a los policías que la sacaban esposada de mi casa. Aquel día me había retrasado un par de horas. Al salir de la fábrica había tenido una reunión con algunos miembros del comité y luego me había quedado tomando unos vinos con Manolito Corpas, el Peluquero. Recuerdo que hacía frío y que caminaba apresurado cuando al doblar la esquina vi un coche de policía atravesado en la entrada de la calle Don Cristián. Aminoré el paso, había gente asomada a las ventanas. Justo cuando llegaba frente al portal de mi casa vi salir a María escoltada por dos uniformes grises. Tan pálida.

Pálida por el miedo y pálida por su naturaleza. Palidez sobre palidez, se notaba que al mirar a los policías, a los curiosos, al mundo, no veía nada de lo que miraba. Caminaba como si los tobillos se le hubieran reblandecido. Temí que me viese, que algún conocido hiciera un gesto sospechoso al reconocerme. Entre los curiosos habría algún policía de paisano, escuchando los comentarios, algún nombre susurrado. Me bajé la gorra y con las manos metidas en los bolsillos reemprendí la marcha, ahora en

dirección contraria al coche hacia el que llevaban a María. Pálida, inocente. Carita de Fresa.

Dos días después salí hacia Barcelona. Nunca más volví a verla. No supe si la encarcelaron o no. No le escribí ni tampoco llamé por teléfono al bar de su padre para conocer su suerte. Tierra quemada.

Sí. Mi vida es un tren que avanza en la noche. Lo recorro de un lado a otro y apenas encuentro otra cosa que material de desecho y algún rincón donde todavía alienta el calor, algo parecido a la dulzura. Soy una sombra que la gente ve recortada en la luz de las ventanillas. Alguien sin cara. Un desconocido que mira a otra parte. Tengo la sensación de que siempre he viajado en uno de esos asientos que van de espaldas a la marcha del tren, viendo lo que ya ha quedado atrás, lo que otros ya vieron y ya no se puede recuperar.

Puede que ahora también Bielsa sepa en qué consiste este viaje. Él también ve pasar las estaciones en la madrugada, borrosas por la velocidad, y sabe que el tren nunca se detendrá, ni en esas estaciones ni en ninguna parte. Y puede que sospeche algo. Que antes o después acabarán encerrándolo en el furgón de cola, en compañía de todos sus fantasmas.

Un día de sol. La señora Iris y una amiga están sentadas en un banco, al borde del pequeño parque que hay al final de la urbanización, allí donde los senderos de grava y el asfalto de la carretera empiezan a dejar sitio a los prados y a los caminos blandos de tierra oscura, mullida. Van vestidas de modo juvenil, con unos rizos blancos, suavemente azulados, adornando sus cabezas. La amiga de la señora Iris lleva unas zapatillas deportivas, blancas, y un pantalón de chándal color aguamarina. Con los aros olímpicos dibujados en el muslo izquierdo.

Una mañana de sol. La sangre derramada tiene una densidad y también un olor distinto en los días de sol. El sonido de los disparos es también más diáfano, casi alegre. Todo es menos trascendente y un poco menos dramático en los días de sol. Son posibles los espejismos. Lo pienso mientras saludo a la señora Iris y ella me presenta a su amiga, que apenas puede mover las caderas al tratar de incorporarse para darme la mano. Apoya los dedos nudosos de su otra mano en la empuñadura de un bastón que resulta demasiado señorial en comparación con el resto de su indumentaria.

«*It's a beautiful day*», los dientes, entre verdosos y grises, parecen una roca desgastada en la boca de la mujer. La brisa le estremece los rizos ralos, igual que la vegetación endeble, aunque bella, de una tierra muerta. «*Really. It's a beautiful beautiful day*». Miro al horizonte, respiro ostensiblemente para corroborar que estamos en mitad de un día hermoso y que la vida nos sonríe.

Las ardillas corretean al pie de los árboles, hurgan entre la hierba en busca de alimento. A veces se quedan erguidas y quietas, escuchando algo que nosotros no podemos oír. Hay una de ellas aplastada justo en el punto donde acaba el asfalto. La cola en forma de plumón es estremecida por la

brisa, el resto del cuerpo tiene la apariencia de un higo pisado. Rojo moteado de pequeños grumos blancos. Es mi día libre.

Me despido de la señora Iris y de su amiga. Les deseo un buen día y camino por la grava sonora del sendero. Recuerdo la mancha multicolor de la gasolina, aquella mancha que había en el asfalto brillando justo delante de mis ojos. Me habían tumbado boca abajo en el suelo y alguien que yo no veía apretaba con fuerza su rodilla contra mis riñones. Tuve un instante para apreciar la belleza de aquellos colores que viraban bajo el sol. Azules, amarillos, verdes, violetas.

Si Rojinsky hubiera tenido tiempo de ver su sangre derramada en la tierra, salpicando las hierbas, tal vez hubiese tenido un pensamiento parecido al mío y quizá hubiese recordado esta tierra, estos árboles. La belleza en mitad del dolor y del miedo. Algo a lo que aferrarse. Por un instante pensé entonces que quizá también a mí me iban a matar y que aquellos reflejos serían la última imagen que llegaría a mi cerebro antes de apagarse.

Canadá. Esta patria. O algo parecido. Un lugar para el hombre. Es tan agradable el sonido de la grava bajo mis zapatos. Una música que envuelve mis pasos, que les da sentido, orden. Los músculos de mis pies, las venas y los tejidos, la pierna entera, los latidos del corazón incluso, se dejan llevar por ese ruido que me acompaña bajo este día de sol y primavera.

Ha llegado el momento justo de la muerte. «Ha llegado el momento justo de la muerte», me dice una voz interior. «Me moriré, me moriré», repetía la voz del cliente que visitaba en el hotel a la prostituta de origen alemán. Me acuerdo de Rojinsky, de su risa estruendosa y su cara de niño grande.

Los pájaros se deslizan con suavidad por el aire. Su vuelo es una navaja muy afilada que corta el azul del aire. De niño, yo ayudaba a matar pájaros como esos que ahora parecen suspendidos del cielo y alegran la mañana de los ancianos y los niños. Manchas de gasolina, pájaros, hierba mecida por la brisa. Aquellas noches andando por las veredas oscuras al lado de Daniel. Caminé al lado de muchos hombres, pero no recuerdo las caras de muchos de ellos. Caminé al lado de Robert Rojinsky una mañana parecida a esta, en otro continente, antes de saber cómo era este país, antes de ver las cartas

que la vida me había echado. No eran un gran misterio esas cartas. Ahora ya nada parece misterioso.

Esta era su patria, la patria de Rojinsky. Abandonó este mundo pacífico en busca de la guerra y el sufrimiento, su felicidad. El cuerpo humano realiza a lo largo de la vida trescientas mutaciones perversas para su salud. Las células de nuestro organismo dan trescientos pasos hacia el caos. Hacia su propia destrucción. Rojinsky se enroló en las Brigadas, peleó contra los alemanes, volvió a España para asaltar bancos y derrocar la dictadura, para buscar la justicia. Para vivir. Y cada vez que llegaba a Canadá salía de aquí repelido. Necesitaba horizontes más estrechos. Un laberinto de callejuelas pobres, tabernas mal alumbradas, incertidumbres, escaleras sombrías, riesgo y habitaciones sin ventanas frente a este esplendor sereno que lo desequilibraba. Otra clase de libertad.

Yo no supe de dónde salieron los primeros policías, quién dio la primera voz ni quién apretó por primera vez el gatillo. Hacía sol. Rojinsky y yo nos habíamos reunido con Sebastián Pasos y Michelena en el Borne. Recuerdo que a pesar del calor, Pasos llevaba una pelliza gruesa, con un cuello de piel oscura. Imaginé que era para ocultar algo. Vera nos esperaba en la parada del autobús que habría de llevarnos a Badalona.

Camino bajo los árboles. Se mecen sus ramas sobre mi cabeza. Todo tiene la apariencia de la paz. Pero vuelvo a oír esa frase en el interior de mi cerebro. «Ha llegado el momento justo de la muerte». Nadie dice esas palabras, no recuerdo habérselas oído pronunciar nunca a nadie, pero ahí están, deslizándose por la corteza de mi cerebro. Son un pez nadando en agua tibia.

Rojinsky y yo fuimos caminando juntos hacia el Borne. Ya sabíamos que Bielsa no vendría con nosotros. Nos había abandonado. En el cristal de una ventana nos vi pasar a los dos y pensé que estábamos hechos de humo y que habíamos vivido en otro tiempo y ya solo éramos fantasmas.

«No es momento de odios ni reproches entre nosotros», me dijo Rojinsky. «Ya sabemos por qué se ha ido. Demasiado endeble».

Me detuve. Se sonrió con los dientes grandes, el bigote descuidado. También me detengo ahora, pero ya no hay nadie a mi lado. Se acaba el parque y me encuentro con los primeros edificios de la urbanización. La

marquesina brillante y limpia del supermercado con sus colores resplandecientes bajo el sol. Hay hojas tiernas en los árboles.

«Somos hombres», a Rojinsky se le borró la sonrisa, me miraba fijamente. «Somos hombres y tú sabes lo que debes saber. Lo demás no importa. Vera, las mujeres. Sabes cómo son las cosas, cómo es ella».

Rojinsky iba a morir antes de una hora. Y estaba allí mirándome.

«Olvídate. Yo también tuve tentación de darle un escarmiento a Bielsa. No quise volver a verlo. Vino a mi casa dos días después de aquella noche en el Paralelo. No le abrí. Usé todas las maldiciones que he aprendido. Oí cómo bajaba la escalera. Pero al final Bielsa nos da su dinero. Vamos a coger esas armas y a vivir un tiempo con ese dinero. Somos hombres para eso y para todo».

«Sí. Sí», susurré, fingiendo resignación, deseos de olvidar.

Aquella mañana vi pasar el mar por la ventanilla del autobús. Un destello luminoso, casi azul. Y luego se quedó allí el perfil de Vera, recortado contra el paisaje de casas y zonas baldías, el humo saliendo lento de sus labios. «Sí. Sí». Ya estaban todas las palabras dichas. Todas las palabras de mi vida. Después creo que solo hubo ecos. Un eco sobre otro.

Los pasillos del supermercado también están vacíos. Igual que mi casa. Los recorro en silencio. Suena de fondo una leve música oriental. Siento que las notas salen de detrás de las botellas de *whisky*, de los botes de legumbres en conserva. Toco el vidrio de un bote esperando sentir una leve vibración, pero solo noto el frío del cristal. Meto el bote en mi carrito. Lo empujo. Siento miedo, me late el corazón. Camino igual que los camilleros en la morgue.

Aquella mañana, en Badalona, nos apeamos en la penúltima parada del trayecto. En el autobús solo quedaba una mujer con un niño pequeño. Con nosotros bajó un pasajero que había viajado todo el tiempo con la frente apoyada en el cristal, adormilado. Tenía barba de varios días y una pernera del pantalón rajada por detrás. Pensé que era un expresidiario. Me apartó la mirada y dobló la primera esquina a la derecha. Al alejarse susurraba una copla flamenca entre los dientes.

Caminamos por una calle terriza. Era una calle con las casas desiguales y mal alineadas. Puertas verdes. El primer calor de la primavera. Había

matojos y cristales brillando por el suelo. Sebastián Pasos y Michelena iban delante, Vera caminaba sola. Rojinsky y yo íbamos detrás de ella. Me deslumbraba el sol rebotando en las fachadas blancas.

Cuando desembocamos en la explanada vimos al fondo, casi pegada a una tapia, una furgoneta de color verde claro. Había sábanas tendidas en las azoteas. Una perra escuálida y con las tetas abultadas cruzaba el descampado con el hocico a ras del suelo y el rabo escondido. Pensé en qué agujero, en qué bidón destripado estarían sus cachorros.

«Aquí es», dijo Michelena volviéndose hacia los que íbamos detrás. Me miró con cara de sueño.

La perra pasó cerca de nosotros. Era de color rojizo. Tenía el hocico despintado y los ojos amarillos. Es un recuerdo exacto.

«Es raro», me pareció oírle decir a Sebastián Pasos. Me pareció oírsele decir entonces, o esa noche, al recordarlo todo en la celda de comisaría.

Rojinsky avanzaba ahora delante, decidido.

«Es raro».

El sol, los cristales brillando. Un crujido en el aire.

«¿El qué, raro?», dijo Vera. Sus ojos negros. Todavía tuve tiempo de apreciar su belleza.

Un hombre asomó por detrás de la furgoneta. Rojinsky siguió caminando.

Me detengo y veo el reflejo del sol brillar en las hojas de los árboles, en el cristal de la puerta del supermercado. La música oriental ha cesado. Ahora solo se oye el zumbido de la electricidad saliendo por todos los poros de las paredes. Un hombre ciego y un niño vienen cogidos de la mano por el pasillo de las galletas y los bizcochos.

Rojinsky siguió avanzando por la explanada.

«Eh, eeh», Sebastián Pasos se detuvo con brusquedad. Susurró otra vez, «Eeh» y se desabotonó el cuello de la pelliza.

Michelena miró a su alrededor. Había cambiado su cara somnolienta por una expresión de miedo. Vi una sombra entre las sábanas de la azotea más cercana. Una sombra deformada, un juego chinesco. Y luego entreví un uniforme.

Sebastián Pasos se acabó de abrir la cazadora. Hubo un pitido, lejos. Una voz en mi oído.

«Eeeh». Un jadeo.

«¡Eeeh!», Pasos, ahora sí, gritó, pero Rojinsky seguía caminando.

Cuando vi la escopeta recortada en las manos de Pasos ya había sonado el primer disparo, o sonó justo en ese instante.

La luz del día se rompió. Estalló y sus fragmentos resplandecían por todos lados.

Unos hombres salieron del interior de la furgoneta. Vi uniformes en las azoteas de varias casas. Los ojos de Vera borrados por un empujón, por un movimiento brusco. La cara de Michelena tenía ahora una expresión de burla, casi de risa.

Sonaron dos, tres disparos más. Corrí. Me parecía que el corazón me latía desbocado desde hacía mucho tiempo. Intenté acercarme a Vera, choqué con ella, noté su aliento de tabaco, agrio, una bocanada de miedo, y un instante después ya estaba lejos de mí, corriendo hacia una de las tapias. Le grité, la llamé. La escopeta de Sebastián Pasos disparó al lado de mi cara. Todo mi cerebro se convirtió en tímpano. Noté el calor, el humo de la pólvora entrándome por la garganta.

La cajera me mira con ojos dóciles. Coge mi tarjeta y yo miro sus uñas lacadas de rosa. El disparo de Pasos. Vi sangre entre las sábanas. Rojinsky corría por el descampado. Con el movimiento de mi propia carrera, al principio no supe en qué dirección avanzaba Rojinsky. Yo también corría, hacia las calles de donde veníamos. Rojinsky disparaba y sus disparos sonaban como el petardeo de los niños. También su voz. Dos coches de policía avanzaban hacia nosotros por la explanada. «Ha llegado el momento justo de la muerte», sigue diciendo una voz dentro de mí, en mitad de esta calma.

Unas siluetas, probablemente con uniforme, se acercaban a Vera. Su sonrisa, mi boca en su pelo, el ruido de las baldosas en el Raval. Su cuerpo apoyado contra la pared desconchada de mi casa, al lado de un plato con cerezas que tal vez nunca habían existido. Mi amor, mis sentimientos. Esa locura. Corrí. Corrí hacia una de las calles que desembocaban en la explanada. Tanta luz. Miré atrás antes de doblar la primera esquina. Vi la

pistola de Rojinsky agitándose en el aire. Michelena estaba en mitad del descampado, inmóvil, con los brazos caídos.

Cruje el papel de la bolsa entre mis brazos. Llevo mi comida al lado de mi corazón, ahora tan tranquilo. Sebastián Pasos y yo corríamos por las calles que salían del descampado. Policías. Un disparo. Oí la voz de una mujer en una ventana, llamaba a alguien, a un niño. Tal vez oyese un llanto y un grito.

Un día azul, de primavera. Mañana levantarán un monumento a los héroes. Mis zapatos acarician la hierba suave que crece en el borde del camino. Corrí por las calles. Sin ver a nadie. Solo oí a Sebastián Pasos gritar detrás de mí y también un nuevo disparo de su escopeta. Dijo mi nombre y miré.

Árboles, vida, animales corriendo por el prado, ardillas y perros amaestrados, la savia en las venas de las hojas, ancianas vestidas con colores llamativos. Camino entre automóviles aparcados, relucientes. Mañana levantarán una lona amarilla y debajo habrá una nueva mentira. Sebastián Pasos dijo mi nombre y yo miré atrás. Lo vi caído en el suelo, con sangre en las manos y en el vientre, sangre derramada en el suelo, como si llevara tiempo allí tirado, desangrándose. Su escopeta estaba en mitad de la calle y un policía se encontraba caído boca arriba algo más allá, completamente inmóvil salvo los espasmos descontrolados de una pierna, nuevos policías entraban por la calle. Doblé la esquina, corrí.

A lo lejos, casi borradas por la luz, caminan por en medio del parque la señora Iris y su amiga, apoyada en el bastón, encorvada. «*It's a beautiful day*». Su organismo habrá dado ya más de doscientos noventa pasos en busca del final.

De pronto oí el silencio, y flotando en el silencio algunas voces lejanas, motores, en otras calles, tal vez en el descampado, que ya no sabía en qué dirección se encontraba. Los sonidos latían en mis sienes. Estaba solo. Me detuve a respirar, para calibrar el dolor agudo del oído, y de nuevo oí golpes, carreras en las azoteas que había sobre mi cabeza. A lo lejos vi cruzar al hombre del pantalón roto que había venido con nosotros en el autobús. Corría y llevaba una pistola en la mano. Policía.

Sentí un golpe muy fuerte en la cabeza, en el costado. Se derrumbó la calle, vi el cielo rodar, me arrastraban, recibí otro golpe.

Estaba acabando de comprender que el hombre del pantalón roto era un policía cuando recibí aquellos golpes de porra o de culata y vi la calle desde el suelo. Estaba boca abajo y alguien tiraba de mis brazos hacia atrás. Vi unos zapatos negros a mi lado, la tirilla roja de un pantalón gris. Mareo y vértigo. No entendía lo que gritaban encima de mí, había jadeos. Volvieron a tirarme de los brazos hacia atrás, para rompérmelos, oí un ruido metálico, un crujido de muelles, una presión en la nuca. A mi lado, en el suelo, vi el arcoíris de una mancha de gasolina, sus colores virando dulcemente. Amarillo, azul, violeta y verde con diminutos capilares rojos.

Canadá, las prisiones. Este mundo. Cadáveres surgiendo del hielo en el arranque de la primavera, rascacielos de vidrio, pantallas de televisión de diez metros incrustadas en las paredes y zorros que caminan por las avenidas en mitad de la noche. Mi vida.

Aquella mancha de gasolina delante de mis ojos, los pájaros agonizando en mis manos antes de meterlos en la bolsa, soltando pequeños plumones que se pegaban a mis dedos con aquella sangre viscosa. Notaba allí dentro su aleteo endeble, al lado de mi cadera, mientras apuntaba con el foco de luz a otro pájaro deslumbrado. Hay trescientos giros hacia la muerte. Trescientos pasos que pueden verse interrumpidos, precipitados, si alguien, en la noche, nos alumbra con una linterna.

Yo, esto que soy yo, caminando bajo una bóveda de árboles. El cuerpo, esta fábrica de sentimientos. Esta factoría inmensa de escrúpulos, miedos y anhelos cambiantes. Pensé que iban a matarme, allí tirado. Y pensé cuánto tiempo, cuántos segundos o fracciones de segundo, seguirían doliéndome los brazos y la espalda antes de hundirme en la nada. Pero solo sentí un tirón en el cuello, luego una nube que me envolvía, un nuevo dolor expandiéndose desde los dientes por toda mi cara. Alguien había pisado con violencia mi cabeza, me la había golpeado contra el suelo.

Me levantaban con las manos atrás, los labios reventados y la boca sangrando. El dolor del oído. Quise mirar atrás. Ver la mancha de gasolina. Saber si la había imaginado o si era verdad que había visto aquellos colores. No pude. Todo tan ridículo como eso. Me empujaban, esposado. Ya solo

sentía el dolor del oído, pero no tenía miedo, solo cansancio, una debilidad que derivaba hacia algo parecido al sueño. Oía a lo lejos los quejidos de Sebastián Pasos. Estaba apenas a tres o cuatro metros de mí, pero su voz me llegaba a través de una pared, de un cristal borroso. Los policías también hablaban. Volvieron a empujarme y traté de no pisar la sangre del suelo.

El sol estaba alto en el descampado. Un hombre de paisano gritaba cerca de la furgoneta, daba órdenes y maldecía, furioso. La perra escuálida que se había cruzado con nosotros estaba tendida en mitad de la explanada, inmóvil sobre un pequeño charco de sangre. Un coche patrulla humeaba con el capó abierto. Me llevaban hacia él. A través del reflejo de sus cristales vi a Michelena y también a Vera, doblemente desdibujada por los brillos del cristal y por la falta de luz del interior. Otros dos coches habían llegado desde el fondo de la explanada. Entreví la cara del juez Bernardo Burín en el interior de uno de ellos. Allí estaba, inmóvil, su silueta rígida, probablemente mirándome.

Me giré levemente y vi los pies de Rojinsky detrás de uno de los coches. Unos zapatos marrón claro apuntando al cielo. Dos miserables monumentos fúnebres agujereados por las suelas. Una de las perneras del pantalón estaba subida hasta la rodilla, un calcetín celeste. La piel blanca de la pierna, sin vello, recibía mansamente el calor del sol. Adelanté el cuello. En la tierra, a la altura de su vientre, ya aparecía la mancha oscura, marrón con brillos rojos, de la sangre. Y luego vi el pecho y los hombros cubiertos de aquella sustancia roja y pegajosa, aquel olor que yo sentía bajar por mi garganta. Rojinsky estaba boca arriba, en una postura extraña, tenía un brazo perdido bajo la espalda, el tronco doblado. Hablaban los policías, a lo lejos volvía a gritar el jefe de paisano. El hombre del pantalón roto, todavía con la pistola en la mano, miraba a la perra muerta, tanteaba su cuerpo con la punta del pie.

Rojinsky miraba al cielo con un solo ojo, el otro había dejado en su lugar una oquedad oscura, casi negra, ensombreciendo aquella mitad de su cara. Me pareció que su lengua se movía, que era la lengua lo que se estaba muriendo. El bigote de color naranja, pastoso de sangre, parecía repentinamente postizo y su cara de niño tenía una mueca entre risueña y desesperada.

Canadá, los héroes. Esta era la vida. Aquí estaba nuestra suerte retratada. Cuatro hombres y una mujer bajo el sol. Muertos, heridos, presos. Ya estaban todas las palabras dichas y las cartas levantadas sobre la mesa. Apretaba el calor y yo volvía a sentir un mareo leve que aumentó cuando me metieron en uno de los coches y una bocanada de calor, de olor a escay recalentado y a gasolina, a tabaco antiguo, me envolvió. Se mezclaba en mi piel el sudor frío con otro que yo imaginaba más líquido y caliente y que empezaba a humedecerme la ropa y la piel del cuerpo entero.

Entorné los ojos, reposé la cabeza en el asiento caliente. Deseaba que me llevaran a comisaría, que me sacaran de aquel descampado y de aquel coche en el que pronto vomitaría, que llegase la noche para dormir en un calabozo que anhelaba solitario, sin que me desnudaran ni me golpearan para ablandarme de cara a los interrogatorios del día siguiente. No había hecho más que inaugurar una espera infinita de pequeños sucesos, de trámites insignificantes y logros minúsculos que se prolongarían lentamente a lo largo de tres mil quinientos días y tres mil quinientas noches. Casi nueve años y medio para ser devuelto, perdido, torturado y desvalijado, al carrusel del mundo. Estaban a punto de sacarme de él, y tal vez ya nunca volviese a ver de nuevo su luz. Aún hoy todavía dudo de que lo haya hecho, de que alguna vez verdaderamente haya retornado al mismo mundo que ese día abandoné.

Canadá. Este sol de ancianos, este paseo y estos alimentos que llevo abrazados a mi pecho. El sustento para mantener con vida mi organismo y prolongar los recuerdos. La memoria es otro alimento y de él, igual que del contenido de estas latas, de estas legumbres y trozos de carne, me he ido nutriendo a lo largo de todo este tiempo. Sin sacar los recuerdos a la luz, sin mencionarlos ni darles nunca forma ni expresión. Sin hablar jamás de ellos. Pero ahí han estado, inyectando minerales y proteínas a las raíces más oscuras de mi pensamiento.

Igual que los árboles y los arbustos. Así me he alimentado durante casi cuarenta años. Hasta que hace cuatro días, mientras miraba distraídamente los reflejos de mi tubo de mercurio, Luis Bielsa apareció a mi lado y con voz de anciano dijo su nombre.

Brillan en silencio las luces. Las casas parecen habitadas por fantasmas. Igual que mi pasado. Esta vida de seis décadas y media se resume en unas cuantas palabras escritas por la noche. Brillan las luces de las ventanas en el silencio de los edificios igual que las estrellas en la oscuridad del cielo. Unas y otras se encuentran a la misma distancia de mí, de esta mano que levanto y extendiendo en el aire de la habitación. Tal vez todo lo que me llega desde esas ventanas también esté muerto hace tiempo y esa luz que ven mis ojos ya no exista más que en mi retina, en mi imaginación anegada de alucinaciones y de información equivocada.

El agua se deslizaba por aquellas otras ventanas. Nos juzgaron en invierno. Había hilos de agua deslizándose por los cristales. Hebras de agua formando un lenguaje secreto en el vidrio. Las luces de la sala estaban encendidas y uno tenía la sensación de que estaba perdiendo la vista, que la penumbra, a pesar de esas luces mortecinas que nos alumbraban desde el techo, iba ganando terreno dentro de la sala y dentro de cada uno de los que allí nos encontrábamos. En Barcelona, a principios de 1958.

El juicio fue otra de aquellas fronteras que se dibujaban en el horizonte y que al ser alcanzadas constataban el paso del tiempo. Solo que una vez llegado a ellas, en sí mismas esas fronteras también constituían otro obstáculo que se alargaba y se subdividía en numerosos y eternos fragmentos, en nuevas aduanas en las que se nos iban quedando las horas, los días, la vida. Aquello también formaba parte del castigo.

Así lo sentí a lo largo de cada uno de aquellos días, allí sentado, oyendo voces que en un principio intentaba seguir sin perder ningún detalle, la más leve entonación irónica o despectiva, y que pasadas las primeras jornadas me producían un vago sopor entre el que algunas veces oía mencionar mi nombre. La sala, tal vez la madera de los bancos y los escasos muebles, olía

igual que la iglesia a la que el hombre con el que se casó mi madre me llevó alguna vez. Cera, polilla, suelos que parecían fregados con agua sucia.

Mi nombre pronunciado por aquellas lenguas que asomaban, rojas y largas, entre unos labios rodeados de púas mal afeitadas de color gris y blanco. Bocas blandas, labios oscuros, morados, que pronunciaban el mismo nombre que habían pronunciado la boca limpia, cruel y bella de Vera, los labios voluntariosos de mi madre, el soplo ahogado de aquella joven, Carita de Fresa, que abandoné en Málaga. Ese nombre corrompido en unas bocas que solo buscaban mi culpa, mi silencio y, de un modo o de otro, mi muerte.

Allí estaba Vera, callada, con su pelo recogido en la nuca y ataviada con un vestido pobre. Me miró fijamente el primer día, cuando la introdujeron en la sala y pasó delante de mí. Una mirada fría. Nunca volvió a hablarme hasta el día en que nos leyeron la sentencia. Tal vez hubiese engordado un poco, o tal vez fuese la ausencia de maquillaje lo que le hacía las mejillas más redondas. Nos sentaron a cada uno en un extremo del banco. A Sebastián Pasos y a Michelena en medio.

Yo miraba los hilos de lluvia bajar por los vidrios en unos quiebros repentinos. Había una malla de alambre cubriendo los cristales por fuera. Entre los alambres, mientras los jueces y abogados hablaban confusa e interminablemente, yo veía cómo el cielo bajaba y se hacía cada vez más plomizo. Veía tejados, cables, chimeneas de las que a veces salía un humo más blanco que las nubes. Y veía las ventanas de otros edificios. Siluetas recortadas en los visillos, alumbradas por la luz eléctrica. Gente libre flotando en un mundo en el que había hijos, libros, cuadros, llamadas de teléfono, inconsciencia del paso del tiempo. Aquello que quizá ninguno de nosotros volvería a tener. Lo que yo apenas había tenido nunca.

Estoy aquí sentado, delante de otra luz, en otro lugar del mundo, pero respirando el mismo aire de siempre. A veces tengo la sensación de habitar dentro de un decorado falso. Que hay ventanas tapiadas detrás de los muebles, paredes de ladrillos desnudos bajo los cuadros, el inicio de una cueva oscura bajo la cama en la que duermo y en la que a veces sueño que estoy en una prisión que se llama Canadá. Es una cárcel en la que los límites son imprecisos y donde a través de intrincados pasadizos puedo ir de

una celda a otra, de un patio a otro, incluso de una cárcel a otra, de modo que a veces, en mitad del sueño, tengo la impresión de que unos carceleros invisibles me vigilan y de que me encuentro en los límites de una dudosa libertad. Y con esa sensación me despierto y miro el mundo que me rodea.

Esos son los verdaderos grilletes que uno siente cerrarse alrededor de sí mismo la primera vez que lo dejan solo en una celda. En ese momento acabamos de descubrir que el infierno ya siempre viajará con nosotros. En lo hondo de nosotros mismos sabemos que han arrojado a un pozo la llave de esa cerradura que oímos crujir al otro lado de la puerta. Sentimos que una parte de nosotros siempre se quedará allí y nunca volverá a ser libre.

Escribo bajo la luz cálida de una casa confortable, escribo con letra menuda bajo la mirada atenta de unos cuantos espectros y bajo el resplandor parpadeante de un televisor del que brota un murmullo casi inaudible. Noticias, publicidad, disparos, mujeres con pelo reluciente corriendo por un prado. Niños con hambre y huracanes. Escribo para saber si verdaderamente existo, si mi conciencia, a pesar de que las palabras de los científicos la nieguen, existe. Para intentar saber si en mi vida fue más importante aquel hombre con el que se casó mi madre o el aleteo de unos pájaros moribundos, Michelena o el zigzag de unas gotas de agua bajando por un cristal hace casi cuarenta años.

Sebastián Pasos miraba impertérrito al frente. Los pómulos picudos y las mejillas pegadas a la calavera. Me dijeron que había pasado meses en el hospital. Se negó a declarar. No reconoció la autoridad del tribunal. Mientras lo hacía con voz firme, a su lado, Michelena hundía el cuello entre los hombros y miraba manso al suelo, aquellas baldosas de arlequín negro y marfil oscuro en las que parecía leer su destino. Él sí declaró. Todos, menos Sebastián Pasos, declaramos.

La mujer de Michelena estuvo atenta a cada palabra de su marido. Enlutada y sola, con el pelo despintado de rubio y las raíces de las canas apoderándose como una selva ruinoso de aquellos rizos desmayados. Michelena hablaba con la voz pastosa. Demacrado y enfermo. Tosiendo, casi tembloroso. Todavía asustado. Se encontraba en los umbrales de la muerte y aún tenía miedo de aquellos viejos con olor a colonia rancia y a tabaco negro que nos juzgaban. Ellos a nosotros.

Michelena intentaba explicarse, asentía. En la cárcel y en los interrogatorios había aguantado, se había mantenido firme. Manso y firme. Ahora ansiaba colaborar. Ansiaba volver a su casa oscura, a los brazos de aquella mujer que apenas era una mujer, solo un cúmulo de temores, luto y desdichas, volver a la soledad de su almacén poblado de rostros de actrices de Hollywood y de policías que no disparaban balas de verdad ni lo despertaban en mitad de la noche. Su mundo de imposturas y cartón. Volver a su casa con las manos manchadas de pintura, sentarse al lado de su hijo y dejar que el sueño o la muerte se lo llevaran en paz, eso es lo que ansiaba. Y para conseguirlo, en su ingenuidad, se había puesto su mejor ropa, un traje usado de color gris, una camisa blanca con los picos de los cuellos levantados, y hablaba con los párpados bajos y sin atreverse a mirar a los ojos de los jueces. Lo mandaban callar y él pedía disculpas, se callaba y miraba a su mujer, se intentaba aplacar la rebeldía de los cuellos de la camisa y repasaba con las yemas temblorosas su peinado, como si aquello fuese un examen escolar de urbanidad y aseo y no un juicio en el que nos podían condenar a muerte.

Sebastián Pasos, sin apartar la vista de nuestro antiguo compañero, susurraba palabras ininteligibles. Me miraba de frente y yo le mantenía aquella mirada que no sabía si era de odio hacia mí o hacia la gente que nos rodeaba. Lo sacaron dos veces a empujones de la sala, por no avenirse a interrumpir aquellos murmullos ni acatar las órdenes del juez. La segunda vez solo lo devolvieron a la sala para oír la sentencia. La escuchó en silencio, con una mueca de desprecio. Nunca, en los años que lleva viviendo aquí, hemos hablado del juicio. Ni de Michelena, ni de Rojinsky. Pero sé que mantiene la herida abierta, sangrando.

«Con aquel todavía haría yo justicia, si volviera a España. Al subirme en el avión que me trajo aquí, cuando el aeroplano empezó a despegarse del suelo, pensé en él, en que se quedaba vivo. Con ese sí haría justicia», me dijo hace un año, sin ningún motivo, mientras íbamos en el barquito que nos llevaba a la isla de Ward un domingo por la tarde. No tuvo que decir su nombre, los dos sabíamos que hablaba de Luis Bielsa.

Yo sí escribo su nombre. En la sala también lo pronunciaron. Le preguntaron por él a su amigo, el juez Bernardo Burín, sentado allí como

testigo. Nos miraba pacientemente, recorría con sus ojos de color gris claro nuestras figuras antes de responder a cada pregunta. Al comenzar a hablar apartaba la vista de nosotros y solo volvía a mirarnos una vez que había concluido su respuesta. Tal vez fuese calibrando así el efecto de sus palabras. Machuca, su perro fiel, estaba sentado en uno de los bancos de la izquierda, aburrido, sin que nada de aquello le importase. Con su labio inferior se chupaba lentamente parte de su bigote de púas. A veces lo descubrí sopesando el cuerpo de Vera, y él, al notar que yo lo estaba observando, movía los ojos y me mantenía la mirada, sin ni siquiera despreciarme.

Allí también dijeron su nombre. Luis Bielsa. Tal vez, sí, tal vez nombraran su segundo apellido, Solá. En cualquier caso, Burín declaró que Luis Bielsa había acudido a él en un momento de arrepentimiento y le había confesado que estaba relacionado con una célula terrorista. Había tenido diferencias con ellos. Estaba asqueado, se sentía perdido. Le había dicho, sí, qué atentado estaban preparando. El asalto a un polvorín militar en la provincia de Málaga.

«Es un hombre de buena familia, como todo el mundo sabe en Barcelona. Incluso él mismo, a pesar de sus desvíos, de su vida en el extranjero y de las personas con las que se ha relacionado, mantiene una rara nobleza, unos escrúpulos que con toda seguridad fueron los que finalmente lo llevaron a poner en mi conocimiento todo lo que estos individuos se disponían a llevar a cabo», Bernardo Burín hablaba de modo pausado, sin ocultar una ironía parecida a la que había usado en el *cabaret* del Paralelo.

«Fue finalmente su conciencia lo que lo impulsó a realizar aquella confesión. Si me lo permiten, diré que aquello, más que un hecho de pura delación, fue un acto de paz, de conciliación con el orden que dentro de él habían inculcado y que dentro de su espíritu aún sobrevivía, según yo, humildemente, entiendo. Así es Luis Bielsa», se tocaba las venas abultadas de la sien Bernardo Burín, esperando una nueva pregunta de su colega el juez.

Las gotas de lluvia seguían haciendo zigzag en la penumbra de los cristales. Olían las paredes y las personas a humedad cavernosa, se

apagaban los restos del día y a Vera, al oír las palabras de Burín, le asomaba a los ojos un brillo que quizá en otra mujer podría haber desembocado en llanto o al menos en alguna lágrima perdida, pero que en la oscuridad de aquellos ojos únicamente producía un reflejo oscuro, el atisbo de una dureza primitiva alentando en su interior.

Estaba mirando aquel brillo, todavía con las palabras de Burín resonando en la penumbra amarillenta de la sala, cuando la voz de Sebastián Pasos volvió a sonar. Se levantó y también allí juró venganza. Maldijo el nombre de Burín, el de Judas y el de Bielsa mientras dos policías forcejeaban con él. Entonces fue cuando lo arrastraron por el pasillo y lo sacaron por segunda y última vez de la sala.

Se escucharon las voces de Sebastián Pasos detrás de la puerta, alejándose por un pasillo. Después, por un instante, antes de que Burín ni nadie volviese a hablar, se oyó el golpeteo mullido de la lluvia en los cristales, el ulular del viento.

«Actué con deber y con dolor. Puse en conocimiento de la policía los detalles de todo lo que estos individuos y el llamado Anselmo Pancorvo, alias Suárez, estaban perpetrando así como las señas y movimientos del propio Luis Bielsa. El dolor al que me refiero es explicable por los lazos de amistad que un día me unieron al padre de Luis Bielsa y que en cierto modo yo había transferido a la persona de su hijo. Pero aun así no tuve duda en cumplir con mi obligación. Luego supe que Bielsa había huido, y que cuando vino a confesarme los hechos delictivos en los que estaba involucrado, ya había preparado de manera calculada, incluido el aspecto financiero, su salida de España», bajo aquel crepúsculo de lluvia y luces eléctricas los dedos pálidos de Burín limpiaban unas motas invisibles de polvo en su pantalón immaculado.

Volvió a mirarnos antes de añadir sus últimas palabras:

«Quizá ellos sepan adónde huyó, dónde tiene su refugio. Al fin y al cabo eran sus cómplices», sus dedos sin color. Mi vida. Aquellos dedos, aquellas manos movían los hilos de mi vida.

Aquí me encuentro. Aquí me trajeron aquellos movimientos, aquellos hilos. Y aquí, en Toronto, Canadá, en el hotel Regina, en la calle Yonge, se encuentra Luis Bielsa. Estoy a tan solo unos kilómetros de él, siguiendo una

carretera que bordea un lago tan grande como un mar, en una casa apacible de Mississauga. Delante de un televisor sin sonido que no deja de emitir imágenes inconexas, igual que mi memoria.

Unos dedos pálidos de muerto acariciando la lana pulcra y cálida de un pantalón, el correaje desgastado de un policía a mi lado, la piel arañada de la funda de su pistola, las caras de los jueces, todo se mezcla con los rostros y los paisajes que se asoman al televisor. Árboles. Un coche de color verde esmeralda parado a orillas del Ontario, unos árboles mecidos por una brisa suave y de nuevo el automóvil esmeralda con el maletero abierto, una mujer morena que cojea y un chico joven, con barba rala y pelo largo, esposados junto al automóvil, policías de Toronto.

Entorno los ojos, otros policías, de Barcelona, el cielo despejado de esta mañana sobre mi cabeza, aquel cielo de Barcelona descendiendo sobre la sala donde nos juzgaban, metiéndonos dentro de su vientre.

Mañana juzgarán a Bielsa. Allí, mientras le habla a las autoridades y a los antiguos combatientes en Queen's Park, mientras toda la mentira vuelve a ponerse en pie, se cerrará el paréntesis. Después, en la habitación del hotel o en una de las callejuelas colindantes a Shuter Street, será juzgado. Ya lo ha sido. Aquel cielo que bajó sobre nuestras cabezas volverá a retirarse, y nos habrá depositado en otro lugar del mundo, como esas nubes que absorben ranas y animales pequeños y luego los llueven en otra parte. Mañana el cielo se alzaré y yo volveré a hablar. Levantaré el teléfono y le diré a Sebastián Pasos su nombre. «Está aquí», diré, «Luis Bielsa está aquí».

Y también para él, para Bielsa, la sentencia será injusta. Vera no estará presente para ver cómo lo humillan, cómo lo interrogan unos y otros, cómo hablan de él unos testigos a los que nunca en su vida ha visto hasta ese momento en el que dicen ser amigos suyos, vecinos o conocidos que lo relacionan con atracos y robos de los que nunca hasta entonces ha tenido noticia.

No estará allí Vera para volver a defenderlo, para acusar a Burín de asesinato y robo. Con su voz calmada, profunda, con posos de tabaco. «Fue él. Fue él el asesino, el ladrón y el traidor». Las manos entrelazadas, el vestido, los zapatos feos.

«Fue él quien mató o quien ordenó matar. Fue él, Bernardo Burín, quien traicionó a su amigo, quien fue a casa de Suárez, de Pancorvo. Y fue él o ese hombre que está ahí, ese policía de paisano, quien le puso una pistola en la frente y disparó. Fueron ellos los que se llevaron el dinero que Bielsa le había dejado a Suárez, más de un millón de pesetas, el dinero de nuestra operación en Málaga, con el que íbamos a vivir en los meses siguientes y a organizar nuevas operaciones, fue ese hombre. Nos conocía, estuvo con nosotros en un *cabaret* del Paralelo. Sí, mírame. Ríete, como aquella noche. Estuve con Luis Bielsa y con él otra noche, después de aquella vez, estuvieron hablando, él estuvo preguntando. Lo sabía todo. ¿Por qué habían matado a Suárez sino para callarlo y robarle, para robarnos? Bielsa me contó lo que pensaba hacer. Abandonaba la lucha pero no nos delató. Burín también sabía que Bielsa se iría de Barcelona y no hizo nada para impedirselo, no quería más testigos ni más asesinatos sospechosos».

También a ella la mandaron callar, también la amenazaron con sacarla de la sala por la fuerza. Daba igual. A todos acabarían por llevarnos por unos pasillos oscuros adelante, todos dejaríamos atrás un ruido de pasos, un murmullo de voces perdidas que los demás no querrían escuchar. El mundo iba a continuar respirando con su torbellino alocado, la vida de los demás seguiría su curso al otro lado de las paredes entre las que nos iban a encerrar, tal vez para siempre.

«Es verdad. Todo lo que he dicho es verdad», Vera me habló por primera vez en el juicio, por última vez en nuestras vidas.

Bernardo Burín volvía a declarar y desmentía ante el juez todo lo que ella había dicho. Con cara de preocupación que a veces se interrumpía para dejar paso a una sonrisa tranquila, levemente irónica. Esa mujer había tenido una relación con Bielsa e intentaba protegerlo, enturbiarlo todo. Nunca hasta entonces la había visto. Como constaba en los informes policiales, el dueño del local al que se había referido la acusada había negado en todo momento que los hubiese visto juntos en un reservado. Era evidente que Bielsa no correspondía a sus sentimientos, para él aquello habría sido una aventura como tantas otras que se le conocían, y también era evidente que Bielsa había liquidado los restos de su fortuna y había huido con ese dinero. En cuanto a la muerte de Pancorvo, Suárez como lo

llamaban sus cómplices, oficialmente y como todo el mundo sabía, fue un suicidio, era un tipo enfermo y acabado, sin moral. Aunque quién sabe, sí, tal vez se tratara de un asesinato. A él personalmente le cabía una cierta duda y todo podría apuntar a que tal vez aquella muerte fuera el resultado de una disputa interna y que alguno de nosotros, a causa de una discusión o tal vez premeditadamente, lo hubiera asesinado. Echaba en falta el juez Burín, y así se permitió decirlo, una investigación más rigurosa sobre aquella muerte. Hubo demasiados descuidos en la recopilación de pruebas, se extraviaron algunos datos. Pero él, naturalmente, no estaba allí para criticar el funcionamiento de la policía y mucho menos el de la justicia.

«La justicia es la mano de Dios, pero no es Dios», restregó un labio contra otro, como las mujeres al acabar de ponerse carmín.

Condena a muerte para Sebastián Pasos. Cadena perpetua para Agustín Michelena, cadena perpetua para mí. Treinta años para Dolores Vera. A veces, sí, pienso que todavía estoy preso, que las condenas no fueron rebajadas. Que Canadá es un sueño y mañana volveré a despertar dentro de una celda.

La noche en la ventana. Aquella luz venenosa y amarilla. Eran las cuatro de la tarde y ya estábamos envueltos en la oscuridad.

Acabaron de leer la sentencia y Vera me dijo:

«Es verdad todo lo que he dicho. Bielsa se fue porque ya no aguantaba más tanta falsedad, tanta ensoñación. Suya, mía, tuya, de todos. Culpables».

Tanto tiempo. Quizá ella creyese lo que decía, lo que Bielsa le había contado. No podía creer otra cosa. Necesitaba esa verdad. Una verdad menos enferma, una verdad que estuviese por encima de aquella que la que los demás teníamos ante los ojos y que nos arrastraba con la misma fuerza que una riada se lleva de las calles las menudencias que han ido cayendo a lo largo de los días. La corriente estaba a punto de meternos a todos nosotros por un sumidero. Y Vera, aquella mujer que decía amar por encima de todo la libertad, o la palabra libertad, no tenía ánimo para afrontar su destino desnudo, sin artificios que lo camuflaran ni engaños que le dieran un sentido, aunque fuera vago, remoto.

Nunca volví a verlos, a ninguno de ellos. Solo la imagen de Sebastián Pasos saliendo por la puerta de viajeros en el aeropuerto dieciséis años

después y ahora Bielsa convertido en un anciano regresaron de aquel mundo. Tanto tiempo de silencio, algo parecido a la locura escarbando túneles dentro de nosotros. Mañana acabará. Mañana por la noche estaré aquí, pero los límites del universo, de mi universo, habrán cambiado. Mi vida habrá tenido una compensación. Mi mujer sonríe feliz, con la ignorancia de los muertos.

Miro la ventana. Las fronteras del mundo. En el parpadeo del televisor aparece un caimán inmóvil. Dormido o muerto, flota a la deriva en la orilla de una charca y un gamo joven se acerca a beber. Repentinamente el caimán se revuelve y el gamo es un amasijo de carne, de sangre que tiñe el color ocre de la charca. El zumbido eléctrico del televisor se expande por la habitación, sube por las paredes como una sombra.

OceanofPDF.com

Huele a primavera. El aire es limpio, y tengo la sensación de que también mis pulmones se vuelven transparentes. Como cuando era joven. Me late el corazón, estoy sano. Turno de mañana. Tal vez sea eso, el despertar del día, lo que me reconforta, lo que me da esta paz que está hecha de movimientos leves, de silencios. El fin de una noche de casi cuarenta años. El autobús se ha deslizado con suavidad por la carretera y el lago ha desprendido brillos nuevos. Y a pesar de todo sé lo que voy a hacer. He pensado en Rojinsky, en lo que no ha visto, en los años que no ha vivido.

Lo imagino en su casa, echado en aquel camastro en el que un día de verano lo vi, fumando, riéndose. Levantándose con cuidado de no golpear la cabeza con el techo abuhardillado. Catorce, quince metros cuadrados de habitación, de casa. Hacía calor. Llevaba una camiseta de tirantes y sacaba cervezas de una nevera pequeña, con media barra de hielo dividiéndola en dos. Tenía la pistola encima de la mesa, en medio de unos platos usados días atrás. Hablaba entre risas. Aquella casa tenía olor a pescado, a lejía sucia. No se sabía si el olor lo transpiraban las paredes o entraba por un ventanuco pegado al techo. Aquella habitación vacía, con su armario abierto, dos o tres camisas, una chaqueta, varias fotos de Canadá en la pared, seis o siete libros. Allí, colocados del mismo modo, estarían los restos de su vida mientras él quedaba tumbado boca arriba en una explanada de Badalona. Mientras Bielsa llegaba a alguna ciudad de Francia. Dejando atrás la memoria, empezando a olvidar.

Se abren las puertas automáticas del hotel y entro. Mi compañero Levine me mira con los ojos enrojecidos, el nudo de la corbata aflojado. Una noche en blanco. No se acostumbra a dormir sentado. Me entrega las llaves de la caja, firmo. No necesitamos hablar, no tengo aprecio por él. Tal vez por ninguna de las personas que trabajan en este hotel. Sí lo tenía por Rojinsky.

Repaso papeles con mi tubo de mercurio en la mano. Veo el garabato característico de Isabelle en la ficha de ocupación. Esta noche ha estado fornicando en la 306. O tal vez, como un día le oí comentar a Levine y al chileno, se haya dejado sodomizar con una botella llena de leche o simplemente se haya estado paseando por la habitación en ropa interior, fumando con calma mientras su cliente se masturbaba.

Aquí están. Abro el periódico. En la primera página hay una fotografía de las dos personas esposadas que anoche vi en el televisor. La mujer que cojeaba y el joven de pelo largo. Son ellos. Los asesinos. Hay otra foto de ellos en el interior del periódico. Están junto al automóvil verde esmeralda. Janet Rodríguez y Luis Casuso, peruanos. El coche tiene el maletero abierto, el muchacho, con barba rala de varios días, mira al suelo.

Leo. Los presuntos asesinos fueron detenidos por una patrulla de tráfico en Gardiner Expressway, muy cerca del lago. Viajaban con un piloto apagado. Solo el nerviosismo del joven, la confusión que se originó entre los dos individuos, hizo sospechar a la policía. La conductora, Janet Rodríguez, se negó a bajar del automóvil alegando una enfermedad en sus piernas. Mostró un bastón. Su acompañante alzó las manos automáticamente. La policía los encañonó. En el maletero del coche había una pierna humana colocada sobre un plástico, varios cuchillos de carnicero ensangrentados y unas docenas de libretas amarillas nuevas, sin nada anotado en sus páginas.

Mataban de forma indiscriminada, sin ninguna razón. Sin ningún motivo aparente. El azar era quien seleccionaba a sus víctimas. El absurdo. Más caos. Ni siquiera los impulsaba una razón perversa, desviada, un odio racial, sexual o de cualquier otro tipo. Una calle solitaria, ventanas cerradas, el ruido de un motor o su ausencia, una radio encendida, un perro, eso podía determinar la elección de la víctima. No había razones, solo el impulso de experimentar con la muerte. Un juego. Desmembraban parcialmente a sus víctimas, nunca de la misma forma, con la intención de desorientar a la policía. Nada más.

El día se oscurece. Nubes, o una bajada de tensión en mi cerebro, en la parte interna de mis ojos. Cierro el periódico. Observo las letras, la trama de papel y tinta en el rostro de la mujer. Morena, de origen indio, ojos oscuros.

Anoche avanzaba cojeando por la pantalla de mi televisor, esposada. El joven es blanco, con ojos inocentes. Tres asesinatos, quizá cuatro. Cuchillos, herramientas. Salían a vagar en la noche con su automóvil, por calles oscuras. Luego dejaban a sus víctimas en otro lugar, otra noche. Daniel y yo también elegíamos los pájaros que íbamos a matar solo por el lugar que habían escogido para dormir dentro del barracón. Nada más. Gotas de agua en el cristal. La máquina del mundo.

Miro el mercurio. Miro el mundo al otro lado de ese vidrio tras el que anoto números, relleno fichas, tecleo datos que no me importan. Las grandes causas, aquellas palabras que nos guiaban como banderas, para vivir y matar. Sonríen dos mujeres al otro lado de la vidriera. No, no tengo ningún sentimiento afectuoso por ninguna de las personas que trabajan aquí. Verdaderamente no lo tengo por nadie que conozca y esté vivo. Puede que sea triste reconocerlo, pero no es algo que yo haya elegido. En cierto modo, una parte de mí murió hace tiempo. Mi vida pudo ser otra. El azar.

Michelena, Vera, Rojinsky, mi mujer, mi madre. Carita de Fresa. Los afectos. Los espejismos y la verdad. Propiciados por el azar. La verdad. Qué verdad. La de Bielsa, la de Vera, la de Rojinsky o la de Sebastián Pasos. La de la mujer de Michelena, la de Burín, o la mía. Todas valen lo mismo. La vida fue como fue, mintiera quien mintiese, y ya es inapelable. Más de nueve años de cárcel y el vacío al final del túnel. La verdad. Bielsa en Francia, esa es la verdad. Viviendo como siempre había vivido. Inocente.

Vera me lo dijo, nada más comunicarme el juez que debía cumplir cadena perpetua:

«Es inocente. Ya sabes lo que pasó».

Burín fue con Machuca a casa de Suárez. Utilizaron la información que le había dado Bielsa para ganarse la confianza de Suárez. Comentaron la deserción de Bielsa. Machuca los dejó hablar, tocándose las púas de su bigote con la punta de los dedos, alisándoselas, hasta que se levantó y dio unos pasos por la habitación. El juez Bernardo Burín, con sus venas más abultadas por el calor repentino de aquella primavera o por el nerviosismo, se acercó a Suárez. Pegó su cara a la de él para desorientarlo y Machuca le colocó una pistola delante de la cara. Le preguntó dónde estaba el dinero de

Bielsa y el otro se negó a decirlo, o tal vez intentó defenderse y Machuca le golpeó la cara con la pistola.

Además de con un disparo en la sien, Suárez había aparecido con la nariz rota. Esa herida se la ocasionó la sacudida de la pistola, tal vez un golpe contra la pared al recibir el impacto, dijeron. Identifiqué a Suárez a través de una fotografía, dos días después de que me detuvieran. Un ojo mirando al vacío, el otro entornado. En realidad me enseñaron aquella foto para asustarme. Para hacerme pensar que todo estaba perdido y que a mí podría ocurrirme algo parecido. Suárez les dijo dónde estaba el dinero, o tal vez ellos mismos hubieran visto una bolsa extraña, la caja en la que lo tenía guardado. Machuca hizo que se desnudara, lo tumbó en la cama, le puso la pistola en la sien y disparó. El suicidio ritual de un enfermo. O no.

Tal vez no hubiese ningún dinero en esa casa ni nunca estuvieran en ella ni Burín ni Machuca. Tal vez Bielsa fue a ver a Bernardo Burín y se derrumbó. Débil, decepcionado, demasiado cansado. Le confesó que nos abandonaba. Atrás quedaba todo. Rojinsky y su amistad rota, esa mujer con la que se había estado acostando en los últimos tiempos y que ya solo era un cuerpo conocido, un juguete destripado. Sebastián Pasos y yo nos habíamos convertido en sus enemigos. No le importaría desprenderse de todo, de un solo golpe. Empezar otra vida. Continuar con su vida.

En presencia de un Bielsa cabizbajo y cómplice, o cuando este hubiera salido de su casa ignorando la trampa que empezaba a tender el juez, Burín nos delató. Una vez que el hijo de su amigo abandonaba el grupo, puso en conocimiento de la policía todo lo que sabía de nosotros. Después solo tuvo que llamar a Suárez y hablarle del plan. Bielsa daba su dinero para la operación. Una furgoneta los esperaba en un descampado de Badalona. Suárez debía convocar allí al grupo. O no.

Tal vez los caminos del laberinto fuesen más intrincados, o todavía mucho más simples. Un dibujo en el aire. Pero en todos aquellos caminos quedó impresa la huella de Luis Bielsa y ninguna de aquellas posibilidades del destino, enrevesadas o no, podría haberse cumplido sin él. Sin su cobardía. Ahora, casi cuarenta años después, sigo sin saber si Vera intentaba mentirme o si a su vez ella también estaba engañada y pensaba que lo que

me decía era verdad, la verdad. No importa. El mercurio es un espejo lleno de tiempo. Dentro de él viven los muertos.

No importa. Bielsa se fue, abandonó. Y de un modo o de otro propició nuestra desgracia. Fue un desertor y sin su deserción nunca nos habrían atrapado en ese descampado. Rojinsky no habría muerto aquella mañana al lado de una perra recién parida, a Sebastián Pasos no lo habrían herido y ni él ni yo, ni tampoco Vera, habríamos pasado años encerrados. Escuchando por la noche los pasos de un carcelero mientras Bielsa dormía con una mujer, cenaba en un restaurante o bebía de madrugada mirando el mar en Port de la Selva o en Francia. Tal vez Michelena aún estaría hoy cuadriculando dibujos, pintando el mundo que nunca existió. Sin él, sin Luis Bielsa, todo habría sido distinto, mejor. Al final, lo único que tendríamos que averiguar es si verdaderamente fuimos víctimas de su traición o de su frivolidad. Y yo lo único que tendría que dilucidar es si a mí me traicionó una o dos veces.

El azar ha vuelto a ponerlo en mi camino. Cada hombre, cada organismo humano, da trescientos pasos hacia la muerte. Bielsa dio uno, tal vez el último, en el momento en que subió al avión que había de traerlo a Toronto, a este hotel. El tiempo de los héroes. En este momento estará esperando que alcen la lona amarilla del monumento a los brigadistas o se encontrará delante de un atril, mintiendo. Un anciano. Esto es lo que resta de nuestras vidas. Monumentos, escombros.

A mí apenas me queda nada que recordar. Escribo todas las palabras que puede dejar tras de sí un hombre. Doy cuenta de la insignificancia de una vida, aquí, detrás de un mostrador, de una vidriera por detrás de los que pasan viajeros, automóviles, víctimas y asesinos. Mi paso único por el universo antes de volver a la nada se reduce a unos cuantos detalles, sensaciones, ideas fragmentarias. Busco la esencia de mi vida y no sé qué más decir. No sé de qué hablar más que de unas cerezas en un plato de loza blanca que tal vez solo existieron en mi imaginación, el ruido de unas baldosas sueltas en un pasillo, el olor de un barrio, unos ojos oscuros, el miedo, la respiración de mi madre en mitad de la noche y una niña manchada de barro al pie de un naranjo. Unos pájaros aleteando entre su

propia sangre y mis pies caminando por la orilla del mar, hace casi cuarenta años.

Un tiempo de oscuridad y aquellos días casi felices en los campos de Kitchener. El mercurio tiene más apariencia de animal que de metal. Un animal dormido o acechando. Lo agito con suavidad. Es como nosotros. Nos dividimos, somos fragmentos, bolas que se desprenden unas de otras, se disgregan y vuelven, sin ningún trabajo, a reunirse. No es una unidad ni tiene un volumen definido, toma formas prestadas, se adapta al recipiente que lo contiene.

Canadá. El océano cruzado en un vientre de acero. La primavera, asesinos viajando sin rumbo en la noche. La gente caminando al otro lado de la vidriera. Tal vez sí, tal vez fuese yo quien desde siempre se situó al otro lado del cristal. Pero así estoy fabricado. Y si alguna vez tuve la oportunidad de cambiar, un resquicio por el que huir, me lo cerraron. Podría decir que no soy responsable de nada. Ni de mi carácter ni tampoco de lo que pienso. Que ya acabé el tiempo del combate conmigo mismo. Que las ideas, y por tanto las decisiones, forman parte del cuerpo, son materia, y que del mismo modo que no soy responsable de la forma en la que funciona mi hígado tampoco lo soy de mis neuronas.

También podría escudarme en que la responsabilidad de lo que ocurra con Bielsa será de Sebastián Pasos, en que será él quien decida y finalmente actúe. Podría intentar engañarme diciéndome que tal vez Pasos también esté cansado y no quiera volver a mancharse las manos de sangre, que quizá a la hora de la verdad también él tenga el pasado, la vida, por liquidados. Pero no. Soy yo en este momento quien decide y actúa. Igual que hace casi cuarenta años Luis Bielsa decidió y actuó.

Mi mujer, su sonrisa estará flotando dentro de su marco de plata en esa casa vacía, con luz en el cristal y árboles bajo la ventana. Levanto el teléfono y marco el número de Sebastián Pasos.

No, no sé lo que ocurrió. No sé quiénes son los inocentes ni los verdugos en la historia de mi vida. Pero sí sé que no habría llegado a este punto si Luis Bielsa hubiera actuado de otro modo. No importa si es inocente. El mundo es un torrente furioso que debe seguir su curso. Yo, simplemente, enciendo la linterna y alumbro un pájaro dormido.

